

HQN™



Poséeme

UN PUÑADO DE ESPERANZAS 2
6ª ENTREGA

Irene Mendoza

Poséeme

UN PUÑADO DE ESPERANZAS 2
6º VOLUMEN

Irene Mendoza

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2019 Irene Mendoza Gascón
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Poséeme, n.º 223 - marzo 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-1307-701-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 51 *Amazing Grace*](#)

[Capítulo 52 *A man is in love*](#)

[Capítulo 53 *I Fall in Love Too Easily*](#)

[Capítulo 54 *This girl is on fire*](#)

[Capítulo 55 *Perfect day*](#)

[Capítulo 56 *Una furtiva lacrima, \(L'elisir d'amore, Gaetano Donizetti\)*](#)

[Capítulo 57 *Crazy*](#)

[Capítulo 58 *Nature Boy*](#)

[Capítulo 59 *Duetto Lakmé-Mallika \(Lakmé de Léo Delibes\)*](#)

[Capítulo 60 *You are so Beautiful*](#)

[Capítulo 61 *She makes my day*](#)

[Recomendación de la autora](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 51

Amazing Grace

Frank logró mantener la colección Sargent-Mercier unida y su tía Milly no pudo arañarle ni un solo cuadro.

Se quedó con todos los retratos que famosos fotógrafos les hicieron en su día a ella y a su madre, la cantante de ópera Valentine Mercier, y con un par de cuadros de la parte de la colección Sargent-Mercier para decorar nuestro dormitorio, el Chagall y el Rodko, sus favoritos. El resto de la fantástica colección la cedió a la ciudad de Nueva York y a todos sus habitantes, como quiso que rezase la placa que presidía la entrada de la sala de exposiciones que se creó para ello en el Metropolitan.

–Quiero que la gente pueda contemplar el arte que mis... padres recopilaron a lo largo de su vida. El arte debería ser creado y conservado para que cualquiera pueda admirarlo sin restricciones, porque es un bien de todos, de toda la humanidad. Por eso, en memoria de Geoffrey Sargent y de Valentine Mercier... –ahí Frank tuvo que aclararse la voz, que le tembló ligeramente–, inauguro esta exposición permanente y gratuita, que solo recibirá los donativos que los visitantes quieran hacer voluntariamente y que se destinarán íntegros a la parroquia del padre Michael O’Maley, en Forest Hills, y a su labor para facilitar asistencia médica y medicinas a quienes carecen de un buen seguro médico.

A la inauguración en el MET acudió la flor y nata de la sociedad neoyorkina, incluidos todos aquellos que repudiaron a Frank en su día. Pero en esta vida no hay mejor venganza que olvidar a quien te rechazó o despreció y eso era exactamente lo que Frank hizo con aquellas personas que la criticaron o incluso le retiraron el saludo tras saber que vivía en Forest Hills con un «pobre» y que no era la hija biológica de Geoffrey Sargent.

Aquel día tan solemne, Etienne no pudo estar presente y Frank solo se rodeó de Pocket y Jalissa, Williams y su esposa y mi madre, que había aterrizado en el Upper East Side alojándose de nuevo en el Plaza para, según ella, malcriar un poco a sus nietos.

Charlie estaba encantada de pasar tiempo con Charlotte y hasta le cambiaba los pañales a Korey.

–No me mires así –me dijo la primera vez que la vi cambiarle el pañal al pequeño de la casa–. Ya lo hice muchas veces contigo, Mark. ¿No creerías que te cambiaban tu padre o tu abuelo?

Y yo asentí azorado, imaginando a Charlie cuando era la joven madre de un bebé.

El primer día que se pasó por nuestra casa se dedicó a Charlotte y a Korey con devoción de abuela. Incluso pude escucharle cantar mientras intentaba dormir a nuestro hijo pequeño.

Charlie estaba junto a su cuna, sentada en la futura cama de Korey, tarareando en un susurro una canción que inmediatamente reconocí: Black Bird. Y en ese momento recordé. No sé cómo, me vino a la memoria aquel día que conocí a Frank. Recordé que, de regreso a su casa, llevándola en el Mercedes de Sargent, la había escuchado cantar esa misma canción y algo se me había removido por dentro. Había sentido que la conocía, que había escuchado aquella canción en otro lugar, hacía mucho tiempo. Y aquella tarde, viendo a mi madre cantarle esa canción a mi hijo pequeño, me di cuenta de que era la misma que ella me cantaba para dormir.

–Me la sé: bye, bye, mirlo negro –susurré sorprendiendo a Charlie, que miraba a Korey, ya dormido, apoyada sobre los barrotes de la cuna.

Su cara contemplando a mi hijo pequeño, justo antes de volverla hacia mí, era de total ternura. De pronto parecía diez años más joven, menos dura y fría. Ella me miró con sus enormes ojos verdes, iguales a los míos, con una mirada cargada de melancolía y de culpa y asintió con los ojos brillantes, como si estuviese a punto de llorar. Pero no lo hizo. Tal vez Lottie Blanchard o incluso Charlotte Gallagher hubiesen llorado en ese momento, pero Charlie Kaufmann no lo hizo. Supongo que aquellas otras mujeres que también eran mi madre se hartaron de llorar hasta que un día decidieron que no habría más lágrimas.

Por toda la ciudad ya había corrido la voz de quién era mi madre y yo ya no era considerado un mugriento menesteroso de Queens, el antiguo gigoló, sino el hijo de la viuda de Kaufmann y eso ya cambiaba la forma en que todo el mundo me miraba. Además, mi madre, que había logrado ganar un primer juicio con Fisher, era finalmente la beneficiaria de gran parte de la herencia de su segundo marido y la propietaria del 80% de las acciones de los Estudios y Producciones Kaufmann y me había incluido como heredero en su testamento. Y para reírse un poco de los estirados neoyorquinos, ella misma había dejado correr el rumor de que su hijo, o sea yo, era en realidad el descendiente, por parte de su primer marido, de un noble europeo, y eso en los Estados Unidos es poco menos que ser rey de algún país.

A nuestra vuelta a Nueva York hubo un poco de revuelo en torno a Frank y a mí, sobre todo tras la inauguración de la exposición.

El mejor desprecio es no hacer aprecio y eso es lo que yo hice, evitar a toda aquella gente, obviarla por completo, creándome inmediatamente un estatus de inaccesible millonario.

En los mentideros de la Gran Manzana solo se hablaba de Frank, la rica y encantadora mecenas del arte que vivía con su elegante y misterioso exmarido de la nobleza británica y sus dos adorables hijos, en un edificio rehabilitado en Queens y cuya suegra era una famosa productora de Hollywood.

Fue entonces cuando nos empezaron a invitar a todo sarao que se preciase en el Upper East Side. Pero ni Frank ni yo queríamos trato alguno con aquella panda de cínicos interesados. Al ver que ninguno de los dos estábamos dispuestos a socializar y a salir en los medios, se olvidaron de invitarnos y en poco tiempo nos dejaron en paz. Porque, como me dijo Charlie, los que salen en las revistas es porque quieren, aunque lo nieguen.

Era bien cierto lo que un día me dijo Pocket: lo mejor es ser un millonario anónimo. Mi madre también lo era, nadie la conocía hasta que se presentaba como la viuda de Caleb Kaufmann.

A pesar de que los hijos del difunto Kaufmann habían recurrido la sentencia que reconocía la labor de mi madre y su inequívoca aportación a los negocios de su difunto marido, ella ya era beneficiaria de gran parte de las empresas, acciones y bienes inmuebles. Fisher estaba seguro de que el

recurso no les iba a servir de nada a los tres hijastros de Charlie, que no se habían ocupado de su padre enfermo ni del negocio familiar mientras estuvo vivo y que ahora solo querían su parte del pastel para seguir viviendo del cuento.

El día de la inauguración de la exposición Sargent-Mercier, Charlie se divirtió un buen rato sonriendo a diestro y siniestro y rechazando todas y cada una de las invitaciones que recibió de la jet set de Nueva York.

–Son una pandilla de lameculos hipócritas y clasistas, pero ya me los conozco bien. En Los Ángeles también abundan. –Mi madre me sonrió y yo no pude evitar reírme de sus certeras palabras. Charlie era única poniendo a funcionar su lengua viperina y su sarcasmo.

Al salir de la inauguración, Frank y yo nos fuimos con Pocket, Jalissa y mi madre a cenar a uno de los mejores restaurantes de Manhattan. Los niños se quedaron con D’Shawn y Jewel durmiendo en casa de los Moore, con Charmaine y Ruth, una mujer de Forest Hills que era amiga y vecina de Charmaine y a la que conocíamos muy bien Pocket y yo.

El lugar era uno de esos templos de la cocina moderna en los que había lista de espera y las raciones había que buscarlas con una lupa, pero según mi madre el ambiente era exclusivo, muy retro y se lo habían recomendado.

–Si eres alguien en Nueva York, debes cenar aquí –dijo Charlie.

Nada más entrar pensé que tendríamos que darnos la vuelta, pero al decir nuestro nombre y el de mi madre, el tipo con pinta de eunuco escuálido que llevaba el libro de reservas y que nos hizo esperar, se tuvo que excusar delante del maître, que casi nos hace la ola.

Entramos sin reservar mesa y conseguimos una de las mejores del local, uno de esos en los que casi no ves lo que comes por culpa de la escasez de luz.

–¿Qué te parece, *chéri*? –preguntó Frank.

–¿La comida? –respondí sin apartar la vista de un enorme plato con unas hebras de germinados en el medio y un poco de caldo con un par de habas, que el camarero denominó «caldo verde de germinados y frutos tempranos de huerta al aroma de azafrán de Cachemira».

–¿Te gusta? Dice tu madre que la lista de espera es de más de un año –me susurró Frank al oído.

–Pues no sé. La comida es muy escasa, no se ve nada y la música... –Puse los ojos en blanco.

El estilo musical de una cantante con vocecilla de rata susurrando y aullando extraños sonidos electrónicos con percusión de los 80 no era precisamente lo mío.

–Pero tu madre dice que, si cenamos aquí, nadie podrá negarnos nada en Manhattan. Ella quiere dejarse ver por la ciudad para hacer negocios. Y tú deberías aprender. Está orgullosa de ti. Vas a ser el heredero de gran parte de Estudios y Producciones Kaufmann, *chéri*.

–Me da igual que me acepten o no en esta clase de antros donde no veo ni sé lo que como. Yo entiendo el orgullo de otra manera. Y eso de ser el heredero habrá que verlo. No tengo ningún interés en ese tipo de negocios.

–Lo sé. Y sé que prefieres el plato del día del Pub de Sullivan, ¿a qué sí? – Me sonrió Frank.

–O las hamburguesas de buey del tío de Pocket –dije sonriendo también.

Frank emitió un suspiro de gusto que me hizo reír.

–Oye... ¿y si luego...? –preguntó Frank.

–¿Nos pasamos a por un par de hamburguesas especiales con todo?

–Con todo –asintió.

A los postres me dio por fijarme un poco en el resto del local, con una barra igual de oscura al fondo, varios reservados y muchas mesas ocupadas. Fue en una de esas mesas donde atisé a ver como una mujer rubia, vestida con un traje de chaqueta blanco, se sentaba junto a otras dos mujeres muy parecidas a ella. No pude evitar sentir como un nudo de inquietud se me alojaba en el estómago al reconocerla. Frank charlaba muy animada con Jalissa y Pocket y no se dio cuenta de que mi rostro había cambiado por completo. Pero Charlie sí lo hizo.

–¿Pasa algo, Mark? –preguntó.

–Al fondo, en aquella mesa, se acaba de sentar Patricia Van der Veen. No quiero que se dé cuenta Frank, disimula por favor –le susurré al oído a Charlie.

Mi madre miró de reojo a la mesa que ocupaban Patricia y sus dos amigas. Patricia, con un corte de pelo mucho menos clásico de lo que acostumbraba, se lo atusaba con gestos repetitivos.

–¿La rubia que parece una de esas insatisfechas del Tea Party?

–Esa misma.

Charlie la miró con disimulo y me susurró al oído:

–Le hace falta otro vestuario –dijo mordaz–. Mark, vete saliendo con

todos, yo pagaré la cuenta mientras pedís un taxi.

–¿Qué vas a hacer? –pregunté atemorizado.

–Quedarme a gusto. Discúlpame y di que he ido al lavabo –dijo con su determinación habitual, levantándose del asiento.

A pesar del miedo que me infundía el hecho de dejar a mi madre sola cerca de Patricia, le hice caso a Charlie y salí con Frank, Pocket y Jalissa hacia la entrada y pedí al tipo de las reservas que llamara un taxi.

Mi madre regresó enseguida y pagó la cuenta muy sonriente mientras el maître se deshacía en sonrisas.

–¿Qué ha pasado ahí dentro? –susurré alterado mientras Frank, Jalissa y Pocket salían ya hacia el recién llegado taxi.

–Me he presentado formalmente y la he invitado a una copa de lo que estaba tomando con sus amigas. Después le he susurrado al oído a esa loca que, si no deja en paz a mis nietos, a mi hijo y a mi nuera, se las tendrá que ver conmigo, y al mirarme a la cara se ha dado cuenta de que no era un farol. –Sonrió Charlie satisfecha–. Deberíais pedir una orden de alejamiento contra esa furcia.

No le dijimos nada a Frank, pero a pesar de mi madre, de su amenaza a Patricia, de su consejo y de nuestro dinero no puede evitar sentirme de nuevo en peligro.

Pronto me di cuenta de que lo engorroso de ser rico es precisamente ocuparte de tu dinero. Se necesita un administrador de confianza que lleve las cuentas, un inversor, notarios, abogados variados y un sinfín de asesores bancarios que no te roben sin que tú no te des cuenta. Frank dejó todo en manos de Williams, que recibía mensualmente una sustanciosa asignación por sus servicios como abogado y custodio de la fortuna Sargent. Y mi madre, que sabía algo del tema, nos dio algunos consejillos.

Teníamos dinero para vivir holgadamente el resto de nuestras vidas, a no ser que el mundo viviese una hecatombe planetaria parecida a la que sufrieron los dinosaurios.

Gracias a aquel dinero, Charlotte tuvo el mejor médico especialista en asma de esta parte del país. Aquella eminencia, que cobraba a dólar el segundo, le hizo un exhaustivo estudio y concluyó que nuestra hija era alérgica a los ácaros del polvo, unos bichitos microscópicos que irritaban su

sistema respiratorio e inflamaban sus bronquios. Con ese diagnóstico le suministró una vacuna personalizada que en poco tiempo mantuvo a raya sus numerosos catarros, fiebres, la fatiga y el pitido de sus pulmones y ya no tuvo que seguir tomando cortisona inhalada a diario.

A Jewel le llevamos a un médico experto en rehabilitación, que le hizo unos zapatos adaptados a su cojera y le recomendó unos ejercicios especiales. A Charmaine también le contratamos el mejor seguro médico que pudimos encontrar y le regalamos un carrito eléctrico para que pudiese salir a la calle y moverse por el barrio.

Estaba encantada con su nuevo vehículo, como ella lo llamaba, pero desgraciadamente casi no pudo disfrutar de nada de todo aquello porque al poco de cumplir un añito Korey, su cansado cuerpo dijo basta.

Una tarde, tras comer en casa de su hijo y su nuera, con sus nietos, Charmaine Moore, de 57 años, se acostó a echar una cabezada como tenía por costumbre y nunca más despertó.

Pocket solía llamarla todas las tardes y le pareció extraño que no contestara al teléfono. Su vecina fue quien la encontró como dormida, tumbada en el sofá, con su programa favorito en la tele, justo antes de que Pocket, que había sentido un mal presentimiento de los suyos, llegase para confirmar el fallecimiento de su madre por un derrame cerebral.

El funeral fue en la parroquia del padre O'Malley y a él acudió todo Forest Hills, blancos y negros, católicos, protestantes y musulmanes. La pequeña iglesia católica de barrio estaba decorada con cientos de calas, rosas, claveles y margaritas. Todas flores blancas, las preferidas de Charmaine, las que Frank y yo le compramos para que no faltasen en su misa de despedida.

–Todos querían a Charmaine. Mira cuánta gente –dijo Frank llorosa, a mi lado.

Mi madre quiso acudir al funeral y estaba sentada junto a mí.

–No llegué a conocerla bien, pero quiero despedir como se merece a la mujer que cuidó a mi hijo. Siempre le estaré agradecida por ello –le dijo a Pocket.

Yo tenía un nudo en la garganta que no me permitía hablar. A mi abuelo no le dio apenas tiempo de enseñarme lo que estaba bien y mal y mi padre estuvo muy ocupado matándose a beber. Fue aquella mujer quien lo hizo.

Miré a Pocket que, cabizbajo, tomaba la mano de Jalissa para infundirse ánimos en un trance tan difícil como era el de despedirse de su madre.

Nuestra hija Charlotte estaba sentada muy callada junto a D'Shawn y Jewel y el pequeño Korey estaba dormido, en brazos de Frank.

Charmaine había sido «mamá Charmaine» para muchos niños del barrio, no solo para mí. Algunos estábamos descarriados, solos, perdidos y ella nos invitaba a su delicioso pollo frito y después nos llevaba a ver al padre O'Malley, para que nos buscara una ocupación que nos sacara de la calle. Conmigo, Charmaine Moore hizo mucho más, a mí me adoptó, yo era su niño blanco y aunque le di más de un disgusto nunca me dejó abandonado. Aquella madre soltera de Forest Hills fue la primera mujer que me dio cariño y una esperanza para creer que había algo bueno en este cochino mundo.

Vi a Pocket aguantar estoico toda la misa hasta que el padre O'Malley se acercó para darle el pésame y un abrazo. En ese momento mi amigo, mi hermano, se derrumbó y yo con él. Al ver sus lágrimas no pude aguantar más las mías y cuando el padre O'Malley vino hasta mí para hacer lo mismo que con Pocket, me eché a llorar.

–Ella era como mi madre. Fue mi madre, lo es –dije sollozando.

–Lo sé, *chéri* –susurró Frank aferrando mi brazo con fuerza.

Una cantante del coro comenzó a cantar, con una voz que parecía de otro mundo, la sublime *Amazing Grace* y fue en ese momento cuando mi madre biológica y yo nos fundimos en un sincero abrazo de cariño ante la tierna mirada de Frank.

Al separarnos, ya como madre e hijo, reencontrados, perdonándonos a nosotros mismos, miré a Frank que me sonreía con lágrimas en los ojos.

Al final Charmaine lo había logrado, nos había unido a mi madre y a mí de nuevo y no pude evitar pensar que, estuviese donde estuviese, Charmaine Moore nos estaría mirando con una gran sonrisa de felicidad en su rostro redondo y bondadoso.

Capítulo 52

A man is in love

A veces es por pereza o por simple convicción. Damos por hecho que la otra persona lo sabe, que conoce nuestros sentimientos de sobra. Pero, aunque así sea, hay que decirlo, siempre, a menudo, sobre todo a medida que pasa el tiempo y nos acostumbramos a dar las cosas por sentadas.

Al principio es fácil, lo tienes en la punta de los labios a cada momento, con solo verla o escuchar su voz, pero después, con la vida diaria, durmiendo juntos y compartiendo el baño, el mal humor, un resfriado, una diarrea, un mal día, año tras año, empiezas a dejar de decirlo. Tal vez pensando que dejará de tener valor por trillado y repetitivo, pero es un error. Hay que decirlo cada día, al menos una vez al día.

Por eso ahora se lo digo tanto a Frank, porque al principio no lo hice por vergüenza, por miedo a desnudar mi alma, por un estúpido pudor a parecer blando o cursi. Y sé que ella nunca ha tenido ese problema. Ahora, ambos nos lo decimos, nos decimos «te quiero» o «te amo» sin hacer la cuenta de quién lo hace más veces, no es una competición. Y se lo digo a mis hijos constantemente, a mis amigos, incluso a Charlie, a mi madre. Por fin he logrado decírselo de verdad, sin sentir que me traiciono o que traiciono a mi padre. El expresar amor solo es poner en palabras lo que sabemos y sentimos. No basta con guardarlo para nosotros. Porque el amor debe ser evidente de alguna forma, no solo cierto.

Aquel verano de 2020 nos fuimos a pasarlo a la casita de la playa, lejos del bochorno sofocante y húmedo de la ciudad.

Pero antes de dejar el asfalto y pisar la fina arena de Main Beach en East

Hampton, Frank y yo tuvimos que resolver algunos asuntos de la venta de las casas de Geoffrey Sargent en el Upper East Side y en los Hamptons. Frank quería deshacerse de ambas, cerradas desde que Geoffrey falleció.

Ya había vendido el yate y el helicóptero y había decidido invertir buena parte de ese patrimonio inmobiliario en un proyecto que le rondaba por la cabeza desde que regresamos de Irlanda. Frank quería crear una escuela de artes escénicas en Queens, para niños y jóvenes sin recursos.

La idea había partido de su academia de teatro en Cork y del antiguo deseo de su madre, Valentine Mercier, de crear una beca para favorecer los talentos musicales, que nunca llevó a cabo. Le había gustado tanto dirigir aquella academia en Irlanda que ahora quería hacer algo más para los niños de Queens aunando ambas ideas.

Estábamos en casa comiendo y los niños dormían la siesta mientras escuchábamos uno de los vinilos que me había regalado mi prima Fiona, cuando Frank me comentó su proyecto para Forest Hills.

–Esto que quiero hacer lo debería hacer el Estado, el país, el repugnante de Trump, pero ya que no lo hace por sus ciudadanos, esos que lo son igual que nosotros a pesar de no tener para mantener a sus hijos, pues tendremos que hacerlo los que hemos nacido mucho más favorecidos por el sistema. ¡Uf, Ya sabes de sobra lo que pienso!

–Sí, lo sé. No es caridad lo que se necesita, es justicia.

–Exacto. Creo que el equilibrio de un país, del nuestro, la falta de desigualdad y el apoyar la cultura nos haría bien a todos y nos libraría de delincuencia, marginación, abusos y de otro mandato de este presidente indigno que tenemos que soportar.

–Bernie Sanders debió tenerle en su campaña, amor. Hubiese ganado –afirmé admirado de su apasionada forma de defender nuestra nación.

–Quiero que esos niños tengan una oportunidad, Mark –me dijo con la habitual pasión que ponía en todo lo que amaba–. Que, si les gusta el teatro, cantar, la escenografía, la música, la danza y tienen talento puedan hacerlo aunque no cuenten con medios económicos. No quiero que la falta de dinero les condicione la vida. No quiero que pierdan su vocación. Cuando Charlotte estuvo en el centro de acogida me fijé en esos niños. Me parece tan injusto que un niño no pueda desarrollar sus aptitudes por nacer en un lugar u otro de la ciudad...

–Pero eso es muy complicado, princesa.

–¡No, qué va! Ya he hablado con Williams –exclamó Frank.

–¿Y lo ve factible? –pregunté.

–Sí. Además, él me ha dicho que desgrava el crear una fundación o patrocinio. Todo son ventajas –me soltó muy emocionada–. Se puede crear un patronato que beque a estos alumnos con capacidades. Las becas podrán sufragar sus estudios con más o menos dinero dependiendo de los recursos de sus familias. Si son niños de centros de acogida se les becara con el 100%. Será como... como un instituto de artes escénicas y quiero dedicárselo a mi madre y a Charmaine. Quiero que lleve su nombre.

Lo dijo a todo correr, sin apenas pausas para respirar. Yo la miré atónito y conmovido.

–A ella le encantaría –susurré asombrado–. Estoy... estoy muy orgulloso de ti, amor. Podrías gastártelo todo en zapatos, joyas y ropa y en vez de eso...

–También lo hago, *chéri*. Esto que llevo es nuevo.

–¿Otro Chanel? –Sonreí.

–No, este es un *vintage* de Yves Saint Lauren. La ropa, como el amor, nunca es suficiente, decía Coco Chanel. –Sonrió haciéndome poner los ojos en blanco–. Y sabes que me encanta comprar. Pero si solo hiciese eso, comprar y comprar, me acabaría por sentir mal. Cuando lo hacía no era más feliz. Tú lo sabes.

Asentí recordando con cierta añoranza las veces que le había llevado de compras cuando fui su chófer y lo mal que me lo había hecho pasar aquella vez que me tocó tour de lencería y tuve que opinar sobre qué sujetador le quedaba mejor.

–¿De qué te ríes? –preguntó curiosa.

–De aquella vez que me hiciste acompañarte a comprar lencería.

–Sí, fue tan divertido... –Sonrió con picardía.

–¡Fue una tortura!

–Sé que no lo estás diciendo en serio –dijo Frank frunciendo el ceño.

–Sabes que no. –Sonreí con mi sonrisa de canalla.

Frank me miró con cara de reproche sin poder aguantarse la risa. Después, su frente volvió a fruncirse en un gesto de preocupación.

–Hablando en serio, Mark. No quiero que el dinero nos cambie, *chéri*.

–No lo hará, no te preocupes –le susurré con dulzura y aquella sombra de inquietud desapareció de su rostro.

–Ya sé que todo suena muy ingenuo ahora, pero no solo lo hago por

justicia, también por nuestros hijos. No todos los niños tienen la suerte de Charlotte y Korey y quiero que ellos lo sepan. Y que si tienen aptitudes acudan allí a estudiar y no a un centro exclusivo y excluyente, solo para millonarios.

–Yo también quiero que sean unos niños normales, que traten a todo el mundo con el mismo respeto y que no diferencien a la gente por el dinero que tengan.

–Pues lo cierto es que nos sobra el dinero, *chéri*, y tenemos dos opciones: podemos dedicarnos a gastarlo o a acumularlo. Yo quiero gastarlo, Mark, pero gastarlo bien. Y si el estado no protege a sus ciudadanos se debe hacer algo, aunque no sea lo ideal. Además, no soy una santa, así pagaremos menos impuestos, me lo ha dicho tu madre.

–Vale. Y yo puedo colaborar en ese proyecto de la mejor manera que sé: me dedicaré a nuestros niños mientras estés ocupándote de la escuela –dije vehemente.

Frank sabía que tendría siempre mi apoyo.

–¿Serás amo de casa? –me preguntó con ironía.

–Sí, sin problemas, amor.

–Pensaba darte un puesto como profesor de jazz.

–Eso es nepotismo. –Sonreí–. Me lo pensaré.

–¿Y lo de Santino?

–Santino me ha propuesto entrar en el negocio como socio, pero... no sé, nunca me ha gustado el negocio del alquiler de coches. Ahora puedo elegir y me encanta estar con Charlotte y Korey. Además, tenemos quien limpia y una canguro de confianza.

–Tu madre. –Rio Frank.

¿Se puede tener vocación por una persona? Porque, si es así, mi vocación siempre fue la misma: ella, Frank, y ser el padre de Charlotte y Korey.

Yo no había tenido vocación alguna. Tal vez solo el sueño de tocar en la Costa Azul y ya lo había cumplido.

De pronto me di cuenta de que había algo más en aquel deseo de Frank. Que aquel proyecto era, de algún modo, una forma de llevar a cabo su vocación, de su necesidad de seguir viviendo su sueño de ser actriz.

–¿Y lo de actuar? –pregunté con intención de hacer que lo reconociese.

–Lo dejo, abandono. Que se peleen otras por eso. Que paguen el precio –dijo muy seria y tajante.

–Pero... Es tu vocación.

–Ya no –resopló–. Y aferrarme a ello no me ayuda.

–¿A qué?

–A no hacerme falsas esperanzas con algo que no sucederá y con lo que ya no disfruto. No me gusta esa competición perpetua por un papel con otras mujeres, una y otra vez.

–¡Puede que sí suceda! –exclamé sintiéndome culpable por haber echado a perder su verdadera oportunidad en Los Ángeles.

–Me quedé hace tiempo en lo de «joven promesa». –Sonrió con ironía–. Siempre es lo mismo: esperando, aguantando noes y cosas peores.

–¿Qué cosas? –pregunté muy serio.

–Imagínatelo. –Me miró con tristeza y en seguida comprendí a qué se refería–. Y, si dices que no, hay un montón de chicas más jóvenes, guapas y complacientes que lo hacen sin rechistar. Por eso no conseguí casi ningún papel. Esa es la verdad, Mark.

–Más guapas no –dije acariciando su rostro con ternura.

–Y no quiero eso, ya no. Ya casi tengo treinta años y dos hijos. Estoy harta de que me traten como a ganado, harta de intentarlo una y otra vez para volver a fracasar. No quiero más pruebas ni más audiciones con productores y directores salidos. No voy a dejarme la piel ni el orgullo, no quiero mierda de esa nunca más –dijo obstinada.

–¿Estás segura?

–Sí, estoy segura –asintió seria–. Estoy cansada, desilusionada. No venderé mi alma al diablo por un minuto de fama. Eso ya lo hizo mi madre.

–¿No te arrepentirás algún día?

«Y me culparás a mí de tu renuncia», pensé, pero no se lo dije.

Ella me miró y me sonrió llenando mi pecho de un dulce dolor.

– Sé lo que estás pensando y no. En realidad, creo que quise ser actriz para fastidiar a Geoffrey y parecerme a mi madre. –Sonrió con melancolía–. Era divertido entonces, pero ahora... Supongo que nunca lo he deseado lo suficiente. No me importan ni el dinero, ni la fama, ni el estatus. Solo me importas tú y... follar contigo, *chéri*. Soy así de simple.

Lo dijo encogiéndose de hombros, haciéndome reír con su apabullante sinceridad y la besé en la frente con ternura.

–Tú no eres simple, eres espontánea y arrolladora, mi vida, y nosotros no follamos, hacemos el amor –susurré.

Ella me dedicó una inmensa y conmovedora sonrisa.

–Quiero dedicarme a la fundación creada para la Colección Sargent-Mercier, al patronato en memoria de Valentine Mercier y a llevar la Escuela de Artes Escénicas Charmaine Moore en Queens, Mark. Quiero hacer algo valioso de verdad con este dinero que no me he ganado, algo útil –dijo obstinada.

–Cuando Pocket lo sepa se va a alegrar mucho –susurré besando su frente.

–Sí, ¿verdad? Se lo diremos juntos.

–Cuando tú quieras.

–Por cierto, en cuanto a Pocket... tal vez invierta en sus estudios de decoración.

–¿Qué? ¿Va a estudiar decoración? –exclamé–. No me ha dicho nada.

–Me lo ha contado Jalissa.

Sonrió y suspiró emocionada.

–Mi madre siempre me dijo que podría ser lo que quisiera. Pues ya sé lo que quiero, no estoy huyendo. No tengo ambiciones, aparte de dar lo mejor de mí en esa futura escuela, no quiero tener que dejar a mis hijos con otra persona y casi no verlos en todo el día para correr detrás de una fantasía, no quiero perderme los primeros pasos de Korey, como me ocurrió con Charlotte. Y no quiero que me ocurra lo mismo contigo. Quiero verte, estar contigo, no quiero triunfar o que me reconozcan por la calle. Me parece tan legítimo elegir una vocación como elegir a mi familia –suspiró–. Esa es la verdadera libertad que me da el no tener que preocuparme del dinero. Y mi verdadera elección como mujer libre y consciente que decide por sí misma sin sentirse coaccionada por nadie. Mi madre eligió su profesión, era famosa y, sin embargo, nunca fue feliz. En realidad, fue egoísta hasta para matarse, solo pensó en ella y no en mí.

–Amor...

«Déjalo, nena. No te hagas esto a ti misma, no eches la vista atrás», pensé, sintiendo su amargura.

–Pero no la culpo. Ahora que soy madre la comprendo mejor. Ella tenía que lidiar con su enfermedad. No debió casarse y tenerme, se equivocó.

–No, no lo hizo, amor –negué–. Trajo al mundo a la persona que cambió el mío.

Frank se abrazó a mí con fuerza.

–Ni mi padre ni yo la hacíamos feliz. Solo cantar y los aplausos la aliviaban. No supo hacerlo mejor ni en su matrimonio ni conmigo y fue muy infeliz por ello, se sentía muy culpable. Pero yo... ¡Yo ya soy feliz, Mark! He estado a punto de perderlo todo, a Charlotte, a ti, y solo quiero lo que tengo ahora. ¿Eso es malo? ¿Me estoy conformando? –preguntó.

–No, no lo creo. –Sonreí maravillado por sus palabras, tomando sus manos.

«Ojalá todo el mundo fuese como tú, tan honesta y sincera, nena. El planeta sería un lugar mejor», pensé.

–Solo hay una vida, esta. Y sé que la gente muere cada día fregando suelos, cargando sacos en una obra, de pie, ganando dinero para otros y sin poder decidir apenas nada en sus vidas. Vendiendo su tiempo, el poco que se les ha concedido en este mundo a cambio de sueldos míseros. Pero yo ya no tengo que hacerlo, ni tú. Ahora puedo elegir –me dijo con entusiasmo–. En cuanto empezamos a estar juntos supe que esto que tenemos entre nosotros es único, lo único real, lo demás es insignificante. No deseo nada más que esto que tenemos, te deseo a ti. Lo único real es esto: tú y yo y el sexo, el nuestro.

No pude responder nada sensato a aquella declaración tan abrumadora, así que la tomé por la cintura para atraerla a mi regazo.

–Qué bien hablas –suspiré maravillado.

–No te rías.

–No me río. Me encanta cómo dices las cosas. Lo haces con tanta... pasión –dije besándola en los labios.

–Soy apasionada. –Sonrió.

–Lo eres, amor.

–Y no quiero renunciar a ti –prosiguió–. Tu madre tenía razón, Mark. Si quiero ser actriz de éxito, tarde o temprano tendría que elegir entre una vida u otra. Mi madre lo hizo y yo no quiero hacerlo. Es puro egoísmo, soy demasiado feliz así y quiero seguir siéndolo. No quiero perder esto que tenemos porque sé que muy poca gente lo logra. Nuestros padres no lo lograron.

–Pero nosotros lo haremos, amor. No seremos como ellos. No lo somos –susurré sobre su boca.

–No, nunca –dijo mirándome a los ojos.

–Yo también tengo lo que todos buscan. Te tengo a ti, tengo tu amor y eso es lo único que quiero y necesito.

Sonaban The Water Boys y su maravillosa canción de amor: *A man is in love*.

Frank pronunció mi nombre con devoción, abrazándome con fuerza. Me apetecía un montón besarla más y más y sentir sus labios suaves y blandos con los míos, presionar su boca húmeda y tierna, sin parar, y lo hice a conciencia.

Capítulo 53

I Fall in Love Too Easily

Subimos al dormitorio con una sola intención. Lo sabíamos, nuestros cuerpos lo sabían siempre antes que nuestra mente. Era como un instinto que ambos poseíamos, algo inconsciente y que ocurría de un modo automático con tan solo mirarnos.

Korey estaba con mi madre, Charlotte en el colegio. Nuestra habitación en penumbra. Estábamos solos. El cielo se estaba oscureciendo rápidamente amenazando tormenta. Mis ojos se acostumbraron deprisa a la tenue luz de aquella tarde nublada de verano. Me aproximé un poco a Frank. La deseaba. Toda.

Ella se quedó inmóvil, observándome mientras me acercaba. Pero yo sabía que era una falsa quietud. Su mirada sensual, casi fiera, me incitaba y me encendía. Ella lo comprendía, me comprendía. No podía apartar mis ojos de su boca, de su cuerpo.

Un relámpago iluminó la habitación y di un paso más hacia ella. Al fin estábamos frente a frente, en silencio, contemplándonos como solo nosotros sabíamos.

–¿Salimos a la terraza? –susurró Frank.

–Va a llover –le respondí.

–No importa, quiero mojarme.

Lo dijo de un modo tan sensual que me hizo suspirar. Mi respiración se aceleró inmediatamente, al ritmo de aquella cadencia extraña que creaba aquella luz, el calor y la inminente lluvia. El pulso martilleaba en mi cuello, mi pecho, mis muñecas y mi entrepierna, sin remedio.

«Y eso que aún no la he tocado», pensé sorprendido de mi propio deseo.

Salimos a la pequeña terraza de nuestro dormitorio. Había comenzado a

llover. Y enseguida comprendí. Era el único lugar de la casa donde aún no habíamos hecho el amor. Lo habíamos hecho en la azotea, en la piscina climatizada, en la bañera, en la cocina, en el suelo, sobre la alfombra, en el sofá... Solo nos faltaba la terraza.

Permanecemos de pie, en un extraño estado de calma mientras la lluvia caía sobre nuestras cabezas sin parar, martilleando contra las tumbonas, la mesita, la tierra de las macetas y el suelo de losas de cerámica oscura y mate.

De pronto, alguien en otra azotea o terraza cercana empezó a tocar la trompeta con sordina, dándole ese toque tan especial e íntimo al instrumento. Enseguida reconocí una melodía familiar, tocada a la manera del no menos extraordinario Miles Davis, con sordina de acero Harmon. Poco después comenzó a sonar *I Fall in Love Too Easily* y una banda al completo: piano, chelo, batería... Cien por cien jazz del bueno.

—A mi padre, cuando tocaba en clubs de jazz con su banda, le encantaba acompañar la trompeta con el piano, lo hacía de maravilla —recordé en voz alta.

—Tú también lo haces de maravilla, *chéri*. Por eso te quiero en la escuela —dijo Frank posando su cabeza sobre mi pecho.

Yo la toné por la cintura y comenzamos a movernos sin pensar en la lluvia, siguiendo la melodía, muy suavemente, juntos, muy juntos.

—Luego tocaré un poco, antes de irnos.

—Me encanta escucharte. —Sonrió—. ¿Y te pensarás lo de la escuela?

—Sí, lo pensaré.

—¡Sí, por favor! —susurró Frank con fervor.

La abracé con fuerza. La orquesta de jazz continuó desde algún edificio próximo al nuestro. Ese sería siempre mi barrio; alguien tocando la guitarra española, son cubano, un violín que recuerda a lejanos lugares de la Europa oriental, imitadores de Bob Dylan con su armónica, un alegre reel, yo con el piano... El barrio de Los Ramones y Louis Armstrong; jazz o blues en la azotea, Duke Ellington, Charlie Parker, Dizzy Gillespie o John Coltrane. En él conviven mil etnias diferentes y cientos de estilos musicales, todo en un solo lugar en el mundo, mezclados. Esa es nuestra fuerza.

Dejamos de bailar. La respiración de Frank se estaba volviendo cada vez más intensa. Su pecho subía y bajaba, agitado. Me descalcé. Mis pies notaron el frescor del suelo embaldosado. Olía a tierra mojada. Sus ojos preciosos me recorrían de pies a cabeza brillando febriles.

Ella también se descalzó y, al sentir el suelo bajo sus pies desnudos, tembló de pronto. Yo continuaba sin poder apartar mis ojos de su cuerpo. Frank miraba el mío con codicia, viendo cómo se tensaban mis músculos dispuestos para la acción.

Un rayo cruzó el cielo iluminándolo. A él le siguió el estruendo del trueno. Íbamos a hacerlo, íbamos a juntar nuestros cuerpos, yo iba a penetrar el suyo y ella iba a acoger el mío. Yo le iba a dar todo y ella me lo iba a dar todo también. Era así, siempre, lo mejor, lo más dulce.

Me fui desnudando a medida que me iba acercando a ella. Frank respiraba afanosa. Las ropas empapadas se le pegaban al cuerpo como una segunda piel. El cabello le goteaba sobre los hombros, la espalda y el escote. Comenzó a soltarse los botones de la camisa mientras el agua de lluvia dejaba un reguero entre sus pechos.

Me acerqué más, hasta casi rozarla. La proximidad de mi cuerpo hizo que Frank exhalase un fuerte suspiro de necesidad. Solo nos faltaban un par de centímetros para que nuestros cuerpos se rozasen. Casi podíamos oír los latidos de nuestros corazones bombeando la sangre, descontrolados.

Un tirante del sujetador resbaló por su hombro al deshacerse de la camisa, el otro se lo bajó ella misma. El pantalón estaba adherido a su cuerpo y tuvo que despegarlo para quitárselo. Después se bajó las bragas y se quedó desnuda bajo la lluvia.

Frank me observaba. Conocía perfectamente esa mirada tan intensa en mí, la que la reclamaba ansioso y yo sabía lo que significaba aquel modo de escrutarme con sus bellos ojos del color del caramelo, voraces e intensos.

Me pegué a su cuerpo para entregárselo. Frank acercó su boca a la mía rozándome apenas. Su cálido aliento se cruzó con el mío. Exhalé un gemido al que ella respondió con un profundo jadeo en el mismo instante en que apretó sus senos contra el vello de mi pecho.

Respiré su aroma, el de su pelo, su piel. Olía a algo conocido que yo amaba, a ella, a mi Frank. Ella acarició mi pecho suavemente haciéndome emitir un intenso gemido de placer. Fue bajando sus manos por mi torso, despacio, deslizándolas por mi vientre, hasta llegar a mi entrepierna. Mientras, la tormenta continuaba atronadora.

Ella contempló mi desnudez sin pestañear y siguió con sus caricias, esta vez sujetando mi miembro erecto, tomándolo entre sus hábiles manos para acariciarlo suavemente, descubriéndolo, impregnándolo, preparándome y

haciéndome temblar de ganas.

Me notó vibrar entre sus dedos. Su mano se cerró alrededor con fuerza, provocándome un poderoso jadeo y no pude más. Agarré su cabeza con mis manos y le besé con ansia las mejillas, los ojos cerrados, sus labios.

Frank me correspondió con la misma avidez con la que yo besé sus labios suaves y húmedos, rozando mi erección contra su vientre. Palpité de placer al notar cómo su cuerpo cálido y mojado, tan conocido para mí, se apretaba también contra el mío e introduje mis dedos entre sus labios jugosos y tiernos para confirmar como destilaba su deseo en forma de abundante y cálida humedad.

La tocaba, acariciaba sus labios húmedos y tiernos sin dejar de mirarla, besándonos hasta que ambos necesitamos coger aire para respirar.

Apreté su clítoris haciéndola gemir. Mi lengua saboreaba la suya. Frank acariciaba mi rostro, mis labios, anhelante. Yo dejé de tocarla e introduje mi dedo índice en su boca. Frank lo chupó con avidez probando su propio sabor.

–Eso es... Pruébate. Sabes tan bien... –jadeé. Su cuerpo temblaba de placer.

Conocía el ritmo de su excitación, sabía si podría prolongarlo, ponerla al límite de su resistencia o si por el contrario debería ser rápido y pasar de los preliminares. Aquella era una de esas veces. Esa era la ventaja de conocernos tan bien, podíamos anticiparnos a los deseos del otro y lograr el máximo placer mutuo.

Nos echamos sobre el suelo encharcado, sin pensarlo. Estábamos a la luz del día, trastornados por la urgente excitación del momento y no nos importó. Nunca nos había importado, siempre era más valioso nuestro deseo de hacer el amor.

Nos saboreábamos impacientes, con exigencia. Mis labios se deslizaron sobre su piel, mojándola con mi saliva, sobre su sexo húmedo. Frank sabía salada. Ella se retorció de placer contra mi boca y mi lengua, gozando de la tensión de mis músculos al presionar su pequeño cuerpo desnudo.

Después le tocó el turno a ella, que se aplicó en lamirme y chuparme de aquel modo tan sensacional con el que me hacía perder la cordura. La dejé hacer, contemplando como mi miembro desaparecía dentro de su boca una y otra vez, sin poder parar de mirarla y de resoplar de puro gusto. Frank estaba descontrolada. Me estaba haciendo llegar muy deprisa. La sensación de placer que me estaba dando era exquisita.

–No tan rápido, amor –jadeé.

La tomé entre mis brazos para colocarla sobre mí, a horcajadas, para que no sintiese la dureza del suelo, desesperado por tomarla.

Elevada sobre mí, Frank apoyó sus manos en mis hombros. Yo la penetré con un fuerte impulso de mi pelvis, gruñendo de gusto, aferrado a sus suaves nalgas. Ella me apremiaba impaciente, con los insinuantes movimientos de su cuerpo y sus quejidos, pidiéndome más y más. Sus caderas se movían hacia las mías para recoger mis intensas acometidas, fuertes, profundas y rápidas.

Mi carne dentro de ella, sus pechos mojados entre mis manos, su lengua lamiendo todo mi cuerpo, quemándome la piel.

Sus cabellos mojados goteaban sobre mi pecho. Era fabuloso contemplarla. Todo su cuerpo brillaba empapado por la lluvia. La sostuve agarrando sus caderas con fuerza, embistiéndola sin parar. Ella rodeó las mías con sus muslos suaves y húmedos y se inclinó hacia mi boca para dejar que le chupara los pechos.

Entraba dentro de ella, dilatada para mí, más dentro hasta el fondo de su cuerpo, sin parar, jadeando afanoso, aspirando su aroma.

El trompetista anónimo y su banda continuaban tocando para nosotros mientras seguía lloviendo a mares. Hilillos de agua de lluvia resbalan por su cuerpo goteando sobre mí.

Lo hicimos en la penumbra de aquella tarde tormentosa de verano, consumidos por las ganas, con intensidad, sin apenas hablar, solo mirándonos, entre jadeos y gemidos de placer, desesperados, gozando de lo ya conocido pero excitados más de la cuenta por estar a la luz del día, desnudos en la terraza.

Siempre nos ocurría lo mismo, a ambos. La sensación de peligro que supone hacerlo en un lugar público, a la vista de cualquiera que se asomase, era más excitante que nada.

El placer se afianzaba implacable, incrementándose rápidamente. Nos mirábamos, nos deseábamos, nos amábamos, nos pertenecíamos.

Incrementamos el ritmo al máximo, deprisa, más y más. Nos amábamos con potentes impulsos de nuestros excitados cuerpos, al unísono.

Frank se agitó gimiendo intensamente, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos entrando como en un estado de trance debido al placer que estaba experimentando, el que yo le estaba proporcionando y yo también lo hice, cayendo en aquella embriaguez con ella, convulsionando y gritando juntos,

alcanzando el cielo con un potentísimo y liberador éxtasis.

Ambos llegamos juntos, estallando en un potente orgasmo. Todo terminó entre fuertes jadeos y agudos gemidos, para pasar lentamente a las sonrisas y caricias, cada vez más suaves y dulces.

Un débil rayo de sol nos encontró tendidos boca arriba, exhaustos y aplacados después de la furia y el arrebató, rendidos por el derroche de besos y caricias.

–Me encanta nuestra nueva terraza –resoplé.

Inmediatamente escuché la maravillosa risa de Frank y la apreté contra mí para acunarla entre mis brazos.

Capítulo 54

This girl is on fire

En verano mi abuelo me llevaba hasta Rockaway Beach para escapar del calor de la ciudad. Ubicada entre Jamaica Bay y el océano atlántico, Rockaway Beach se extiende sobre once kilómetros de playa de arenas limpias y es un lugar donde van muchos surfistas y pescadores. A mi abuelo le gustaba pescar a la orilla del mar, sobre las rocas, le relajaba.

«Me hace no pensar en nada», me decía.

Pensé en mi abuelo, siempre taciturno, sintiéndose culpable por todo; por no encontrar a su padre, por no regresar a casa, por su madre y sus hermanos, por mi abuela, por mi padre, por mí.

La parte más agradable de Rockway está al oeste de Cross Bay Bridge. Allí era donde mi abuelo me llevaba los domingos del verano neoyorquino, cuando mi padre dormía la mona, en vez de ir a la iglesia. Para los que viven en Forest Hills o Rego Park, la parada del autobús Q53 está a dos minutos del mar. La playa cuenta con un largo paseo marítimo con puestos de comida y helados, baños públicos, juegos para los niños y muchas gaviotas. Para mí era el mejor día de la semana, el único bueno.

Mis hijos nunca tendrían que coger un autobús atestado de gente sudorosa para pasar unas horas en la playa. Teníamos todo el verano por delante y la casita de la playa para disfrutar de la costa. Pero Main Beach no tiene nada que ver con Rockway Beach. En Main Beach todo es menos espontáneo.

Charlotte, que en Queens hacía amigos en cualquier parte gracias a su sinceridad, allí, rodeada de niñitos millonarios controlados hasta la extenuación por sus niñeras, no lograba hacerlos con tanta facilidad. Así que la apuntamos a unas colonias veraniegas para, como dijo Frank, socializar. A Korey, que ya correteaba por todas partes, también le apuntamos a un curso

de psicomotricidad para niños menores de dos años. Korey era más miedoso que su hermana, pero igual de simpático y enseguida se acostumbró a los demás niños y a estar un par de horas sin nosotros.

Pero yo aún conservaba en mi mente aquellos dolorosos meses sin nuestra hija y no las tenía todas conmigo, y aquella primera mañana, en cuanto dejamos a Charlotte con la monitora, en el minuto uno ya me estaba arrepintiéndome.

–Mark... estará bien. No te preocupes. No es una academia militar –susurró Frank dándose cuenta de mi ansiedad.

–Es que... se me hace difícil dejarla con extraños –suspiré.

–Lo sé, *chéri*. Te pasó lo mismo los primeros días de colegio.

–Es desde lo del centro de acogida... Si la tenemos que dejar con alguien desconocido... –resoplé–. No me ocurría con Fiona, ni me ocurre con Jalissa o Charlie, pero con alguien que no conozco de nada, sí.

–Pero con Korey no te pasa lo mismo –me dijo con ternura.

–No, ya sé que es extraño. Solo me pasa con Charlotte.

Frank me tomó del brazo para hacerme salir a la puerta del centro infantil y eso me hizo sentirme mejor. Aunque yo sabía que no solo eso me alteraba. Lo que realmente me perturbaba era estar tan cerca de la mansión de los Van der Veen.

Charlotte se adaptó muy bien, no podía ser de otra forma. Era alegre, sincera, lista y leal. Solo había una Charlotte Gallagher Mercier en el mundo y la queríamos con locura.

Enseguida comenzaron a invitarnos a eventos para niños. Frank continuaba siendo una Sargent para aquella gente y su nuevo estatus la hacía una pieza codiciada para aquellos convecinos millonarios, tanto a ella como a nuestra hija. Para principios de julio ya habíamos acudido a dos cumpleaños, tres «fiestas del verano» y una barbacoa soporífera.

Pocket y Jalissa llegaron a finales del mes de junio para pasar sus dos semanas de vacaciones con nosotros. Ese mismo día recibimos una invitación en papel verjurado troquelado, con purpurina rosa, forrado con papel de seda también rosa para acudir al cumpleaños de Tracy Spencer, la hija pequeña de un exitoso psiquiatra infantil del Upper East Side y una *coach* dedicada a preparar para la maternidad a las esposas estresadas de los hombres de

Manhattan. Solo se pedía que los niños fuesen disfrazados del flexible lema de la fiesta: «Un jardín de cuento».

La fiesta se celebraba en el inmenso jardín de la mansión de los Spencer y a ella acudimos con los Moore, vestidos elegantes pero informales a la vez.

Se preparó un gran picnic, con montones de mantas repletas de sándwiches de *roast beef*, pastelillos ecológicos, zumos naturales, boniato frito en vez de patatas fritas y comida especial para niños veganos. Había varios castillos hinchables, una decoración de guirnaldas y farolillos libres de cloro, a juego con la mantelería y la cubertería, una inmensa máquina de pompas de jabón que continuamente llenaba todo el jardín de descomunales bolas transparentes, ponis para que montasen los pequeños y un sinfín de figuras de personajes de los cuentos infantiles hechas con globos. Los bebés y menores de tres años tenían su propia zona de juegos acotada para que, como dijo una animadora disfrazada de Humpty Dumpty, «los papis y mamis puedan socializar también». Había una banda de música que tocaba grandes éxitos de Disney y varios animadores disfrazados de personajes de los cuentos de hadas que arengaban a los niños para que no estuviesen quietos ni un minuto.

En cuanto entramos por la puerta, un tipo disfrazado de duende, con cara de aburrido, nos entregó un programa con todos los horarios y actividades de la fiesta. Pocket y Jalissa no podían dar crédito a aquel despliegue de globos y disfraces infantiles. Todo estaba programado sin dejar nada a la improvisación. Los niños, en grupos de cinco, estaban en todo momento supervisados por un monitor para que los padres pudiesen contemplar a sus retoños competir en extenuantes juegos dirigidos por adultos en los que todos ganaban algo, excepto el ganador, al que se le colocaba sobre su cabecita una corona dorada. En realidad, pocos progenitores estaban pendientes de los éxitos de sus retoños. Casi todos estaban junto a la mesa de las bebidas, abrevando con unos vasos tapados por servilletas de colores.

Charlotte fue disfrazada de su personaje favorito de los cuentos de hadas, el gato con botas. Creo que era la única niña de toda la fiesta que no llevaba un disfraz de princesa. Hasta Jewel se había disfrazado de Campanilla.

Frank recibió los saludos de muchos de los presentes, pero a Pocket y a Jalissa nadie se dignó a hablarles hasta que los anfitriones se acercaron a darles la bienvenida. La realidad era visible a simple vista: la pareja, junto con sus mellizos, eran los únicos invitados afroamericanos de toda la fiesta. A mi amigo le molestaba muchísimo el eufemismo racista de «gente de

color». Prefería que se refiriesen a él como persona negra que ser denominado «de color».

–¿De qué puto color se supone que sois los blancos, tío, de «sin color»?
–decía siempre Pocket.

Como solía ser habitual en las fiestas de la alta sociedad neoyorquina, los camareros y camareras sí que eran negros.

–Y eso que en los Hamptons tiene casa Beyoncé y Jay Z –dijo Frank molesta–. Deberíamos largarnos con nuestros hijos como forma de protesta.

–Sí, pero a ver quién saca ahora del castillo hinchable a esos dos, doña revolucionaria. –Sonreí viendo a Charlotte y D’Shawn saltando como posesos.

–No te preocupes, Frank. Me tiene sin cuidado toda esta gente. Hay canapés gratis, como diría mi madre, que en paz descanse, así que voy a comerme unos cuantos antes de que desaparezcan –dijo Pocket.

Y, tras pillar varios de una bandeja, se fue junto a una carpa donde Jewel estaba sentada pintando ante la mirada atenta de Jalissa. Nosotros nos quedamos tomando un combinado sin alcohol y así estábamos cuando aparecieron los Nielsen y los Carlson, un par de matrimonios muy dicharacheros que solían darnos charla, aunque no la pidiésemos, a la puerta de la guardería donde pasaban parte de la mañana Charlotte y Korey.

–¡Qué alegría veros por aquí! –dijo la señora Nielsen con una exagerada sonrisa y un llamativo vestido floreado.

Nancy era la presidenta del Club de Damas Republicanas de East Hampton y se dedicaba principalmente a esa ardua tarea y a «llevar su casa».

Jocelyn Carlson se apresuró a imitar a Nancy Nielsen saludándonos muy efusiva. Embutida en un vestido de cóctel de color turquesa que le daba un aire a Barbie, era la presidenta de la Sociedad de Madres de East Hampton y no tenía otra labor conocida. Jocelyn nos abrumó con su intenso perfume, demasiado fuerte para la luz del día y su cara de nariz, pómulos y labios operados.

–Todos juntos en esta preciosa fiesta. ¿No es estupendo, Dave? –dijo Jocelyn Carlson a su marido.

–Claro, hace un día estupendo –respondió Dave Carlson, dándole un trago a un botellín de cerveza de importación.

El hombre parecía estar aburriéndose soberanamente, vestido con unos bermudas de color salmón, a punto de bostezar en cualquier momento.

–Hola, Nancy. Hola, Jocelyn. Dave, Bob... –saludé quitándome las gafas de sol.

Di un par de castos besos en las mejillas maquilladas de las dos mujeres y la mano a los hombres, a la manera francesa. Ellos se apresuraron a besar a Frank y ella repitió mi gesto con ellas. No sé cómo, pronto comenzamos una distendida charla acerca de la práctica del deporte en verano.

–Bob y yo no somos muy deportistas, aunque yo a veces hago Pilates. ¿Y tú, Frank? –preguntó Nancy.

–Pues... antes solía bailar, iba a una academia de danza, pero en lo que más entrenada estoy es en correr para no perder el metro –bromeó Frank dejando con caras extrañadas a ambos matrimonios.

–¿Y tú, Mark? –Sonrió Jocelyn poniéndome ojitos.

–Practico boxeo –dije.

–¡Vaya! ¿Boxeo? Eso sí que es un deporte de hombres –intervino Bob Nielsen mientras Dave Carlson asentía admirado.

–Claro, por eso estás tan... fibroso –dijo Nancy.

–Dave y yo practicamos pádel y solemos salir a navegar. ¿Tenéis barco? –preguntó Jocelyn Carlson.

–No, no tenemos –contestó Frank.

–Pues tenéis que compraros uno ya, ¿verdad, Dave? –dijo Jocelyn.

–Por supuesto –respondió el estirado de Dave Carlson.

–Si necesitáis consejo, contad conmigo –se ofreció amablemente Bob Nielsen.

–Muy amable, Bob –dije ante la mirada atenta de Frank, que no perdía de vista a Nancy y Jocelyn, que a su vez no me quitaban los ojos de encima.

Sus maridos volvieron a ofrecerme su ayuda con lo del yate y se retiraron a beber lejos de sus esposas. Nada más desaparecer me vi acaparado por ambas señoras, la simpática, regordeta y pecosa Nancy y la vanidosa y artificial Jocelyn. Ninguna le hacía sombra a Frank, que me miraba divertida al ver como ambas me avasallaban intentando centrar mi atención en cada una de ellas. Yo sabía que Frank se estaba divirtiendo de lo lindo viéndolas competir por mis atenciones.

–¿Estás de vacaciones, Mark? –preguntó Nancy, que contrariamente a lo que aparentaba era la más atrevida de las dos mujeres.

–Se puede decir que sí. –Sonreí.

–¿Y en qué trabajas? –preguntó Jocelyn.

–Oh, no trabajo ahora. Bueno, al menos no con un salario al uso.

–¿Ah, no? –preguntó Nancy.

–Soy amo de casa, cuido de mis hijos y en mis ratos libres toco el piano. Es Frank quien trabaja en su fundación.

Ambas se quedaron estupefactas para acto seguido mirarme con devoción, como si yo fuese un santo a beatificar o algo parecido.

Al final, Frank se apiadó de mí y se excusó delante de las dos señoras alegando que debíamos ir a echar un vistazo a nuestros retoños.

–Lo siento muchísimo, pero debo dejarlas, el deber me llama –dije bromeando con mi sonrisa canalla.

Ambas señoras comenzaron a hacer pucheros entre risitas nerviosas y miradas pícaras y yo no puede evitar sentirme halagado al comprobar que, a pesar de acercarme peligrosamente a los cuarenta, aún seguía causando impacto en el sexo contrario.

Al rato, Frank me alcanzó en otro punto del inmenso jardín, lejos de la atosigante presencia de Nancy y Jocelyn.

–¿El deber te llama? –Sonrió divertida.

–No sabía cómo escaquearme de ellas –resoplé aliviado.

–Ya. –Rio Frank.

–Las he dejado asombradas.

–Yo diría que algo más que asombradas.

–¿Fascinadas? –Sonreí presumido.

Frank me miró con picardía, posó la palma de su mano en mi pecho y se puso de puntillas para hablarme al oído.

–Cachondas –susurró–. Creo que las has puesto muy cachonas, *chéri*.

No pude evitar una carcajada mientras la tomaba por la cintura.

–No te pases o estos estirados no invitarán a Charlotte y a Korey a más meriendas.

–¿Te has fijado en Nancy? Se ha ruborizado, ha puesto los ojos en blanco como seis veces, se ha chupado el labio otras tantas y cuando has dicho que boxeabas creí que le iba a dar algo. ¡Y Jocelyn...! ¡Cómo te miraba el culo!

–Sí, lo de fibroso ha sido... –Sonreí.

–Estoy segura de que esta noche Nancy se va a follar al gordito de Bob pensando en ti –volvió a susurrarme.

–Eres malísima –dije surcando su cintura hacia abajo, acariciando su cadera hasta alcanzar la parte superior de su trasero.

–Igual que tú. Te lo estabas pasando en grande poniendo tu sonrisa mojabragas.

La miré sonriendo de oreja a oreja y me acerqué a ella hasta rozar su cadera.

–Pobrecitas. –Reí.

–Sí, pero no las culpo. –Suspiró—. Hoy estás especialmente guapo, *mon cher*.

–¿Tú crees?

Asintió mordiéndose el labio.

–Esa camisa azul a medida te queda genial, te marca la espalda y los hombros. Me gusta cómo te la remangas casi hasta el codo. Te has soltado dos botones y se te ve un poco el vello del pecho. Te has bronceado por fin; los vaqueros te quedan de muerte y las gafas de sol que te regalé te dan un aire misterioso. Además, no te has afeitado y la barbita de tres o cuatro días te hace más sexy.

Miré a Frank de arriba abajo sin dejar de sonreír. Con un vestidito de tops corto, azul marino, sandalias sin tacón, el pelo suelto y la piel brillante y bronceada, sin maquillaje, estaba hermosísima.

–Ya veo que me has dado un repaso –le susurré al oído con voz suave—. Tú también estás preciosa, amor.

Ella apoyó su cadera en la mía y me acarició el vientre despacio.

–¡Oh, oh, están allí! Nos están saludando –dijo Frank mirando hacia un lado.

Miré a donde ella me señalaba y vi a Nancy y Jocelyn agitando sus manos en el aire, sonriéndome con regocijo.

–Se me está ocurriendo que si te doy un beso...

–No, Mark no te pases. Son todos republicanos, Nancy es judía y votante de Trump y Jocelyn es medio mormona, los vamos a escandalizar.

–¿Y cómo es que tienen hijos? ¿Rezando o contando dinero? Solo será un casto beso de marido serio y formal.

–Tú no eres serio y formal, Gallagher.

–Venga... Solo uno. –Sonreí con mi sonrisa más canalla.

–Pero sin....

No le di tiempo a rechistar. La tomé por la cintura y besé sus labios intensamente obligándola a abrir la boca. Mi lengua se coló enredándose con la suya y allí, en medio del jardín de los Spencer, nos dimos un morreo

espectacular.

Cuando la solté a ambos nos faltaba el aliento. Frank se chupó los labios algo aturdida.

–Iba a decir que sin lengua –dijo suspirando.

–Pero no me has rechazado.

–¿Y desperdiciar un buen beso? –Sonrió con picardía.

Sonreí. «Siempre tienes una contestación jodidamente aguda, nena», pensé admirado.

–¿Todavía nos están mirando? –pregunté observando de reojo el fondo del jardín.

–Ajá. Creo que, si Nancy continúa inspeccionándote tanto, acabará teniendo un orgasmo de pie. Tiene pinta de ser una mujer... fogosa –dijo Frank provocándome una carcajada.

Entonces comenzó a sonar una canción conocida de entre todo aquel batiburrillo de melodías aburridas: *This girl is on fire* de Alicia Keys.

–¡Por fin algo divertido! Me estaba hartando de tanta Celine Dion –dijo Frank.

Yo continuaba mirándola fijamente, recorriéndola de arriba abajo, intentando que bajase la guardia.

Volví a acariciar su cintura repasándola lentamente, notando como el juego comenzaba a tornarse muy erótico y apetecible.

–Pero te ha gustado el beso –afirmé con voz sensual en su oído.

–Sí, pero no vuelvas a hacerlo –me advirtió intentando aparentar seriedad.

–No, aquí no, tranquila –susurré rozando su cadera con la mía–. Puede que en un lugar más... íntimo.

–¿En qué estás pensando? –Sonrió mordiéndose el labio.

–Pues en que... ayer no pudimos y anteayer tampoco y... la verdad es que de repente me está apeteciendo muchísimo hacerte el amor.

Frank abrió mucho los ojos y suspiró. Sus pupilas se dilataron revelando su deseo.

–Yo también tengo ganas de ti, mente sucia –susurró.

Emití un gruñido como señal de aprobación y sin poder dejar de sonreír la tomé de la mano para sacarla del jardín.

Nos escapamos de los ojos de los presentes y bordeamos el jardín y la fiesta hasta que ya no se escuchaba el griterío infantil. Ambos íbamos riéndonos, cogidos de la mano, buscando algún rincón donde escondernos. Al

fin lo encontramos en un recodo del jardín, junto a unos setos frondoso, tras una caseta para guardar útiles de jardinero alejada de la zona de juegos.

Enseguida nos pusimos a ello. Con Frank apoyada precariamente sobre el alfeizar de una ventanita de aquella caseta de madera metí mis manos bajo su vestido, tomé sus nalgas prietas y las masajé apretando mi erección contra su vientre y su sexo. Intenté quitarle las bragas con urgencia, entre risas, podían descubrirnos en cualquier momento. Frank se revolvió para ayudarme mientras batallaba con mi bragueta, pero no lo conseguía y yo me apretaba más y más contra su cuerpo, ansioso e impaciente. Finalmente logró bajarme la bragueta y liberar mi miembro. Yo no aguantaba más y de un solo tirón rasgué sus finas bragas de encaje y tiré de ellas dejando su sexo al aire.

No me lo pensé dos veces. Bajé por su cuerpo besándolo con avidez hasta alcanzar el tierno triangulo entre sus muslos, haciendo que Frank soltase una risita antes de jadear con fuerza. Después hundí mis labios en su húmedo sexo, suave, caliente y blando, afanándome en degustarlo. Con cada nueva pasada de mi lengua por su tierna carne ella se entregaba más y más, gimoteando de placer.

–¡Te quiero... dentro! –jadeó implorando casi sin voz.

«Se muere de ganas. Está deseando que la penetre», pensé sonriendo vanidoso.

Me levanté y me metí entre sus muslos para acariciar sus pliegues y lubricarnos mutuamente.

–¡Qué húmeda estás, princesa! –jadeé maravillado de lo a punto que estaba ya.

Nuestro deseo era mutuo y brutal. Éramos iguales, un par de salidos que se volvían locos juntos.

–Tengo muchas ganas, *chéri* –me dijo respirando agitada.

–¡Agárrate, princesa! Te lo voy a hacer muy rápido, amor.

Ella asintió con impaciencia para gemir con fuerza justo cuando la penetraba con un potente impulso de mis caderas, entera, hasta el fondo.

Comencé a moverme vigoroso, resoplando de ganas, aferrándola por las nalgas para sostenerla mientras Frank me recibía abrumada de placer, apoyada sobre el borde de la ventana.

–¡Qué abierta estás, qué gusto! –gruñí.

–Tú me pones así. Me encanta cómo me lo haces –gimoteó.

–Y a mí me encantas tú. Me encanta todo de ti. Tu olor, tu sabor... Y me

encanta tu culito y en cuanto estemos en casa y todos duerman te voy a hacer eso que tanto te gusta, amor –dije acariciando su trasero hasta alcanzar el punto exacto en el que ambos estábamos pensando.

Aquello acabó por encenderla del todo. Frank exhaló un jadeante «joder» cerrando los ojos, arqueándose para mí como una diosa del sexo.

Podíamos escuchar el sonido húmedo de nuestros sexos al unirse y separarse y eso era tan excitante como nuestros jadeos y suspiros de placer. Su cuerpo cálido y suave se estremecía con cada nueva embestida. Comencé a sentir aquel dulce temblor en sus entrañas y me apliqué a fondo.

–¡Córrete, córrete para mí! –la apremié.

–¡Ya casi estoy...! –gruñó de gusto, cerrando los ojos con fuerza.

–Sí, lo quiero...

–Yo también... –Tembló al borde del orgasmo

–¡Mírame, amor! –susurré ronco de placer.

–¡Dámelo, Mark! –pidió con sus ojos fijos en los míos.

Y tras decirlo la penetré con todas mis fuerzas, presionando su clítoris y su interior. Frank exhaló un ronco suspiro para comenzar a convulsionar sin parar, haciéndome eyacular con energía.

Terminamos a la vez, besándonos para acallar nuestros gemidos, acariciándonos mutuamente, aún estremecidos.

–Estoy enfadada contigo –dijo Frank todavía sin resuello, haciendo un puchero delicioso mientras se arreglaba el pelo alborotado y yo me subía los pantalones.

–¿Por qué? –pregunté colocándole bien el vestido.

–Porque has roto mis bragas nuevas y me gustaban mucho.

–Ya, nena, lo siento, pero... –dije besando su frente con ternura.

–Pero ¿qué?

–Ya sabes lo que dicen.

–¿Qué dicen? –Sonrió.

–No dejes para mañana lo que puedas... follar hoy.

Y la carcajada de Frank se oyó desde el otro lado del jardín de los Spencer.

Capítulo 55

Perfect day

El quinto cumpleaños de Charlotte había llegado y Charlie, mi madre, acababa de llegar a Main Beach para celebrarlo y pasar el Cuatro de julio con nosotros.

El verano es largo en los Hamptons. Las familias pudientes de Nueva York se trasladan a esa lengua de tierra alargada que mira al océano en cuanto los niños terminan el colegio, a principios de junio. Las niñeras y madres se quedan con los niños y los padres se mueven de la ciudad a la casa de veraneo cada día, en sus helicópteros o jets privados los más hiperactivos. Los menos, se hacen los sufridos proveedores del clan y aparecen por allí los fines de semana solo para salir con el yate compulsivamente o jugar al golf o al tenis en el Maidstone Club, un selecto lugar que cuenta con una playa privada, piscina, casa de tenis y casa club con restaurante y bar con terraza, además del campo de golf. La mayoría apenas recalca en East Hampton una semana o dos, en las que no dejan ni un minuto el móvil, deseando que las vacaciones concluyan para regresar al despacho, ese mundo conocido que dominan y en el que se sienten hombres de verdad.

En mi caso era Frank quien solía ir a Nueva York un par de veces por semana para estar al día de como marchaba su fundación y las obras para poner en marcha cuanto antes la escuela de arte en Forest Hills.

Algunas veces la acompañaba y otras me quedaba con nuestros hijos. Las mujeres de los Hamptons, y hasta sus niñeras, se quedaban estupefactas al verme hacer la compra solo o recoger a los niños de las matinales en las colonias de verano. Pero yo nunca he sido el típico hombre adicto al éxito y al trabajo que tanto abunda en Nueva York y en su ciudad dormitorio veraniega. Yo disfruto con mis hijos y no necesito testosterona extra. Es más,

prefiero estar rodeado de mujeres dándome consejos acerca de la crianza que de machos alfa con implantes de pelo. Es un mundo mucho más amable e inteligente.

La noticia de que Charlie Kaufmann acababa de llegar pronto se esparció por East Hampton como el segundo chisme más comentado en todas las barbacoas y fiestas junto a la piscina. El primero de los cotilleos era que la casa de los Van der Veen aún no había sido abierta aquel verano.

Se decía que Patricia Van der Veen no estaba bien, que había sido ingresada por su marido en un sanatorio para una cura de reposo, al que era de dominio público que no quería conceder el divorcio. El problema se debía, según algunos, a simple agotamiento por una persistente falta de hierro que le provocaba anemia. Otros hablaban de crisis de ansiedad incontroladas.

A mí realmente me daba igual lo que le pasase. Había hecho todo lo posible para separar a mi familia y no quería saber de ella nunca más. Ya no era ni tan siquiera el natural deseo de venganza o el odio y la repulsión lo que me provocaba pensar en Patricia, simplemente no quería ni escuchar su nombre.

Charlie quiso ocuparse del cumpleaños de Charlotte y organizarle una gran fiesta a su nieta, pero nosotros no teníamos la propiedad de los Spencer. Barajamos la idea de una fiesta en el club náutico de East Hampton, alquilando la zona que estaba habilitada para cumpleaños y otros eventos o en el Maidstone Club, en su playa privada. La familia de Frank había sido socia de ambos clubes durante generaciones, pero ahora ninguno de los dos lo éramos porque realmente no nos interesaba alternar con sus socios, gentes cuyos abuelos o padres no habían dejado ser miembros de sus selectos clubes a ciudadanos que no fuesen blancos y protestantes hasta casi los años 80.

Es lo malo de que a tu hija la inviten a fiestas infantiles. Por compromiso y educación, si veraneas en los Hamptons y quieres que ella sea aceptada y que tenga amigos no te queda otra que claudicar, aunque las convenciones sociales con ese tipo de gente te tengan sin cuidado. Pero de ninguna de las maneras queríamos que Charlotte se sintiese marginada o que se convirtiese en una inadaptada como lo fuimos su padre y su madre de niños.

A sus cinco años ella era una niña muy sociable que necesitaba estar con más niños y hacer amigos. Ella misma nos lo pedía. No quería regalos, solo jugar con otros niños de su edad en su fiesta. Le daba igual dónde se celebrase.

No lo teníamos nada claro, así que lo primero de todo fue elaborar una lista con las familias que nos habían invitado a algún evento en aquellas primeras semanas del verano. Incluimos en primer lugar a Pocket y su familia y a los niños de la señora Sánchez, Marisa, que venía desde el pueblo a echarnos una mano en casa dos veces por semana. Charlotte se llevaba de maravilla con sus hijos, un niño y una niña que solían quedarse con nuestra hija mientras su madre, a la que insistí en contratar legalmente, hacía que nuestra casa de la playa no pareciese una cuadra.

Finalmente fue la propia Charlotte la que nos dio la idea para una fiesta inolvidable. A ella le encantaban los parques de atracciones y en Cedar Point County Park había uno estupendo. Yo añadí la idea de una acampada familiar en el camping, junto al parque. El lugar era muy bonito, con mucho arbolado y un lago para pasear con canoas, cerca de la bahía, a solo cinco minutos a pie de la playa.

–Invitaremos a todos al parque de atracciones y haremos una acampada nocturna junto al lago. ¡Genial! –dije entusiasmado.

–¿Fuiste alguna vez de acampada cuando eras niño, Mark? –preguntó mi madre.

–No, jamás.

Se hizo un silencio incómodo que Frank rompió con su alegría habitual.

–Yo tampoco he acampado nunca. ¿Y tú, Charlie?

–Solía escaparme de casa y dormía en una vieja barca, en el *bajou*, donde nadie podía encontrarme. Creo que es lo más parecido a acampar que he hecho en mi vida.

–¿Y no te daba miedo? –pregunté.

–Me daba más miedo mi padre que los caimanes –respondió mi madre sin emoción aparente.

–Entonces... ¿te animas a dormir en tienda de campaña? –preguntó Frank -. Va a ser toda una experiencia.

–Si no os importa, yo ya estoy mayor para dormir encima de una colchoneta, así que me alojaré en uno de los bungalows de madera del camping –dijo mi madre.

–¡Venga, mamá! A Charlotte le encantaría –la animé.

–No, Mark, mis riñones no están para tantos trotes. Ya tengo una edad, que no pienso deciros, y el tiempo no perdona –suspiró.

–Bueno, no importa. Nosotros pasaremos la noche en el bosque, bajo las estrellas, como los primeros colonos –dije.

–Sí, *chéri*, con los osos y los lobos, y haremos fuego con dos palos –bromeó Frank haciendo reír a mi madre.

Ya estaban enviadas las invitaciones para la fiesta de acampada; compradas las entradas para el parque de atracciones y reservado el restaurante con tarta incluida para celebrar la merienda de cumpleaños. Teníamos todo preparado y casi todo el mundo había aceptado nuestra invitación. Compré un par de estupendas tiendas de campaña totalmente equipadas para Pocket y nosotros y todo lo necesario para acampar, sin reparar en gastos. Todo estaba ya empaquetado en la inmensa ranchera que habíamos alquilado para poder transportar todos los enseres para aquellos dos días. Y yo, he de reconocer que estaba emocionado ante la idea de dormir en una tienda de campaña por primera vez en la vida. Como un crío con zapatos nuevos. Solo faltaba que llegase Pocket con Jalissa y los niños.

El día 1 de julio, la víspera del cumpleaños de Charlotte, fue Frank quien llevó a nuestros hijos a la guardería para sus talleres matinales y quien se iba a encargarse de recogerles mientras yo aguardaba a todos los Moore.

Me extrañó que Frank tardase en volver y comencé a impacientarme. Soy un tipo algo controlador, lo reconozco. Me entra una molesta ansiedad en las tripas cuando las cosas no salen como estaban planeadas.

–¿Y Frank? –preguntó Pocket nada más bajar de la furgoneta.

Mi amigo acababa de llegar con su furgoneta llena de bártulos, dispuesto a seguirnos hacia Sag Harbor y el cabo.

–Habíamos quedado en salir justo después de comer. Debería estar ya aquí, pero ya la conoces. Es impredecible. Se habrá acordado a última hora de que tiene que comprar algo o estará charlando con alguien que no veía desde Dios sabe cuándo –resoplé.

–Pues llámala.

–Ya lo he intentado, pero se ha dejado el móvil en casa para no variar.

Pocket puso los ojos en blanco. Jalissa nos miraba con desconfianza desde

la furgoneta.

–Pues si llegamos tarde nos vamos a perder el partido de baloncesto y quería verlo –lloriqueó mi amigo.

–Me tiene sin cuidado el partido, tío, y a Jalissa también.

–¡Eh, yo no te doy lecciones matrimoniales, colega, así que córtate!

–Descuida. –Sonreí.

Jalissa se cruzó de brazos en el asiento del copiloto y frunció el ceño aún más. Estaba a punto de continuar bromeando a cuenta de Pocket y su famoso partido cuando vi a lo lejos que un agente de policía se acercaba por el sendero de tablas que comunicaba la casa con la carretera.

–Creo que vienen a poner una multa –le dije a Pocket, continuando con mi tono de broma.

Mi amigo se volvió extrañado hacia el sendero de maderas y Jalissa salió de la furgoneta. En el mismo instante en que miré al agente que se acercaba hacia nosotros me di cuenta de que algo había ocurrido, algo que no era bueno y que tenía que ver con la tardanza de Frank. El corazón me dio un vuelco, como si fuese a pararse para acto seguido comenzar a palpar sin freno, hasta que cada latido golpeó mi garganta haciéndome respirar con fuerza.

–¿El señor Gallagher? –preguntó el agente nada más llegar hasta donde estábamos Pocket y yo.

–Sí, soy yo –dije con la angustia y el miedo alojado en las tripas.

–¿Qué ocurre, Mark? –preguntó Jalissa, acercándose al policía y a mí con D’Shawn y Jewel al lado.

–No lo sé. ¿Qué es lo que pasa, agente? ¿Le ha ocurrido algo a mi mujer? –pregunté al borde del pánico.

–No, su esposa está bien, no se preocupe. Le espera en comisaría. Acompáñenos, por favor.

–No será nada, tío. Seguro que Frank ha estampado el coche contra una señal de tráfico a algo así y tienes que pagar la multa –dijo mi amigo.

Los dos policías que me llevaron hasta la comisaría no me habían aclarado nada de lo que estaba ocurriendo pese a mis insistentes preguntas y yo ya estaba que me subía por las paredes.

Nada más entrar en la pequeña comisaría local me abalancé hacia el primer

agente que vi, una pequeña mujer hispana con cara de pocos amigos.

–Soy Mark Gallagher. ¿Me puede decir dónde está Frank Gallagher-Mercier, por favor?

No fue una pregunta, sino un ruego desesperado.

–Aguarde aquí un momento, señor Gallagher –dijo la mujer, impasible.

El hilo musical estaba demasiado alto para mis nervios. Sonaba Perfect Day, de Lou Reed, y me pareció una ironía para aquel día que de repente se estaba convirtiendo en una pesadilla.

–¿Es necesaria la música? –pregunté resoplando a un agente que estaba sentado en una mesa, frente a un ordenador.

–Tranquílcese, señor Gallagher, su mujer está aquí, en el despacho del comisario con su hija, y se encuentran las dos perfectamente –me dijo otro agente acercándose a mí lentamente, con voz pausada, como intentando mantenerme calmado.

En ese momento me di cuenta de que él solo había mencionado a Charlotte y que los otros dos policías no habían mencionado a Korey en ningún momento. Me alarmé.

–¿Y mi hijo pequeño? ¿Qué está ocurriendo? –insistí.

–Pase a la oficina conmigo, por favor, señor Gallagher –pidió la agente, que acababa de regresar de algún lugar de la pequeña comisaría decorada al estilo de los Hamptons, con maderas pintadas de blanco y motivos marineros.

Asentí dándome cuenta de que estaba elevando el tono de voz demasiado y que todo el mundo en la comisaría me estaba mirando.

Frank nos aguardaba sentada en una pequeña y austera sala de espera, junto a la oficina del comisario de East Hampton, con Charlotte sobre su regazo.

Su cara al verme aparecer me lo dijo todo. Estaba pálida y descompuesta. Me acerqué a ellas a toda prisa y Charlotte se abrazó a mí aliviada. Frank estaba al borde de las lágrimas, pero me di cuenta de que intentaba mantener la calma para no asustar a nuestra hija. Cogí a Charlotte en brazos sentándome al lado de Frank, en una incómoda silla, con la mirada de la agente fija en nosotros.

–Frank, ¿qué está pasando que nadie me dice nada? ¿Y Korey?

Nada más mencionar a nuestro pequeño, Frank me miró. Su barbilla

temblaba. Estaba a punto de echarse a llorar.

–Korey no está, papi –dijo Charlotte abrazándome más fuerte.

Frank y yo nos miramos. La angustia en ella era inmensa.

–¿Cómo que no está? –pregunté con un hilo de voz.

En ese instante mil ideas, a cuál peor, me pasaron por la cabeza, pero descarté la peor de ellas.

«No puede ser. A Korey no le ha pasado nada irremediable. Frank está mal pero entera. No estaría en pie si...».

Senté a Charlotte en mi regazo. Frank respiró hondo intentando templar sus nervios antes de empezar a hablar y yo aferré sus manos con fuerza. Las tenía heladas.

–Perdone –dijo Frank a la agente que aguardaba de pie, junto a la puerta del despacho del comisario de policía–. ¿Le importaría llevarse a la niña un momento a... dibujar o pintar? Tengo sus lápices de colores. Solo tendrá que darle un papel. Por favor, solo será un momento. Necesito hablar con su padre... a solas.

La agente asintió dulcificando su gesto adusto.

–Llamaré a mi madre para que venga a recogerla –me apresuré a decir.

–Sí, será lo mejor –dijo Frank aliviada por mi intervención.

–Charlotte, cariño, la abuela va a venir a buscarte. Ahora sé buena y ve con la agente... –comencé a decir con voz suave.

–Sarah –dijo ella sonriéndole a Charlotte.

–Ayuda a papá y a mamá y ve con Sarah, princesa –susurré posándola en el suelo y besando su mejilla con ternura.

–¿Va a venir a buscarme Charlie? –preguntó nuestra hija con una gran sonrisa.

–Sí, *mon cher*, enseguida viene. Papi ya está hablando con ella –dijo Frank mientras yo realizaba la llamada–. Nosotros tenemos que quedarnos un poco para hablar con la policía, pero enseguida estaremos en casa contigo.

–¿Y Korey?

–También –susurró Frank con voz ronca, a punto de llorar.

Terminé de hablar con mi madre en ese mismo instante. Charlotte salió de la mano de la agente y yo me abalancé a abrazar a Frank, que continuaba sentada, con los brazos alrededor de su vientre, aferrándose, en un intento de infundirse consuelo a sí misma.

–Mark... - sollozó echándose en mis brazos.

–¿Qué está pasando, mi vida? ¿Dónde está Korey? –pregunté angustiado, besando su pelo.

–Cuando he ido a buscarle a la guardería, tras recoger a Charlotte, ya no estaba.

–¿Cómo? ¿Ha desaparecido? –susurré alarmado.

–No, no, su cuidadora me ha dicho que ya habían pasado a recogerle –negó con la cabeza.

–¿Qué? Pero... ¿quién...? –exclamé confundido -. Explícate mejor, nena, por favor.

–He llegado y he esperado en la entrada, como siempre, y al ver que la cuidadora no salía con él he entrado a buscarle. La chica no era la de siempre, era nueva y no me conocía. Cuando se ha dado cuenta se ha puesto muy nerviosa y... –titubeó—. Está ahí dentro, con el comisario, declarando.

–¿Quieres decir que se han llevado a Korey? –Frank asintió—. ¿Le han secuestrado?

–Sí –susurró sollozando.

–Pero ¿quién? ¿Quién querría llevarse a nuestro hijo y por qué? –pregunté horrorizado.

–Ya sabes quién –dijo mirándome a los ojos.

E inmediatamente lo comprendí todo.

–¿Patricia? –pregunté espantado.

No hizo falta que Frank me respondiera, su mirada me lo confirmó.

Un rugido de furia salió de mi garganta. Frank se abrazó a mí con fuerza mientras yo maldecía a Patricia Van der Veen con una rabia infinita.

Capítulo 56

Una furtiva lacrima, (L'elisir d'amore, Gaetano Donizetti)

Amy, la chica de la guardería, salió de la oficina del comisario sonándose la nariz con un pañuelo de papel y en cuanto nos vio a Frank y a mí volvió a echarse a llorar pidiéndonos perdón con insistencia, hecha un manojito de nervios. Era una universitaria vecina de Sag Harbor en su primer empleo. La habían contratado para suplir las vacaciones de otra cuidadora, mayor y más experimentada. Amy dijo que, aunque no tenía ninguna preparación relativa al cuidado de niños menores de dos años, el dinero le iba a venir muy bien a sus padres para pagar sus gastos universitarios. «No todo el mundo en los Hamptons somos millonarios como los Van der Veen», añadió.

Al parecer, Patricia Van der Veen se había presentado a Amy con su nombre y como pariente de Korey, alegando que Frank le había pedido que fuese a recogerle antes de la hora de salida habitual, al no poder hacerlo ella. «Un asunto urgente de la madre, un imprevisto», fueron las palabras que empleó Patricia para justificarse. Se excusó diciendo que ni la madre ni el padre habían podido avisar con tiempo a la dirección de la guardería y aguardó con una gran sonrisa beatífica en su cara.

Amy sabía que el protocolo no permitía entregar a los bebés a desconocidos o gente no autorizada expresamente por los padres con tiempo y por escrito. La guardería debía tener conocimiento de cualquier cambio en ese aspecto, pero aquella mujer era una Van der Veen, así que Amy no se atrevió a decir que no. De todos era sabido la importancia de los Van der Veen y su poder. Estaban por encima del bien y del mal y todo el mundo en los Hamptons los conocía o había oído hablar de ellos, incluso Amy Bianci.

La joven estudiante sopesó la situación y, por miedo a hacer el ridículo enfrentándose a Patricia van der Veen y al posible posterior despido, le dejó llevarse a Korey.

–Yo misma lo llevaré a su casa ahora mismo, no te preocupes, somos familia –fueron las palabras que Amy escuchó de los labios siempre sonrientes de Patricia.

Pero Amy también recordó que cuando Patricia ya se marchaba con Korey en brazos, justo al salir por la puerta, la señora Van der Veen llamó al niño Darren, solo antes de acariciar su cabecita y besarlo con devoción.

Eso mismo fue lo que corroboró el señor Thomson cuando la policía, siguiendo el rastro de Patricia mediante las cámaras de seguridad de la calle, acudió a su establecimiento de venta de sillas y cochecitos de bebé. Según Cole Thomson, Patricia Van der Veen había comprado una silla de paseo, otra específica para el coche y ropa y enseres para el que presentó como el hijo de una sobrina que pasaba unos días en su casa. El niño correspondía con la descripción que habíamos dado de Korey: rubio, de ojos castaños claros, como de color miel y de unos 18 meses.

A Thomson le pareció extraño pues sabía, por su mujer y otra vecina, que la casa de los Van der Veen no había sido abierta en todo lo que llevaban de verano. Su hermana, dueña de un negocio de catering, que todos los años contrataba gente para las numerosas fiestas veraniegas de los vecinos más pudientes de East Hampton, entre ellos los Van der Veen, aún no había recibido ningún encargo de Patricia y comentó que le había extrañado el hecho de que el niño se llamase como el difunto hijo único de los Van der Veen.

La policía se había puesto en marcha en cuanto Amy concluyó su declaración y enseguida comenzaron las pesquisas para descubrir adónde se había dirigido Patricia con nuestro pequeño. Se la había visto comprando comida para bebés y pañales en una estación de servicio de la carretera en dirección a Sag Harbour. Según el tipo de la gasolinera, la misma Patricia conducía un todoterreno que Tom Van der Veen, recién llegado de Nueva York a requerimiento de la policía, reconoció como propio.

Todos estábamos en comisaría aguardando noticias. Charlotte acababa de irse a casa con mi madre y Pocket ya estaba al tanto de todo.

–Debí hacer caso a Charlie y pedir esa dichosa orden de alejamiento... – farfullé entre dientes.

Frank acarició mi espalda con ternura.

–No te castigues, Mark...

Yo me levanté del asiento resoplando furioso, desquiciado. No podía estar quieto. Frank me veía deambular por la pequeña sala soportando como podía aquella angustiada espera, mientras Tom Van der Veen prestaba declaración en la oficina del comisario.

Cuando el marido de Patricia salió por fin, se dirigió a nosotros con semblante grave. Por su indumentaria, parecía que le habían sacado de su partido de golf semanal.

–Lo lamento, no pensé que Patricia estuviese tan mal. Parecía repuesta después de su estancia en la clínica de salud mental –se disculpó.

–Debiste dejarla ingresada, Tom –dijo Frank.

–Su médico me lo desaconsejó. Estaba medicada... –Cabeceó con tristeza.

–Tú ya sabías lo que nos había hecho –añadió ella con dureza.

Yo me mantenía en silencio, apretando los puños con rabia contenida, intentando no perder los estribos.

–Nunca imaginé que pudiese hacer algo así –resopló Tom Van der Veen–. El doctor Shapiro llegará en cualquier momento. Se ha mostrado sorprendido con la actitud de Patricia y está dispuesto a colaborar en todo cuanto pueda con la policía.

–¿Actitud? –dije elevando la voz–. ¡Es una maldita psicópata que ha secuestrado a nuestro hijo!

Tom Van der Veen me miró consternado, asintió y permaneció callado sentado en la misma sala de espera que nosotros, aguardando al psiquiatra de su mujer.

El doctor Shapiro no nos tranquilizó en absoluto. Él mismo había constatado, pasándose por el apartamento de los Van der Veen en Nueva York, que Patricia llevaba semanas sin tomar su medicación.

Todos estábamos reunidos alrededor de la mesa del comisario Cunningham, en su despacho.

–Lo más probable es que esté sufriendo un brote psicótico y que incluso tenga alucinaciones –dijo el psiquiatra de Patricia con una pasmosa tranquilidad–. Tendrá momentos de lucidez, pero también otros en los que no distinguirá la realidad de lo que son sus pensamientos. Ha desarrollado, sin ninguna duda, una obsesión patológica, aunque no estoy muy seguro de con

quién.

–¿No es con Korey? –preguntó Frank extrañada.

–No, creo que no, creo que tiene que ver más con usted o incluso con el señor Gallagher. El niño solo es el medio para llegar a ustedes. En su fantasía parece ser que lo confunde a ratos con su propio hijo.

–¿Cree que Korey es su hijo? –pregunté angustiado.

–Es lo más probable pero no lo más importante.

–¿Puede hablar claro, por favor? –resoplé.

–Perdone, doctor Shapiro, entonces... ¿no le hará daño? –preguntó Frank agarrando mi brazo, intentando calmarme.

–Es muy probable, aunque no puedo asegurarlo al cien por cien. La mente humana no es predecible. No sabemos qué es lo que le ha llevado a cometer este rapto, los motivos que ella encuentra para ello, su justificación. Y tampoco sabemos cómo quiere terminar esa fantasía que ha creado en su cabeza debido a su enfermedad. Puede ser que quiera simplemente revivir su recuerdo como madre o que quiera reivindicarse.

–¿Reivindicarse? –pregunté.

–Acaparar la atención –aclaró el psiquiatra.

El comisario bajó la mirada hacia su mesa. El doctor Shapiro nos miró fijamente antes de proseguir.

–Llevo tratando muchos años a la señora Van der Veen y me atrevería a establecer ciertas pautas de comportamiento previas que me llevan a pronosticar que Patricia puede querer atención o venganza o ambas cosas a la vez. Pero... cuanto antes se la encuentre, mejor.

El doctor Shapiro no tuvo que explicarnos más. Mis más funestos presagios se estaban confirmando. Al escuchar la conclusión del psiquiatra, Frank sollozó desesperada haciendo que mi cólera y mi impotencia aumentasen por momentos.

La policía de East Hampton se movilizó al completo enseguida, pero era una pequeña comisaría de un distrito en el que no solía pasar apenas nada; algún vecino conduciendo bajo los efectos de las drogas o el alcohol del que nunca trascendía el nombre y poco más. Todas las grandes fortunas allí afincadas tenían su seguridad privada, así que la policía de East Hampton era de las más relajadas del país.

El comisario Cunningham, un hombre de cara afable, de no más de cincuenta años, pidió refuerzos a los pueblos cercanos para la búsqueda de Korey. Las patrullas se pusieron en marcha y comenzaron a rastrear East Hampton y sus alrededores en busca de Patricia.

A pesar de las recomendaciones de la policía, aquella primera noche tras el rapto de Korey, la pasamos en la comisaría, aguardando con las esperanzas aún intactas, esperando que en cualquier momento el teléfono del despacho del comisario sonase para darnos la buena noticia de que habían encontrado a nuestro hijo pequeño sano y salvo y detenido a Patricia.

La búsqueda pronto se extendió a toda la costa. Las horas pasaban y nadie había vuelto a ver a Patricia Van der Veen. Parecía que se la había tragado la tierra.

–Han pasado ya muchas horas. Tiene que estar escondida en alguna parte, pero ¿dónde? –gruñí desesperado.

–Va a amanecer ya –gimió Frank.

Yo la tapé con mi cazadora y la rodeé con mis brazos, con fuerza, intentando con aquel abrazo infundirnos algo de alivio mutuo para sobrellevar aquella angustia que no nos dejaba ni comer ni sentir apenas el sueño.

El nuevo día no nos trajo buenas noticias. Las investigaciones en casa de los Van der Veen habían constatado que Patricia tenía el pasaporte al día y en su poder y que había retirado gran cantidad de efectivo para no emplear sus tarjetas de crédito y así no dejar rastro de sus movimientos. Tampoco su teléfono móvil daba señal alguna, así que no podía ser rastreado. La policía concluyó que Patricia estaba intentando salir del país.

Enseguida se tomaron medidas para que eso no fuese posible. En los aeropuertos del estado se buscaba a una mujer de mediana edad, rubia, atractiva, bien vestida y con un niño de año y medio.

–Son días de mucho movimiento en carreteras y aeropuertos, faltan apenas 48 horas para la fiesta nacional y eso está dificultando la búsqueda –se excusó el comisario Cunningham.

–¡Pero tiene que estar metida en alguna parte! –exploté al ver como Frank se retorció de angustia en una silla.

–Estamos rastreando los hoteles, casas de huéspedes y moteles de la zona. Lo más probable es que esté escondida en algún lugar dando una falsa identidad, haciendo tiempo para salir en el momento que crea oportuno.

Incluso puede que haya cambiado de aspecto para no ser reconocida.

–¿Han registrado las otras propiedades de los Van der Veen? –preguntó Frank.

–Sí, sin resultados –admitió el comisario.

–¿Y ahora? –pregunté.

–Hay que esperar. Dará un paso en falso, alguien la verá, la reconocerá a ella o al niño. Siempre ocurre –dijo el comisario Cunningham–. Sé que en estos casos la espera es muy dura, por eso creo que deberían regresar a su casa y esperar allí, aquí no pueden hacer nada, solo ponerse más nerviosos. Se encontrarán mejor si intentan descansar un poco. Háganme caso. Si tenemos cualquier noticia, nos pondremos en contacto con ustedes inmediatamente.

–¿Lo harán o solo está intentando tranquilizarnos? –pregunté.

–Tienen mi palabra. Yo también soy padre –respondió Cunningham con semblante muy serio.

–Gracias –resoplé–. Seguiremos su consejo.

Frank nos miraba como si no entendiese lo que estábamos hablando.

–No, prefiero esperar aquí –murmuró.

Me acerqué para ponerme de cuclillas frente a Frank. Estaba pálida, ojerosa, despeinada, sus manos temblaban. No había podido tragar ni tan siquiera un vaso de agua en más de veinticuatro horas y no había dormido nada, permaneciendo en vela, recostada en mi hombro toda la noche. No iba a aguantar mucho más en esas condiciones.

–Vamos a casa, amor. Necesitas comer algo y descansar. Los dos lo necesitamos –le dije con ternura.

–No. Quiero quedarme, quiero estar aquí cuando llegue Korey –suspiró con lágrimas en los ojos.

–Frank... –susurré. Me dolía el alma escuchar el nombre de nuestro hijo pequeño, pensar en él y ver a Frank así–. El comisario tiene razón. Aquí están haciendo su trabajo y, en cuanto tengan noticias de Korey, nos avisarán.

Ella negó con la cabeza con obstinación.

–Charlotte estará preocupada y hoy es su cumpleaños –dije.

Frank me miró con sus preciosos ojos enormes y tristes. Estaba desolada.

–No... no me acordaba... –gimió.

Acaricié su rostro con delicadeza y mis ojos se llenaron de lágrimas silenciosas mientras veía las suyas caerle por las mejillas.

La tomé de la mano y se levantó como sin voluntad para irnos a casa, intentando convencernos de que era lo mejor. Nos daríamos un baño, intentaríamos comer y descansar.

–Un coche patrulla los llevará a su casa –dijo el comisario al vernos dispuestos a marchar de la comisaría.

Cunningham llamó a la agente Sarah y le pidió un coche patrulla con dos agentes para acompañarnos. Cuando ya salíamos hacia la soleada calle, el comisario me paró en la puerta.

–Usted parece más entero que su mujer –susurró.

–No lo crea. Ella es muy fuerte. Yo solo intento...–Resoplé.

No me salían las palabras. «Solo intento no hundirme y hundirla conmigo», pensé.

–Les recomiendo que, si no quieren angustiarse aún más, no pongan la televisión. En las noticias locales ya se están empezando a dar datos acerca del secuestro pidiendo la colaboración ciudadana –me dijo, intentando que Frank no le oyese–. Y una cosa más.

–Dígame.

Miré hacia el coche patrulla. Frank ya estaba dentro, sentada en el asiento trasero, mirando a la nada, como ensimismada.

–Dentro de unas horas se habrá cumplido el plazo de cuarenta y ocho horas para activar la alerta a otros estados.

–¿Y eso qué significa, comisario?

–Que los federales tomarán el mando, pero no dejaré de buscar, ni de mantenerles informados. Le he dado mi palabra y la cumpliré. Soy de una comisaría modesta, pero sé cómo se deben hacer las cosas. Confíen en nosotros. Recuperaremos a su hijo.

–Gracias por todo –asentí esperanzado para, rápidamente, alcanzar a Frank y sentarme junto a ella en el coche patrulla que nos condujo a casa.

Ya en casa nos recibió Charlie junto con Pocket y Jalissa. Todos estaban angustiados, pero antes de explicaciones y muestras de apoyo nosotros corrimos a felicitar a Charlotte y nos abrazamos a nuestra hija mayor con fuerza y necesidad.

–Ya sé que hoy no voy a poder tener fiesta de cumpleaños, pero cuando vuelva Korey podremos celebrarla. No me importa que sea otro día –dijo

nerviosa, de carrerilla.

–¡Claro que sí, princesa! –dije abrazándola de nuevo.

–No te preocupes por nada, *ma chère*. –Le sonrió Frank.

–Es que...

–¿Qué hija? –pregunté contemplando su carita pecosa.

–Es que... Jewel dice que no puedo pensar en mí cumpleaños ahora –dijo Charlotte apenada.

–¡Es normal que pienses en tu cumpleaños! Tú no estás haciendo nada malo –le susurró Frank tomándola en brazos.

–Quiero que Korey vuelva pero no por mi fiesta. No quiero ser egoísta –dijo con tristeza.

–Ya lo sé, cariño. No lo eres. No te sientas culpable, princesa –susurré con el corazón encogido de dolor al escuchar a nuestra hija mayor. Recordé lo culpable que me sentía de niño cuando mi abuelo me decía que mi padre estaba enfermo y yo solo podía odiarle por no ser capaz de prepararme una fiesta de cumpleaños como a los demás niños.

Charlotte no quiso abrir sus regalos hasta que volviese su hermano. Mi madre se la llevó a la playa con los Moore, para distraerla y para que descansásemos y nosotros nos pusimos a preparar algo de comer, en silencio, haciendo cada cosa como autómatas, intentando no pensar en nada.

Al sentarnos a la mesa frente a los platos llenos de comida, ninguno de los dos hizo el ademán de coger el tenedor para llevárselo a la boca.

–No puedo comer –murmuré.

–Yo tampoco. No me entra nada –dijo Frank.

Me levanté a retirar los platos, guardé la comida en el frigorífico y me dispuse a hacer lo que siempre me había funcionado.

–Voy a hacer té y después a llenar la bañera para preparar un baño, creo que será lo mejor –dije dejando la tetera a hervir.

–Ya preparo yo el té –se ofreció Frank.

–No, ya lo hago yo, amor, no te molestes.

–No es molestia, Mark. Prefiero... mantenerme ocupada.

–Está bien –asentí intentando no pensar en toda la angustia que estaría sintiendo ella, y decidí hacer todo lo que fuese para aplacársela un poco.

Dejé a Frank pensativa frente a las tazas de té aún vacías y me dirigí al baño, pasando primero por el salón para ponerle algo de música.

«Esto también funciona», pensé sabiendo que la música era buena para

ella, que siempre la hacía sentirse mejor.

Regresé a la cocina. Sonaba ya el aria más triste de Donizetti: *Una furtiva lacrima*, una romanza para tenor incluida en la ópera *L'elisir d'amore* y Frank, de pie frente a las tazas de té humeantes, las contemplaba ensimismada.

–El baño ya está preparado –musité a su espalda.

Frank se giró y me tendió una taza de té. Ella tomó otra y le dio un sorbo breve.

La miré y me devolvió una mirada llena de sufrimiento y de fuerza, ambas cosas a la vez.

Estaba orgulloso de ella. Una vez más, el dolor volvía, el sufrimiento regresaba a nuestras vidas. Pero mi Frank no estaba hundida, ni derrotada, todo lo contrario, plantaba cara a lo adverso y lo malo. Siempre lo hacía, lo hacía conmigo, lo hacíamos juntos.

Capítulo 57

Crazy

–Necesito pensar y no puedo –suspiró Frank envuelta en mi albornoz.

–¿No te ha relajado un poco el baño? –le pregunté con ternura, viendo cómo se secaba el pelo con una toalla mientras yo permanecía aún metido en el agua tibia de la bañera, sin decidirme a salir.

–No lo sé –resopló–. Lo necesitaba, pero es que... No paro de darle vueltas. Patricia no es una mujer que haga las cosas a la ligera. Siempre sopesa y se piensa todo. Por eso le salió mal con mi padre, por pensárselo tanto. Es todo lo contrario a lo que era mi madre, es fría y calculadora.

–Intenta no pensar en ella –le rogué apenado.

–¡Tengo que hacerlo, Mark porque sé cómo es y sé que tiene que estar en algún lugar que ella conoce bien! Estoy segura de que hemos pasado algo por alto, que tiene un plan y que lo está siguiendo al detalle. Patricia nunca improvisa –afirmó Frank con una febril energía que me preocupó.

–Deberíamos intentar dormir un poco –sugerí cerrando los ojos, pero al hacerlo solo veía a Korey, así que los abrí para no sentir tanto desconsuelo.

–Sí, tal vez así consiga aclarar mis ideas. Me duele la cabeza –respondió.

Salí de la bañera, me anudé una toalla a la cintura y me di cuenta de que a mí también me dolía muchísimo.

La casa estaba en un extraño y doloroso silencio, no como cuando estaban juntos nuestros dos ruidosos y alegres hijos, chillando y riendo, correteando y jugando a cada momento. Y en ese momento pensé que en cuanto tuviésemos de nuevo a Korey entre nosotros, jamás volvería a regañarles por tonterías o a quejarme de que alborotaban mucho.

Ya en la cama ambos intentábamos dormir sin lograrlo, dando vueltas y más vueltas, abrazados, esperando una llamada que nos dijese que todo había acabado y que nuestro hijo estaba bien, a salvo de aquella loca.

–Korey está bien, estoy segura –susurró Frank con una seguridad asombrosa.

–Amor... –suspiré besando su pelo con ternura.

–Sé que Patricia no le hará ningún daño.

–¿Cómo puedes estar tan segura? –murmuré, e inmediatamente me arrepentí de sonar tan cruel, sobrepasado por cada minuto que seguía transcurriendo sin noticias.

–Lo sé –respondió con tozudez.

Frank se fue quedando dormida ante mis ojos. Su respiración se tornó más suave poco a poco y su cuerpo tenso y agotado se relajó lentamente hasta que se sumió en un sueño profundo. Y así, mirándola preocupado, sin perderme detalle de sus pequeños suspiros y de sus mínimos gestos, me dormí también, cayendo por fin en un sueño nada reparador.

Fue Frank quien me despertó a la mañana siguiente, saltando sobre la cama.

–¡Sé lo que va a hacer Patricia! –gritó sentada.

–¿Qué? ¿Qué dices? –balbuceé medio dormido.

–¡Mark, va a coger un yate! No me digas cómo, pero he soñado con ella esta noche. Con ella y con mi padre, con Geoffrey –dijo a todo correr, sin apenas tomar aire para respirar–. He recordado una vez que fuimos juntos en el yate de Tom. ¡Era Patricia quien lo llevaba! Yo era pequeña y ella tendría unos treinta y tantos años. Ella estaba feliz porque le encantaba navegar y sobre todo porque mi madre estaba en Europa, trabajando, y ella tenía a Geoffrey para ella sola. ¡Sabe pilotar un yate perfectamente!

Y de pronto comprendí y la miré asustado.

–¿Qué crees que piensa hacer exactamente? –pregunté sospechando lo que era.

–¡Va a llevarse a Korey fuera del estado, tal vez fuera del país, pero no va a hacerlo por carretera o en avión, va a ser por mar! Está esperando a que el viento sea propicio y que haya buena mar para navegar. ¡Corre, mira el canal del tiempo, Mark! –gritó.

Cogí mi móvil de encima de la mesilla y miré la pantalla. Frank tenía razón. Se esperaba un Cuatro de julio soleado. La noche estaría iluminada por la luna y un montón de fuegos artificiales a lo largo de toda la costa Este.

–Escucha esto: «La noche será despejada, con el cielo libre de nubes, con vientos suaves procedentes del continente, ¡de flojos a algo más intensos en la costa!» –leí en voz alta.

–¿Lo ves? La noche perfecta para salir con un yate a navegar. Habrá un montón de veleros de gente que quiere celebrarlo en el mar y ver los fuegos artificiales desde sus barcos.

–Pasaré desapercibida... ¡Hija de puta! –exclamé–. ¡Llama al comisario Cunningham!

Me levanté de la cama para vestirme con rapidez y Frank cogió el teléfono inmediatamente y comenzó a hablar a toda velocidad. Ella también se puso a vestirse en cuanto colgó el teléfono. Cuando terminó nos miramos fortalecidos y rápidamente me acerqué a Frank para estamparle un beso en la boca.

–¡Por eso te quiero tanto, por lo lista que eres, amor! –le sonreí.

Ella me devolvió una sonrisa inmensa, llena de aquella maravillosa alegría esperanzada que la iluminaba siempre, la que la hacía tan única y tan valiosa.

Bajamos las escaleras a toda prisa. Al escucharnos mi madre salió del salón asustada y nos encontró ya en el vestíbulo, junto con Charlotte, que se había levantado al oír ruido.

–¿Qué ocurre? ¿Adónde vais? –preguntó angustiada mi madre.

–A comisaría –dijo Frank corriendo a besar a Charlotte.

–¿Es por Korey? –preguntó nuestra hija.

–Sí cariño, tranquila –contestó Frank.

–D’Shawn y Jewel se han marchado –dijo apenada nuestra hija.

Miré a mi madre extrañado.

–No han querido despertaros. Se han vuelto a Nueva York, no querían molestar.

–No molestan en absoluto –dijo Frank abatida, abrazando a Charlotte.

–Así se lo he dicho, pero no quieren ser una carga y han preferido esperar noticias en su casa. Pocket me ha dicho que te llamará luego, Mark, y que si hay alguna novedad o necesitamos algo que le avisemos enseguida.

–Está bien. Yo hubiese hecho lo mismo –suspiré comprendiendo a mi amigo.

–¿Ya le han encontrado? –susurró Charlie, intentando que nuestra hija no la oyese.

–No aún no, pero Frank tiene una idea muy verosímil de lo que puede estar planeando Patricia.

Mi madre me miró mortificada y de pronto me abrazó con los ojos llenos de lágrimas.

–¡Traedlo a casa, hijo! ¡Traedme a mi nieto! –me suplicó.

–Te lo prometo, mamá –le dije besando su mejilla mojada por las lágrimas, para abrazar a Charlotte con fuerza y salir hacia nuestro coche.

Por primera vez me di cuenta de lo mucho que quería ya a aquella mujer que me había traído al mundo. Ya no me era confuso sentir cariño hacia ella, se me había pasado aquella sensación tan incómoda que me provocaba sentir amor por mi propia madre.

El comisario Cunningham se tomó en serio las sospechas de Frank y ya había dado la alerta a todos los puertos y pantanales de los Hamptons y a todos los de los estados de toda la Costa Este. Sin embargo, Tom Van der Veen, que había sido convocado de nuevo a declarar, hizo menguar nuestras esperanzas al certificar que el yate familiar se encontraba amarrado en Sag Harbor, en el Yatch Club, pendiente de unas reparaciones. Era imposible que Patricia pudiese echarse a la mar con él.

–Y pronto se hará de noche –suspiré, de nuevo desesperado.

Salimos de la oficina con Tom Van der Veen para deambular estoicamente por la sala de espera, contigua al despacho del comisario.

Frank estaba muy callada. Yo sabía que andaba rumiando algo, que en su mente desmenuzaba cada recuerdo de Patricia intentando llegar a ella, a sus pensamientos y finalmente a su escondite.

–Puede ser que... –dijo Frank de pronto.

–¿Qué, amor? –pregunté ansioso.

–Que Patricia tenga otro barco preparado y que alguien la esté ayudando –apuntó Frank.

–No es una idea descabellada –dijo Tom Van der Veen con su cortesía característica.

–Pero ¿quién? –preguntó Frank extrañada.

Todos nos quedamos en silencio durante un buen rato hasta que de pronto

sonó el teléfono dentro del despacho del comisario. El corazón me dio un vuelco y miré a Frank, que acababa de clavar sus ojos en los míos. Tras el cristal de la puerta, Cunningham cogió el teléfono y respondió con monosílabos durante un par de interminables minutos, después colgó y se levantó rápidamente para tomar la chaqueta de su uniforme y salir de la oficina.

–Bien, Bill, usted venga conmigo –le dijo a uno de los agentes, mientras se ponía su uniforme al completo.

–¿Qué ocurre, comisario? ¿Les han encontrado? –pregunté alterado.

–No, aún no –respondió muy serio–. Por cierto, señor Gallagher, hay una horda de periodistas delante de su casa. He mandado una patrulla para dispersarlos, pero me temo que volverán.

–¡Lo que faltaba! –exclamé furioso.

–Gracias, comisario –dijo Frank apaciguadora.

–Gracias a los dichosos periodistas algunos vecinos han decidido por su cuenta y riesgo comenzar una batida no autorizada en busca de su hijo –rezongó Cunningham.

Tom Van der Veen carraspeó nervioso, Frank nos miraba ansiosa a todos, pero el comisario no nos dijo una palabra más. Nosotros hicimos el ademán de seguirle, pero al darse cuenta, Cunningham se giró en redondo.

–Será mejor que ustedes aguarden aquí o en su casa, como prefieran. No es un consejo, es una orden, señor Gallagher. Bastante tengo con los vecinos –dijo muy serio al ver mi cara de pocos amigos.

–Es nuestro hijo, comisario –le contradije a la vez que intentaba serenarme.

–Lo sé y este es mi trabajo. No quiero que ustedes sufran ningún riesgo ni que pongan en peligro la operación interfiriendo.

–No lo haremos –dijo Frank.

–No lo saben, no saben cómo reaccionarán y no pueden asegurármelo. Lo siento, pero debo seguir un protocolo muy estricto. Es por el bien de su hijo. Háganme caso y esperen.

Y salió a toda velocidad, cerrando la puerta tras nosotros.

Resoplé exasperado y me dejé caer sobre una de las duras e incómodas sillas de la oficina.

–Voy a llamar a Charlie, a ver si está todo bien en casa. Creo que lo mejor va a ser que se lleve a Charlotte con ella a la ciudad. No me gusta nada que estén merodeando por ahí los periodistas y que puedan molestar a la niña –

dije levantándome de nuevo, incapaz de estarme quieto.

Tom Van der Veen nos miraba en silencio, contenido, sin saber muy bien qué hacer. Parecía que iba a irse por donde había venido cuando se dio la vuelta y comenzó a hablar.

–A Patricia siempre le gustó navegar. Su padre le enseñó desde muy pequeña. Es una consumada marinera. Recuerdo que fue ella quien enseñó a navegar a nuestro Darren –dijo con tristeza–. A veces se iba sola hasta el Yatch Club de Sag Harbor y salía desde allí hacia Cedar Point. Prefería esa ruta a zarpar desde nuestra propiedad. Decía que se podía salir a mar abierto con menos riesgos volteando el cabo y tomando las corrientes que iban hacia el Atlántico. Ella solía atracar en aquel faro abandonado... Ahora no recuerdo el nombre.

–¡El faro abandonado de Cedar Point, el de la isla! La punta de arena se convierte en una isla durante las horas de marea alta –exclamó Frank.

–Sí, y acabo de recordar que solía limpiarnos el yate y tenerlo a punto siempre un tipo llamado... Wilson, creo. Su padre y su abuelo habían sido marineros. Creo que toda su familia lo era.

–¡Es lo que piensa hacer, salir de allí! –dijo Frank con vehemencia.

–Pero... ¿ella puede manejar sola un yate? –pregunté.

Tom Van der Veen asintió con seguridad.

–A motor, sí. Incluso me atrevería a decir que también a vela. Patricia es más fuerte de lo que parece. Está en forma, hace deporte, se cuida mucho y es de constitución recia.

–¿Cree que ese tal Wilson podría estar ayudándola? –pregunté.

–Si ella se lo ha pedido, lo habrá hecho. No me cabe ninguna duda. Wilson es un perro fiel –respondió Tom Van der Veen con cierta ironía.

Su rostro permanecía devastado, pero con aquella distinción congénita, propia de la alta sociedad, reacia a mostrar sus sentimientos. Sin embargo, intuí cierta incomodidad al referirse al tal Wilson. Tom Van der Veen se volvió de nuevo hacia la puerta de la salita de espera con la intención, esta vez clara, de marcharse. Fue cuando me dirigí a él.

–Tom... Gracias –dije tendiéndole la mano.

Tom Van der Veen se dio la vuelta con elegancia y me la estrechó.

–No hay por qué darlas. Me repugna lo que está haciendo Patricia, no quiero ser cómplice en ninguna circunstancia de su locura. Y... os pido disculpas por lo ocurrido en el pasado. Frank, lo siento. Me siento...

responsable.

–Acepto tus disculpas, Tom. Pero a quien de verdad debes pedírselas es a nuestra hija.

–Lo hago –asintió con gravedad.

–Las aceptamos en su nombre –añadí.

Después de aquello, Tom Van der Veen tomó el camino de la puerta para, esta vez, desaparecer.

Frank y yo nos quedamos solos, sentados en la sala de espera, en silencio.

De pronto, Frank tomó mi mano y la apretó en la suya.

–Me niego a quedarme aquí esperando, Mark. Me volveré loca si tengo que hacerlo.

–No lo haremos. Lo tengo claro –dije tajante.

–Yo también –respondió mirándome sin dejar de asir mi mano.

No hizo falta aclarar nada, ambos nos entendíamos con solo mirarnos. No íbamos a quedarnos sentados esperando recibir noticias. Habíamos decidido seguir las pistas que el marido de Patricia nos había facilitado.

Días después supimos que Wilson empezó a trabajar para los Bradley cuando tenía quince años. Muchas mañanas y tardes se recorría con un fuera borda la distancia desde el Yacht Club de Sag Harbor hasta el faro para ver si la señora Bradley quería ir a tierra de compras. Un día, allá por los años 80, cuando Wilson era un muchacho rubio y atlético, llevó a la futura señora Van der Veen al faro, con su prometido, Tom Van der Veen, a visitar a los Bradley y se quedó prendado de aquella hermosa joven orgullosa y elegante. Aquella joven no era otra que Patricia. Fue Ray Wilson quien la desvirgó en aquel faro y no Tom Van der Veen en su noche de bodas.

El faro de Cedar Point County Park tiene vistas a la Bahía Gardiners y aparece en el registro nacional de lugares históricos del país desde la década de los 60. Inaugurado en 1868, de doce metros de duro granito, fue dado de baja en 1934 y sustituido por una luz automática.

El edificio fue construido sobre una isla de tres acres, solo poblada por un pequeño grupo de cedros que le dan el nombre, pero el huracán de 1938 creó un banco de arena que en la actualidad conecta la isla a la parte continental de East Hampton, formando una península que se conoce como Cedar Point.

Su linterna protegió a los marinos que entraban en Sag Harbor desde 1839,

cuando era aún un puerto ballenero. El antiguo faro fue reemplazado por la estructura actual en 1868. En ese momento, Sag Harbor era uno de los puertos más importantes de la Costa Este de los Estados Unidos. Barcos balleneros, pesqueros, buques de mercancías y otras embarcaciones buscaban en el faro su guía hasta Sag Harbor. Hoy en día es una marca diurna para veleros y yates que navegan por el corazón de los Hamptons.

–En 1937 el faro fue puesto a la venta por el gobierno y comprado por un particular, un tal Beale, con planes para convertirlo en un pabellón de caza cercano a su coto privado, pero aquello nunca se llevó a cabo. Tras la muerte de su marido, Edith Beale, que era tía de Jacqueline Kennedy Onassis, vendió el faro a otra familia de la zona para su uso como casa de vacaciones. Aquella familia, los Bradley, eran primos directos de los Van der Veen –dijo Frank.

Conduje lo más deprisa que pude, pero el crepúsculo se nos echó encima mientras llegábamos a Cedar Point. Las luces de la bahía ya refulgían a lo lejos y la luna, casi llena, nos observaba como un vigía brillante y silencioso. La noche se iba a llenar de vistosos fuegos de artificio con los colores de las «Barras y estrellas». Faltaba muy poco.

Ambos íbamos callados, vigilantes, intentando mantenernos cuerdos, dándonos la mano para infundirnos fuerza. Frank miraba la carretera con valentía. No nos habíamos cruzado con ningún otro coche tras salir del último pueblo en dirección a la marisma.

–¿Tienes algún plan? –preguntó Frank.

–En realidad, no. Tú conoces el lugar mejor que yo –dije mirando a la ya estrecha carretera poco iluminada, pensando que aquello era una locura.

–Debemos ser prudentes, intentar que nadie nos vea llegar –dijo ella.

–Sí –asentí–. Tal vez deberíamos dejar el coche y acercarnos a pie.

–Y si vemos algún movimiento extraño..., un barco amarrado, llamaremos a la policía. No pondremos en peligro a Korey –dijo Frank con determinación, como queriendo convencerse a sí misma de sus propias palabras.

Aparqué a un lado de la carretera, que ya se había convertido en un camino vecinal mal asfaltado al que el viento llenaba de arena, y me solté el cinturón. Frank hizo lo mismo, respiró hondo, cerró los ojos un instante y al abrirlos me miró y exhaló el aire con fuerza. Yo tomé sus manos aferrándolas entre

las mías justo antes de que ambos abriésemos las puertas del coche para salir a la carretera.

Caminamos juntos siguiendo el sendero, sin linternas que nos delatasen. Dejamos el coche allí, guarecido por unos arbustos, mientras la luna nos iluminaba. Podíamos escuchar nuestras respiraciones agitadas y rápidas junto con los grillos criqueando en la noche.

La brisa marina y su característico aroma a sal nos anunció que el mar estaba muy cerca. Ya se escuchaban las olas cuando a los lejos divisamos la silueta del viejo faro.

–El faro está situado al final de una larga lengua de arena que sobresale del acantilado. Si la marea está alta no podremos acceder a él porque el agua lo rodea y lo aísla de tierra durante unas horas –dijo Frank.

–Pues cruza los dedos, nena –susurré con el corazón latiéndome a mil por hora.

Un árbol nos dificultaba la visión y una nube aislada se interpuso delante de la luna. Aún no podíamos saber si el mar cercaba el faro. El sendero casi había desaparecido, pero nuestros ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. Continuamos caminando cada vez más sigilosos hasta que llegamos a una zona despoblada de árboles donde la carretera desapareció para convertirse en pequeñas dunas de arena. Pronto comprobamos aliviados que la marea todavía no estaba alta.

Nuestros pasos ya se hundían en el arenal. El suave viento agitaba la vegetación de las dunas. El imponente y algo fantasmagórico edificio estaba ante nuestros ojos. Junto a él había una pequeña casa que parecía de madera, apenas un refugio de pescadores.

Escuchamos la música antes de ver la luz en la ventana. Era Patsy Cline y su famosísima canción, *Crazy*.

Acabábamos de encontrar a Patricia.

Capítulo 58

Nature Boy

Frank y yo nos quedamos paralizados, en silencio, a pocos metros del desvencijado refugio de pescadores, sin atrevernos a dar un paso más ninguno de los dos.

–¡Está en esa caseta, estoy segura! –susurró Frank conteniendo la respiración.

La miré. Yo también lo estaba a pesar de que, desde donde nos encontrábamos, no se podía divisar nada más que la luz del interior.

–Voy a llamar al comisario Cunningham –susurré decidido.

–¡No, espera, Mark! Tardará en llegar y la marea está subiendo. Solo tenemos una oportunidad. Nosotros ya estamos aquí.

La miré espantado, intuyendo lo que me estaba proponiendo.

–Amor, no.

–¡Ese tal Wilson va a venir a buscarla!

–¿Y si no es así? ¡Puede que estemos equivocados!

–¡Está esperándole! –me insistió Frank.

Resoplé asintiendo. Sabía que ella tenía razón, que en cualquier momento aquel tipo aparecería con un barco y se llevaría de allí a Patricia y a nuestro hijo.

–¿Y qué quieres hacer? –dije resignado y a la vez desesperado.

La conocía y no iba a poder hacer que cambiase de idea. Solo podía ayudarla.

–Hablar con ella. Yo sola –me soltó Frank sin pestañear.

–¡No, no, ni hablar! –Me asusté.

–¡Me escuchará, a mí me escuchará, Mark, y ganaremos tiempo! Mientras, informarás al comisario de dónde estamos –me susurró con la ansiedad y la

angustia pintada en su rostro.

–¿Cómo sabes que te escuchará? –le pregunté irritado por no poder convencerla de que desistiese en su descabellada idea de hablar con Patricia.

–Intuición. Las dos somos madres.

El tiempo se nos echaba encima.

–¡Es una locura! –gruñí.

–¿Y si esperamos y la policía no llega a tiempo? ¡Se llevará a Korey, Mark! ¡Esa es su venganza contra nosotros! –Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

La tomé con fuerza entre mis brazos y le besé el pelo, apretando su rostro contra mi cuerpo y sintiendo un dolor que me taladraba el pecho.

–Está bien –asentí con un ronco hilo de voz–. Pero por favor, si ves que la cosa no va bien o que estáis en peligro Korey o tú, avísame de cualquier manera. Grita o lo que sea e iré a ayudarte. Pero avísame. No te arriesgues tu sola.

–Lo haré, te lo prometo –asintió una y otra vez.

La besé en la boca con pasión y un miedo inmenso alojado en las tripas. Algo me decía que no era seguro lo que estábamos haciendo, que todo podía salir mal, pero también era consciente de que no teníamos otra alternativa. El agua comenzaba a anegar los alrededores del promontorio de arena y dunas donde se asentaba el faro.

Mi mano aferró la de Frank en un último intento por retenerla, pero tuve que soltarla para que ella se adentrase en el arenal. Caminó decidida hacia la casucha de madera y al llegar a la puerta la oí elevar la voz.

–¿Patricia?... ¡Patricia, sé que estás ahí! Ábreme, soy Frank. –Aguardó delante de la puerta cerrada–. Vengo sola. Ábreme, por favor. Solo quiero ver... a Darren.

Cuando Frank pronunció el nombre del hijo muerto de Patricia, la puerta se abrió.

No me quedé aguardando. No pude. Necesitaba estar cerca de Frank. No me fiaba de Patricia, nunca lo había hecho y no me había equivocado juzgándola como la gran alimaña que había acabado siendo. Así que, desoyendo las súplicas de Frank, me acerqué a la cabaña mientras avisaba al comisario Cunningham de nuestra situación.

«Ojalá tuviese una pistola ahora mismo», pensé jodido, casi fuera de mí, escribiendo a toda prisa un mensaje de WhatsApp que envié al comisario. Porque a pesar de que no soy un tipo al que le gusten las armas, justifique la violencia o que crea en la caduca Segunda Enmienda, en aquel trance supongo que brotó mi lado más oscuro, el que Patricia Van der Veen lograba sacarme siempre.

Puse el móvil en modo silencio y con sumo cuidado, casi agachado, me fui acercando hasta la mísera casita e, intentando que mi respiración se sosegase, me agazapé bajo la única ventana de aquel antiguo refugio de pescadores.

El cristal de la ventana estaba roto y por aquel pequeño vano que el vidrio había dejado en el sucio ventanuco pude oír la conversación que se desarrollaba dentro.

–¿Verdad que mi Darren es un niño precioso? –preguntó Patricia, cuya voz me sonó extrañamente dulce.

–Sí, está precioso, Patricia.

–¿Quieres verlo? –preguntó Patricia.

–No, no, déjale dormir. No le destapes –respondió Frank en un susurro angustiado.

Cerré los ojos y apreté los puños, aliviado. Korey parecía estar bien, aunque estaba claro que, en su locura, Patricia lo confundía con su difunto hijo cuando era pequeño.

«Tenías razón, nena. Siempre la tienes», pensé orgulloso de ella.

–Es muy bueno y tan guapo... ¡Un ángel! –La voz de Patricia sonaba extraña y melancólica.

–Sí, es verdad –dijo Frank en un hilo de voz.

Escuché atentamente los pasos de ambas sobre el suelo de madera de la casa. Agazapado bajo el ventanuco no podía ver sus caras, pero no pude evitar pensar que, por el tono de su voz, Frank parecía inquieta.

–¿Sabes una cosa? –susurró Patricia emitiendo un siseo como queriendo pedir silencio—. Tengo un secreto.

–¿Un secreto?

Patricia emitió una leve risita histérica que me demostró lo perturbada que estaba.

–¿Qué secreto, Patricia? –preguntó Frank con la voz temblorosa.

Patricia no respondió y se hizo el silencio, un silencio que me pareció eterno y comenzó a asustarme.

–A mí puedes contármelo. No diré nada –insistió Frank.

–¿Me lo prometes? ¿Me prometes que no le dirás nada a Tom ni a Geoffrey ni a nadie más? –preguntó Patricia con voz infantil.

–Te lo prometo –aseguró Frank con voz firme.

Los pasos de solo una de las dos se escucharon sobre la madera vieja que crujía y agucé el oído para poder entender lo que se hablaba dentro de la casucha.

–Tom no es el padre de Darren –susurró Patricia, y volvió a reír nerviosa.

–¿Cómo que no es el padre? –preguntó Frank extrañada.

–No. Su padre, el de verdad, va a venir a buscarnos esta noche para llevarnos lejos, con él. Antes nos veíamos aquí. Él tampoco lo sabe, pero se lo diré, le diré que tenemos un hijo y nos iremos y viviremos los tres juntos, felices para siempre.

La voz de Patricia adquirió un tono alterado.

–¿Adónde os iréis, Patricia? –preguntó Frank con voz temblorosa.

–A un lugar donde ni Tom ni Geoffrey nos encontrarán nunca. Ellos ya no podrán engañarme más. No se volverán a burlar de mí, no volverán a abandonarme porque me iré con mi hijo –dijo Patricia con una rabia sorda.

Un cohete lejano estalló y rompió el silencio y la quietud de la noche haciéndome dar un salto bajo la ventana. Las celebraciones por el Cuatro de julio estaban a punto de comenzar al otro lado de Cedar Point.

–Se va a despertar... –murmuró Frank angustiada.

Me di cuenta de que, si Korey despertaba y veía a Frank, querría ir con ella y probablemente las cosas se podrían feas.

–¡Ya falta poco! ¡Él va a venir por fin! –siseó Patricia con ansia.

–¿Quién viene, Patricia? –preguntó Frank nerviosa.

–Si vieses lo guapo que es... Ni Geoffrey ni Tom pueden hacerle sombra. Es tan sensual, tan apuesto... Alto y fuerte... y... –Gimió-. Lo hacemos aquí, escondidos de todo y de todos. El sí que sabe hacerme el amor de verdad.

–Te prometo que no se lo contaré a nadie, Patricia. ¿Quién va a venir? –insistió Frank elevando un poco la voz.

«Cunningham... ¿Dónde estás?» –pensé mirando impaciente la pantalla del móvil, agachado bajo la ventana rota. El agua rodeaba ya todo el faro.

Hubo otro desasosegante silencio dentro de la casa, quebrado por un segundo cohete.

–Ya sabes quién es. Seguro que tú también te has fijado en él. –Rio

Patricia, vanidosa, para cambiar su voz por completo al momento—. Pero él es solo mío, tú no puedes quitármelo, zorra.

En aquel preciso instante mi mente me advirtió de que Frank estaba en peligro. Algo en el tono que empleó Patricia al insultarla me hizo sentir un miedo intenso que me produjo un escalofrío.

—Nunca se me ocurriría intentarlo, Patricia. Yo no tengo tu belleza y tu elegancia. Soy tu amiga. Puedes confiar en mí. ¿Quién es tu amante? —murmuró Frank con voz temblorosa.

El tercer aviso en forma de cohete explotó lanzado desde la población más cercana. La luna continuaba iluminando las dunas anegadas por el mar.

—Es... Mark —susurró Patricia, pronunciando mi nombre como en éxtasis.

En ese instante todo se precipitó. El ruido ensordecedor de las aspas de un helicóptero lo invadió todo y un haz de luz iluminó la lengua de arena, que ya era una isla, y el faro. Los fuegos artificiales que conmemoraban el Cuatro de Julio comenzaron a explotar desde un montón de puntos diferentes de la costa, sobre el mar, mientras el helicóptero se aproximaba con la intención de aterrizar en la exigua playa.

Al principio, confuso y deslumbrado por la potente luz, pensé que realmente alguien venía a por Patricia, a llevarse a mi hijo Korey, pero enseguida reconocí a varios policías vestidos totalmente de negro de pies a cabeza y deduje que serían de algún cuerpo especial. Todos ellos, sin haber aterrizado aún el aparato, saltaron a tierra y rodearon la zona junto a la casita en cuestión de segundos.

Simultáneamente pude apreciar como varios coches patrulla alcanzaban el final de la carretera, frenando en seco sobre el asfalto, dirigiendo sus luces hacia la casita de madera. De uno de ellos salió el comisario Cunningham seguido de varios de sus hombres para adentrarse lentamente en el arenal.

Continué agazapado contra la casa a la vez que, aliviado, me daba cuenta de todo aquel despliegue policial. Un agente de los que habían saltado del helicóptero me hizo señas para que me quedase donde estaba. El helicóptero se posó sobre el cabo en el momento en que Patricia salía corriendo de la casa junto con Frank. Frank llevaba en brazos a Korey, tapado por una mantita con unos dibujos de elefantes de colores que no recordé que le hubiésemos comprado nosotros. Korey comenzó a llorar mientras el comisario, a lo lejos, hablaba desde un megáfono.

—¡Señora Van der Veen, suelte el arma, ponga las manos en alto y

entréguese!

Justo al oír al comisario me di cuenta, con horror, de que Patricia llevaba un arma en la mano. Todos los agentes apuntaban a Patricia mientras Cunningham hacía gestos para que nadie disparase. Patricia miraba a todos lados deslumbrada y confusa, pero su sorpresa inicial enseguida dio paso a una furia ciega. Al darse cuenta de que estaba acorralada, Patricia se giró hacia Frank y, a pesar del ruido que hacía el helicóptero aún en funcionamiento, pude escuchar como emitía un grito de rabia, apuntándola.

–¡Quiere robarme a mi hijo! ¡Deténganla! –gritó señalando a Frank con el arma.

–¡Patricia... no! Este no es Darren, es Korey, es mi hijo –dijo Frank sujetando a nuestro pequeño que, asustado, lloraba sin parar.

–¡No! ¡Mentira! ¡Es mi Darren! –aulló Patricia fuera de sí.

–¡Señora Van der Veen, hemos detenido a Wilson y lo ha confesado todo, está en uno de los coches patrulla! ¡Entréguese! –dijo el comisario.

Desde mi posición pude ver como Cunningham continuaba haciendo señas a todos para que se mantuviesen en sus puestos. De uno de los coches sacaron a un tipo de mediana edad, alto, de tez morena, con barba cana y esposado, un auténtico lobo de mar. Yo me levanté para comenzar a acercarme lentamente a Frank. Pero el comisario me dio el alto.

–¡Quédese donde está, señor Gallagher! ¡Que nadie se mueva! Señora Van der Veen, baje el arma lentamente, déjela en el suelo, levante los brazos y comience a caminar muy despacio hacia nosotros.

No di un paso más. Patricia se giró y al verme reconocí el odio en sus ojos, un odio que la poseía y que la hacía implacable. Fue como ver a un animal herido y arrinconado que sabe que no tiene escapatoria pero que ha decidido que morirá matando.

Lo recuerdo, aunque de un modo muy extraño, como si todo lo que sucedió, después de que Patricia se percatase de mi presencia, hubiese ocurrido a cámara lenta o lo hubiese visto desde fuera, como una película en la que yo era el protagonista y a la vez el espectador.

El corazón me resonaba en los oídos. Miré a Frank, que sujetaba a Korey con fuerza protegiéndolo con su cuerpo.

«No le sueltes, amor, por nada del mundo», pensé sin apartar mis ojos de

los suyos.

Patricia solo nos miraba, a mí y a Frank, a Frank y a mí, apuntándonos intermitentemente. Yo estaba frente a las dos, formando un triángulo diabólico, y de espaldas a ellas estaba el comisario Cunningham. De pronto, Patricia, que no había dejado de observar a Frank y a Korey, se volvió. Su rostro estaba inexpresivo, sus ojos fijos en mí. Los fuegos artificiales continuaban explotando sobre nuestras cabezas, iluminando la escena, tiñéndolo todo de luz y color.

–¿Ya no me amas? –susurró Patricia dulcemente, sujetando el arma.

–Claro que sí –dije sin mover un solo músculo.

–Dime que me amas –imploró.

–Te amo –murmuré.

–¡Dímelo otra vez! –me rogó mirándome con lágrimas en los ojos.

Por un momento pensé que iba a dejar caer el arma.

–Te amo, Patricia –repetí elevando la voz.

Patricia sonrió y se llevó las manos a la boca con la pistola, para exhalar un suspiro que casi me pareció un jadeo obsceno. Frank me miraba angustiada y yo le devolví una mirada cargada de ternura. Fue un error. Al darse cuenta de nuestro contacto visual, Patricia cambió de actitud completamente.

–¡Mentira! –gritó fuera de sí, volviendo a apuntarnos con el arma.

–Patricia. Nos iremos tú y yo. Solos –le dije con suavidad mientras comenzaba a caminar hacia las dos lentamente.

–¡No se acerque, Gallagher! –escuché gritar al comisario.

–¡Mentiroso! ¡La quieres a ella! ¡A esa furcia francesa! –rabió Patricia.

Gritó aquellas palabras con un rencor feroz y se giró hacia Frank, a la que acababa de confundir con su madre, Valentine Mercier, para apuntar a su cabeza.

En la mente desquiciada de Patricia todo se mezclaba: Geoffrey Sargent, Wilson y yo parecíamos representar lo mismo para ella, algo parecido al enamoramiento y al deseo obsesivo.

–Mírame a mí, Patricia. No la mires a ella. Ella no me importa ¡Te quiero a ti! ¡Mírame a mí! –le imploré asustado.

Pero ya era demasiado tarde. Volvió a mirarme una vez más y la sonrisa lobuna de sus labios me heló la sangre.

–¡Tú tienes la culpa de todo, maldito mentiroso! ¡Pero lo vas a pagar! –rugió Patricia girándose de pronto, de nuevo hacia Frank.

No escuché el disparo, el estruendo de los fuegos artificiales rojos, blancos y azules lo ocultaron. Solo pude oír el grito desgarrador de Frank, que apretaba con desesperación a Korey contra su cuerpo.

Todo sucedió en tan solo una décima un segundo. Vi a Cunningham mover los labios, abrir mucho los ojos y gesticular, pero no entendí lo que decía. Vi a todos los agentes apuntando hacia Patricia y escuché el sonido que hacían los seguros de sus armas y, en el mismo momento en el que ella apretó el gatillo, miré a Frank y ya no vi nada más que sus ojos.

Dos zancadas me bastaron para llegar e interponerme entre Frank y Patricia. Los ojos de Frank, sus ojos del color del caramelo, dulces y enormes, me miraron aterrorizados. Me giré hacia Patricia para detenerla de un empujón y sentí un extraño zumbido en los oídos. Después Patricia desapareció de mi vista y me volví de nuevo hacia Frank, le sonreí y me quedé frente a ella. De pronto, me di cuenta de que los ojos de Frank estaban fijos en mí, en mi pecho.

—¿Estás bien, amor? —pregunté, y mi voz me sonó extraña, como lejana.

No me contestó. Di dos pasos hacia ella, que había retrocedido y continuaba mirándome con el pánico dibujado en su hermoso rostro. La miré temiendo que estuviese herida y, al ver que estaba bien pensé, aliviado, que Patricia había errado el disparo.

Frank dejó a Korey haciendo pucheros en el suelo, suavemente, sentado junto a ella y posó sus manos temblorosas en mi cuerpo, mirándolo sin cesar, como buscando algo y entonces, de repente, paró de tocarme. Fue cuando sentí aquel intensísimo dolor punzante que me quemaba por dentro, como si me atravesara de parte a parte y que casi no me dejaba respirar. Frank tenía sus ojos fijos en mi pecho. Entonces me miré y me di cuenta de que tenía el torso empapado en algo cálido y rojo. Me di cuenta de que era mi propia sangre y me tambaleé emitiendo un gemido ronco que me hizo toser y doblarme de dolor. Frank me miró horrorizada, sujetándome, pero las piernas no me respondían y caí de rodillas a sus pies, sin poder evitarlo.

—Mark, Mark... No, no... —gimió Frank arrodillada junto a mí con sus manos ensangrentadas para ponerse a gritar inmediatamente después—. ¡Ayuda, por favor, ayúdenle, está herido! ¡Mi marido está herido!

En ese momento creo que alguien tomó a nuestro hijo en brazos y se lo llevó.

—¿Y Korey? —susurré angustiado al no verle, intentando incorporarme sin

éxito.

–Está bien, está bien. Tranquilo. Un agente acaba de llevárselo –murmuró Frank hablando deprisa, muy dulcemente, mientras yo continuaba tendido en el suelo, apoyando mi cabeza en su regazo. De repente me sentía terriblemente cansado.

–Qué guapa eres... –susurré mirándola fijamente, mientras ella me acariciaba el rostro y la cabeza sin cesar.

–No hables. Estate quieto... –me pidió con ternura. Su rostro expresaba la desolación más absoluta.

–No me duele –le dije para tranquilizarla.

Era verdad, no sentía dolor, solo algo ardiendo dentro de mí, algo que a pesar de ese calor mordiente me hacía sentir frío.

–¡Aguanta, Mark, aguanta, mi vida! –me suplicó.

Asentí. Estaba agotado y me di cuenta de que me costaba respirar. Giré la cabeza un poco y a mi lado vi el cuerpo de Patricia, inerte junto a un revólver, con los ojos abiertos, tirada sobre la arena con un tiro en la frente, aferrando la mantita de elefantes de colores con una mano. Cerré los ojos un momento y entonces escuché la voz de Frank llamándome desesperada.

–¡Mark, Mark! ¡No, no cierres los ojos, mírame, *chéri*! ¡No dejes de mirarme! –me rogó.

Y en ese preciso instante de mi vida me di cuenta de que cuando era un niño jamás imaginé que fuese posible, que nunca pensé que llegaría a ser tan feliz como lo había sido desde que la conocí a ella. Comprendí que todas las preocupaciones de la existencia son absurdas porque lo único auténtico y absoluto, lo que te obliga y te doblega, lo único verdaderamente poderoso es el amor. Cuando ocurre, cuando llega, todo lo que habías dado por sentado desaparece, arrasa contigo y te das cuenta de que eso es lo mejor de la existencia, lo que de verdad importa. Y que si lo tienes, si has vivido ese amor, pase lo que pase ha merecido la pena tu tiempo en la tierra.

–Te amo, nena. No lo olvides nunca –susurré sin fuerzas.

–Lo sé, lo sé... Calla, no te canses –sollozó para pensar en voz alta–. ¿Por qué lo has hecho, Mark?

–Porque soy irlandés, ¿recuerdas? Además... una vez me dijiste que te encantaban los hombres que son capaces de morir por una mujer, como en la ópera, pero que ya no existían, que eran de otro tiempo... –le dije con mi sonrisa canalla hasta que el dolor al respirar me hizo torcer el gesto.

–No me gustan. Era una idiotez –sollozó besando mi frente.

–Daría la vida por ti una y mil veces. Eres mi amor, lo eres desde el primer momento en que te vi. Y siempre lo serás, siempre. No llores, princesa –susurré haciendo un esfuerzo titánico por no desmayarme.

–Y tú, tú eres el mío ¡No me dejes, no nos dejes! –gimió besando mis labios.

Sentí su boca suave y tierna sobre la mía y sus lágrimas mojando mis mejillas. Después creí que me alzaban en volandas y noté la brisa marina sobre mi rostro. Alcancé a ver los haces de luz que teñían todo de rojo y azul, desde el cielo, cerré los ojos con la imagen de Frank en mi mente y después nada. Solo me pareció escuchar las aspas del helicóptero y una canción que resonaba en mi cabeza y que reconocí enseguida: *Nature Boy*, de Cole Porter, una de las canciones favoritas de mi abuelo.

«Lo más grande que aprenderás es a amar y ser amado».

Capítulo 59

Duetto Lakmé-Mallika (*Lakmé* de Léo Delibes)

A Patricia Van der Veen no le dio tiempo a disparar más que una sola bala porque fue abatida con un tiro certero de la agente Sarah.

Pero aquella otra de 22 milímetros, disparada desde su revólver semiautomático Smith & Wesson Ladysmith, me entró por el lado izquierdo del pecho rompiéndome una costilla y me atravesó la parte alta del pulmón derecho haciéndome perder mucha sangre. En su destructora trayectoria por el interior de mi cuerpo también se alojó en mi clavícula derecha destrozándola.

Durante el tiempo que duró mi inconsciencia juraría que vi a mi abuelo, que estuve con él y que fue el bueno de Seamus Gallagher quien me trajo de vuelta al mundo de los vivos. Me parece que le pregunté por mi padre y me dijo que no me preocupase más por él, que ya estaba bien, libre de todos sus demonios.

«Regresa. Aún no ha llegado tu hora», me dijo con su marcado acento irlandés de Cork, el que jamás perdió.

Sé que, en aquel momento, escuchando cómo se alejaba su voz, pensé que debía contarle aquella absurda experiencia a mi prima Fiona la próxima vez que la llamase. Seguro que ella, con sus legendarias historias irlandesas, sabría apreciarla.

Recuerdo haberme visto a mí mismo tendido en la cama del hospital, lleno de tubos que me salían del cuerpo, inmóvil y vendado. Creo que oí a mi madre hablando con algún médico que le decía que yo había estado en parada cardiorrespiratoria y a Pocket hablándome preocupado y llamándome «hermano». También recuerdo que no sentía ningún dolor, que a ratos intentaba salir de aquella especie de intenso sopor sin conseguirlo y que

pensaba en Frank constantemente.

Soñé con ella, llegando hasta mí a sus veinte **años, vestida con aquel abrigo amarillo, preciosa, encantadora, riendo despreocupada y feliz. La vi vestida de satén blanco, disfrazada de la Daisy de *El Gran Gatsby***, caminando por una playa desierta a la luz de la luna; gloriosa, tomando el sol desnuda sobre la azotea de nuestro loft de Queens, bailando conmigo en una calle de París, descalza con su vestido de novia de color rosa; en Cannes aplaudiéndome, embarazada de Charlotte y de Korey, sonriéndome despeinada y sofocada tras hacer el amor.

Recordé toda nuestra historia, la reviví en mi cabeza, en mil hermosas imágenes que se sucedían cronológicamente a toda velocidad, pero siempre reconocibles y pensé que aquel era el final.

–Quédate conmigo –la oía susurrar una y otra vez con su amada voz triste y acariciadora, como en una plegaria, y yo solo quería despertar de una jodida vez para que ella dejase de llorar.

Sé que Frank sostuvo mi mano y pude notar su amor, su fuerza, pude sentirla a mi lado en la habitación, todo el tiempo, a pesar de mi estado de inconsciencia. Y sé que fue ella quien me hizo aferrarme a la vida mientras me hablaba y me contaba cómo estaban Korey y Charlotte y cuánto me echaban de menos.

Cuando volví en mí la encontré sonriéndome entre lágrimas de alegría y alivio junto a la cama y entonces sí que sentí dolor, aquel dolor tan familiar, dulce e intenso en el pecho que me hacía respirar profundamente y que me cortaba la respiración a veces, cuando la miraba.

Quince días después yo ya estaba en mi casa, en Queens, con el hombro inmovilizado, el brazo en cabestrillo y un aparatoso y opresivo vendaje rodeándome el torso.

Charlie se había llevado a Charlotte y a Korey hasta Central Park, a hacer un picnic y mantener distraídos a nuestros vivarachos hijos. Era finales de julio y hacía un calor sofocante en Nueva York y el parque, bajo un buen árbol, era la mejor opción para pasar la tarde con unos niños revoltosos.

Frank acababa de afeitarme y se disponía a cambiarme el vendaje de la herida de bala.

Hacía poco que ella me había lavado el cuerpo en la bañera con una

esponja, como a un niño, con mimo, intentando no mojarme la herida. Yo estaba recostado en la cama, desnudo y tapado tan solo por una toalla, junto a un ventilador y sobre un montón de almohadones que me mantenían casi sentado y que impedían que me tumbase, facilitándome el sueño. Frank había puesto música. En ese momento comenzó a sonar el precioso *Duetto Lakmé-Mallika*, de la ópera *Lakmé* de Léo Delibes.

El calor, a pesar del aire acondicionado y del ventilador, era asfixiante.

–Eres una gran enfermera, amor –bromeé mirándole los pechos.

–Y tú un pésimo enfermo.

Frank tenía razón, no era un buen enfermo. No aguantaba más en la cama, sin poder hacer... nada de lo que realmente quería hacer con ella.

Una vieja camisa mía blanca a medio atar me permitía admirar sus preciosos senos redondos y llenos asomando bajo la tela.

–Anda, cállate y déjame curarte –me riñó Frank.

Me había retirado con cuidado el vendaje, que comenzaba en mi hombro e iba hacia abajo hasta mi pecho, para lavarme y había dejado al aire un par de heridas. La más grande, aún abierta, estaba en la parte superior de mi pecho, rosada e irregular. Aquel agujero me supuraba, me picaba y me dolía al moverme o respirar hondo. La otra era la que los médicos me habían hecho en el hombro para extraer la bala y operarme la clavícula, cerrada mediante varios puntos de sutura negros y tirantes.

Frank me curaba silenciosa y atenta, con la camisa apenas cubriendo su cuerpo y unas pequeñas braguitas de algodón tapando su sexo. Ella acababa de salir de la ducha y aún tenía el pelo mojado.

Inspiré su aroma, una mezcla a ella y al gel de baño que aún le mandaban sus tías desde Grasse.

–Qué bien hueles –susurré.

Me sonrió con reproche, hermosa hasta dejarme sin aliento. Intenté tocarla acercando mi mano ya libre del cabestrillo a su cintura, pero Frank evitó mi caricia levantándose del borde de la cama. Volvió enseguida del baño, con el antiséptico y nuevos vendajes, los colocó con cuidado sobre la mesilla, junto a mí, y se arrodilló entre mis piernas para continuar con la cura, observando la herida mayor con una mezcla de aprensión y determinación.

–¿Te duele? –susurró al contemplar mi rostro, que se tensó en una leve mueca de dolor.

–Apenas nada –mentí.

Me miró como si no terminase de creerlo y se inclinó para dejar un suave beso sobre mi hombro magullado. Intenté que no se me escapase un suspiro de puro placer al sentir el roce de sus pechos sobre mi cuerpo, pero fue en vano. Todo en Frank, sus ojos mirándome preocupada, la forma en la que cuidaba de mí, todo hacía que la amase de un modo increíble.

Sus ojos se posaron en los míos y se dio cuenta de que le estaba mirando los pechos.

–Deja de mirarme las tetas, Gallagher.

–¡No te estoy... mirando las tetas! –balbuceé enfadado conmigo mismo por haber sido pillado in fraganti. Estaba claro que yo era transparente para ella.

–Sí lo estás haciendo. Llevas un buen rato.

Asentí sonriendo azorado. Mis ganas de ella eran imposibles de disimular. Sus pequeñas manos seguían recorriendo mi pecho inspeccionando la herida, el orificio de entrada de la bala, en realidad.

«Casi ha valido la pena el tiro», me dije pensando en lo bien que me estaba tratando desde que regresé a casa del hospital. Mis comidas favoritas y toda clase de mimos y caprichos. Solo había un pequeño pero: el sexo. No lo habíamos hecho desde hacía casi veinte días.

–Te quedará cicatriz –dijo apenada, cubriendo la herida con una gasa limpia.

–No me importa –susurré mirándola con ternura.

Ella volvió a bajar la mirada y continuó reponiéndome el vendaje para que mi costilla rota se soldara del todo. Cuando miré de nuevo sus ojos creí ver un inequívoco destello de deseo. Sonreí y con la mano buena comencé a soltar uno de los botones que mantenía cerrada su camisa, la mía, tomándome mi tiempo, dejando la camisa casi abierta y sus pechos al descubierto.

Deslicé un dedo por su cuello, despacio, disfrutando de su calor y su pulso latiendo bajo mi tacto. Frank dejó escapar un suspiro apenas audible y, sonriendo fascinado, me pregunté si ella era consciente del intenso poder que ejercía sobre mí.

Frank me devolvió la sonrisa y me dejó hacer, siempre era así, en realidad era ella quien marcaba los tiempos. Me miró respirando profundamente, con los sonrosados pezones erizados. Terminé de abrirle la camisa y descendí con mi dedo por sus pechos, acariciándola apenas, sin besarla. Ella cerró los ojos un instante.

«Es una magnífica señal. Tal vez tenga suerte y logre tener algo de sexo al fin», pensé emocionado.

Frank se inclinó hacia mí para besarme. No fue un beso casto, como todos los que me había dado desde que estuve en el hospital. Fue uno con los labios abiertos, un beso suave, largo y húmedo que me hizo el hombre más feliz de toda la tierra. La rodeé con el brazo sano y la atraje hacia mí, pegando su suave cuerpo al mío.

Mi miembro comenzó a reaccionar a su cálida presencia, abultando bajo la toalla. Ella se apretó más a mí y mi polla se estremeció. Estaba excitado. Mucho.

El beso fue creciendo en intensidad, hasta que Frank me frenó retirando su boca de la mía.

–Mark... Es mejor que paremos –murmuró débilmente sobre mis labios.

–No, princesa... Sigue... sigue –susurré aspirando el aroma de su pelo.

–Estás convaleciente de un balazo, no deberías hacer esfuerzos.

–Estoy perfectamente. ¿No lo notas? –dije apretando mi erección contra su muslo.

–La herida en el pulmón podría abrirse. Hace solo unos pocos días que te quitaron el drenaje –insistió.

–No vas a hacerme daño, no tengas miedo. Ya no tienes que tenerlo, amor. Estoy bien –susurré acariciando su rostro preocupado.

Ella me miró fijamente y su cara volvió a reflejar la intensa angustia de aquellas primeras horas en el hospital.

–Tenía tanto miedo de perderte que ahora... –suspiró.

–No me has perdido. Estoy bien, estoy aquí –repetí posando mi frente en la suya-. Solo quiero tenerte. Estar dentro de ti otra vez...

Un suspiro de pura necesidad escapó de su boca. Frank volvió a besarme con fuerza, momento que aproveché para deslizarle la camisa por los hombros, sin dejarla caer del todo. Por fin me permitió tocar la delicada piel de sus pechos, rodearle los pezones con los pulgares, pellizcándolos y tirando de ellos ligeramente. Arqueó la espalda para ofrecerme aquellas dos suaves maravillas redondas; rendida, sensual, con los ojos cerrados y la boca entreabierta.

Su forma de entregarse me hacía sentir el hombre más poderoso del mundo, el más afortunado. Cuando Frank volvió a abrir los ojos se fijó en mi hombro izquierdo, donde los puntos tiraban ligeramente de la carne cada vez

que movía el brazo para acariciarla. Sus manos recorrieron mi pecho. No lograba entregarse como le apetecía porque le preocupaba mi herida y causarme dolor, pero podía ver el intenso deseo en sus ojos.

–Solo vamos a darnos placer, no te preocupes –le susurré con ternura–. Tengo tantas ganas...

Frank se mordió el labio con picardía.

–Yo también, pero...

–Vamos a hacer una cosa: tú me vas a hacer el amor a mí.

Frank asintió mordiéndose el labio con lujuria, me incorporé un poco y ella se colocó sobre mis muslos mientras yo le deslizaba la camisa por los brazos hasta dejarla sobre sus caderas. Me dejé caer de nuevo, de espaldas, para ver cómo se deshacía de sus bragas. Su sexo apareció ante mí y mi erección palpitó, dura como una roca.

–¿Vas a comportarte, estarte quieto y dejarme que te haga el amor? –preguntó arrancándome una de mis sonrisas canallas.

Asentí sintiendo como se me ponían los testículos tirantes y duros. Ella destapó mi erección cubierta aún por la toalla y la miró con deseo. Mi polla saltó impaciente ante sus preciosos ojos, en su máximo esplendor. Frank separó las piernas, arrodillada sobre mi miembro y pude contemplar su sexo sonrosado y húmedo justo encima del mío.

–Lo haremos despacio, con cuidado. Nada de movimientos bruscos –me dijo Frank muy seria–. Si te duele y necesitas que pare o notas que se te abre la herida, pídemelo y me detendré, *chéri*.

Accedí impaciente. No iba a pedirle que parara por nada del mundo. Mi mano se escapó hacia sus tiernos labios para separarlos y acariciar su clítoris sin prisa, mientras que con la otra mano, la del brazo sano, la atraje hacia mí sujetándola por la nuca para poder besarla profundamente.

Frank se inclinó sobre mí y la besé en el cuello, el hombro, el escote para atrapar uno de sus pezones con la boca, jugueteando con él entre mis dientes, rozándolo con mi lengua mientras hundía mis dedos en su cálido vientre. Ella, a cambio, me llenó de urgentes y húmedos besos, mordiscos suaves y gemidos de placer.

Guie su mano hasta mi erección y ella la tomó en la suya, acariciándola desde la base hasta el glande dejándome a punto. Volví a tomar sus pezones en mi boca, con fuerza, y aumenté el ritmo de mis dedos entre sus piernas buscando estimularla más y más.

–Estás tan tierna y mojada... tan suave y caliente, amor... –jadeé.

Me moría por perderme dentro de ella. Frank gimió meciendo sus caderas mientras su mano apretaba mi pene cada vez con más fuerza. Quería más, así que reclamé su boca tomándola suavemente por el pelo y ella accedió gustosa acercando sus labios, que cerró alrededor de mi miembro.

No abandoné su sexo y me centré en su clítoris, frotándolo con rapidez mientras que ella, con su lengua, no desatendía ni un solo centímetro de mí. Presioné con ansia el interior de su vagina y gruñí loco de ganas al embestir su maravillosa boca, con cuidado al principio, más profundamente a medida que ella me lo permitía. Frank continuaba gimiendo alrededor de mí, agachada, sin dejar de mover sus caderas al ritmo de mis dedos que se deslizaban dentro de ella, sin descanso. Cada vez succionaba con más fuerza y yo notaba sus dientes rozándome la suave y tensa piel, sintiendo ya la amenaza del orgasmo.

–¡Joder! –resoplé al límite.

–¡Te duele? –preguntó parando e incorporándose para mirarme asustada.

–No, mi vida, es una maravilla lo que me estás haciendo. Si sigues así me correré en tu boca y lo que realmente quiero es estar dentro de ti y llenarte, amor. Móntame –le reclamé jadeante.

Frank se incorporó del todo y ni corta ni perezosa se puso a horcajadas sobre mí.

–¿Así? –preguntó con absoluta malicia posándose sobre mi miembro, al tiempo que se pasaba su lengua brillante y rosada por los labios hinchados.

Bajé la vista hasta nuestros sexos para ver cómo mi miembro comenzaba a deslizarse entre sus pliegues empapados, acariciándome con ellos adelante y atrás, sin penetrarla aún.

Dejé caer los brazos, posé mis manos sobre sus caderas porque la costilla fisurada volvía a dolerme y me dediqué a disfrutar de ella. Fue en ese momento cuando se inclinó para besarme en los labios a la vez que se dejaba penetrar gimoteando de placer, un placer primitivo y urgente.

«¡Por fin!», pensé triunfante.

Noté todo su calor de golpe. Frank, mi maravillosa y sensual amazona, me cabalgaba lentamente, mientras yo me debatía entre el intensísimo placer que suponía estar dentro de ella y las punzadas de dolor de cada punto de aquellas malditas heridas.

Adoraba verla así, lasciva, gozando de mí y a la vez dándome todo aquel

inmenso placer. Gruñí débilmente y ella incrementó los movimientos sinuosos de sus caderas para introducirme más profundo, muy dentro.

Frank me retiraba de su interior elevándose y volvía a unirse a mí, deslizándose sobre mi miembro, acogiéndome cada vez más, acoplándonos a la perfección.

Fui consciente de que habíamos llegado a ese punto en el que se había relajado del todo dilatándose entera. Era entonces cuando cada embestida me permitía ir más allá, llenándola por completo.

Si al comienzo del coito debía trabajármelo e insistir en penetrarla, permaneciendo dentro de ella y haciendo porque se adaptase a mi tamaño, el final era más profundo, más rápido, más intenso, más placer.

Frank era mi maldito paraíso y gemía gozando sobre mi cuerpo. Necesitaba estar aún más dentro y empujé de nuevo hasta que estuve enterrado en ella por completo. Cerré los ojos un breve instante, sintiéndome perdido en su calor, con el corazón latiendo con fuerza y mi miembro palpitante. Volví a retirarme y a hundirme con fuerza en su sexo húmedo y estrecho, golpeándola con mis caderas para llenarla.

—¿Te gusta así? —gimió mirándome sofocada.

—¡Oh, sí, más que nada en el mundo! —gruñí en una mezcla de placer y dolor.

—No quiero que te duela —susurró.

—No me importa —gruñí embistiéndola.

—Pero a mí sí. Solo quiero darte placer, *chéri* —jadeó.

En ese momento fui consciente de que los puntos me tiraban y temí que se me saltasen. Si sangraba de nuevo no habría forma de recuperar el momento de placer que estábamos disfrutando. Así que me senté en la cama aguantando el dolor y la elevé conmigo sin salir de ella. El cambio de postura le permitió tenerme profundamente dentro, al máximo.

Frank se acomodó sentada sobre mí y comenzó a marcar el ritmo de nuevo.

—¡Así...! ¡Más...! ¡Eso es, nena! —resoplé entre dientes, sudando a mares.

Yo acompañaba sus movimientos ayudándome con el brazo sano. Esa postura tenía la ventaja de permitirme besarle los labios, el cuello y todo lo que me quedaba al alcance de la boca. Le acariciaba los pechos con mi lengua jugando con sus pezones, mientras que con la mano derecha me aferraba a sus nalgas, manteniéndola pegada a mí, asegurándome de que dentro de ella no había más espacio que para sentir el placer que le estaba

dando.

Sus ojos se mantenían fijos en los míos, atrapándome. Frank me miraba llena de deseo, arrastrándome con el ritmo que imponían sus caderas. Gemí sintiéndome profundamente dentro de Frank, de toda ella, no solo de su vientre, y me dejé caer en la cama, rendido de placer, notando cada dolor, cada presión acariciadora de su vagina, cada latido de mi corazón. Ella continuó ondulando sus caderas conmigo dentro, dejó caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, gimoteando sudorosa, perdida en el placer. Noté la tensión incrementándose en mi miembro, y la ignoré reprimiendo las intensas ganas de acelerar el ritmo.

Frank jadeaba enloquecida mientras ya sentía como los primeros síntomas de su orgasmo la dejaban totalmente a mi merced. Le temblaban los muslos, los pechos, las nalgas. Sus gemidos se convirtieron en pequeños sollozos jadeantes. Su vientre se contrajo con espasmos violentos, empujándome sin remedio hacia mi propio orgasmo, que luchaba por contener solo por prolongar el espectáculo que suponía ser testigo de su placer.

–¡Así, muy bien, princesa! ¡Sigue! ¡Sigue! –la animé con las fuerzas que me quedaban.

–¡Oh, Mark...! ¡Te amo! –gritó.

–¡Dámelo! –imploré al borde del agotamiento, empapado en sudor.

Frank se quedó quieta un instante, con la piel erizada, temblando involuntariamente y abandonada por completo a mí. Loco de placer, aceleré el ritmo de mis embestidas, sin misericordia, buscando mi propio orgasmo. Aproveché que yacía prácticamente inmóvil sobre mí, jadeando casi sin fuerzas, mientras su vientre seguía contrayéndose con intensos espasmos y apreté con fuerza dentro de ella.

Frank gimoteaba mi nombre sollozando de gusto. Todo mi cuerpo se tensó, desesperado, y cuando estallé con un rugido de triunfo inundando su vientre con mi semen, fue uno de los momentos más memorables de toda mi jodida existencia.

Cuando recuperó la consciencia buscó ansiosa algún gesto de dolor en mi rostro. No lo había. Solo pudo encontrar felicidad y amor. Me sentía más vivo que nunca.

Ella tenía los ojos húmedos y entrecerrados y la respiración pesada, el cuerpo suave y lánguido como cada vez que se recuperaba de un orgasmo, pero al mirarme pareció despertar de esa bruma de placer y se incorporó

rápidamente sobre las rodillas, todavía conmigo dentro de ella.

–¿Estás bien? –susurró.

–Sí, estoy muy, muy bien... Tranquila –resoplé agotado y sudoroso.

Pero no, estaba claro que yo no estaba al cien por cien. Me sentía genial pero también débil y cansado, como si hubiese corrido una maratón, aunque aún la deseaba.

–Deja que vea esas heridas... –Con dedos cuidadosos levantó el vendaje por una esquina y echó un vistazo–. Parecen estar bien.

Le acaricié los muslos con las manos, disfrutando de la visión de su cuerpo sobre el mío y no pude evitar pensar en que en cuanto pudiese moverme con más facilidad le iba a hacer un cunnilingus espectacular.

–Estoy bien, amor –respondí–. Yo estoy bien con solo mirarte.

–Has hecho algo más que mirarme, *chéri*.

Negué con la cabeza sonriendo.

–Técnicamente me he dejado hacer.

Frank elevó una ceja y volvió a besarme en los labios.

–Voy a darte los medicamentos que te han recetado y te vas a quedar en la cama descansando –dijo levantándose.

La miré caminar desnuda por la habitación mientras se sacudía el pelo y me quedé absorto en sus caderas, en la curva de su espalda, en su trasero respingón, en sus pechos orgullosos meciéndose al compás de sus sensuales movimientos. Mi semen brillaba en el interior de sus muslos resbalando por ellos.

«Si estuviese en plena forma, todavía estarías tirada en la cama sin poder moverte ni abrir los ojos y yo a punto de follarte de nuevo, amor mío», pensé.

–¿Cansado? –preguntó con malicia al regresar con las pastillas.

–Apenas –mentí–. Dame un par de días para que pueda moverme bien y te lo demostraré.

Frank puso los ojos en blanco y me puso el vaso de agua en la mano, con el antibiótico, el antiinflamatorio y el calmante. Los tomé sin rechistar y sin apartar mis ojos de ella. El placer todavía era evidente en su rostro. Estaba preciosa, sonrojada, con cara de recién follada.

En ese momento, al sentirme relajado, comencé a notar realmente el dolor de mis heridas y mi debilidad. El peso del cansancio me cayó encima con fuerza y de golpe.

Me gané otro beso por buen chico antes de que Frank entrase al baño y me

quedé mirándole el culo mientras se alejaba.

La dejé ir a regañadientes.

«Ese culo... nena. Si yo estuviese bien te ibas a enterar», pensé con lujuria.

Me quedé dormido antes de que Frank regresase del baño y al despertar reconocí que estaba haciéndome viejo.

Moví con cuidado el hombro izquierdo provocando que los puntos tirasen. Las costillas me dolían según lo esperado, pero no me importaba, el dolor físico pasaría.

Me sentía el hombre más afortunado del mundo por estar vivo y tenerla. Con Frank nada dolía, ni las heridas ni los recuerdos. Todo era suave y cálido junto a ella. Tenía a mi lado a una mujer inteligente, fuerte y generosa, que me amaba. Y en ese instante supe que, de morir de alguna forma, elegía morir en sus brazos. Sí, quería morirme junto a ella, dentro de muchos años, habiendo conocido a los hijos de mis hijos, después de haberle hecho el amor un millón de veces más.

Capítulo 60

You are so Beautiful

A veces regresamos al principio, al mismo lugar donde las cosas comenzaron.

Esta vez, mi historia concluye aquí, en Nueva York, en el Waldorf Astoria, casi diez años después de conocer a Frank y a punto de comenzar el 2021.

Podíamos habernos ido a pasar la última noche del año a cualquier parte; al concierto de Año Nuevo en Viena, rodeados de grandes fortunas o a algún paraíso perdido como las Seychelles o Bora Bora, pero mi Frank solo quería estar aquí, en casa, en nuestra ciudad, la que había sido testigo de nuestra historia.

Aquella tarde, mientras Frank se preparaba para celebrar la noche de fin de año, se encontró su primera cana en el espejo del baño y se la arrancó con decisión, resuelta a no teñirse aún.

A mis treinta y ocho años, las arrugas y algunas canas ya estaban allí desde hace tiempo pero no me preocupaban demasiado, habían surgido de vivir y sobre todo de reír gracias a ella y a nuestros hijos.

Frank y yo habíamos alquilado uno de los apartamentos del Waldorf; *The Towers*, para celebrar aquella noche solos y vestidos de gala, esta vez sin escaparnos ni escondernos.

Charlie, convertida en una abuela muy comprensiva, se había quedado en Queens a pasar la Nochevieja, al cuidado de nuestros dos hijos. Cada vez pasaba más tiempo en Nueva York y menos en Los Ángeles y se estaba deshaciendo de alguna de sus productoras y negocios menos importantes. Nuestra ciudad ya no suponía para ella penosos recuerdos. Charlotte y Korey los habían borrado para siempre.

Situada en el ático del edificio, la suite era majestuosa, con una amplia terraza, un salón enorme con chimenea y sus espectaculares vistas panorámicas de la ciudad.

Aquella noche ambos nos vestimos, peinamos y perfumamos para el otro, para gustarnos. Lo preparamos todo a conciencia. Yo me puse mi esmoquin negro hecho a medida y esperé pacientemente a que Frank estuviese lista.

No me dejó verla mientras se preparaba, así que la esperé improvisando algunas notas en el fabuloso piano de cola negro que había en la suite. Cuando salió del baño me quedé con la boca abierta y me levanté del banco frente al piano para mirarla.

–En Main Beach lo echo de menos –reconocí tocando la tapa de aquel estupendo piano.

–Te regalaré uno como este. Para tu cumpleaños.

–No, no tienes por qué. –Le sonreí con ternura–. Además, no cabrá en la casita de la playa.

–Sí, déjame regalarte uno.

Negué con la cabeza sonriendo. Frank estaba resplandeciente. No podía apartar mis ojos de ella. Llevaba el pelo largo, despeinado y con volumen, muy poco maquillaje y la raya del ojo a lo Bardott; extra de rímel en las pestañas y los labios rabiosamente rojos. No llevaba apenas joyas, solo nuestro anillo de casados y unos pendientes que le había regalado mi madre por Navidad.

El vestido era largo, de terciopelo, de un bonito color amarillo dorado. Con tirantes finísimos, vuelo y adornado con una diminuta y delicada pedrería, dejaba al aire su preciosa espalda. En los pies calzaba unas sandalias rojas también de terciopelo, a juego con su manicura de manos y pies. Todo era *vintage*, de Valentino, me dijo ella.

–Estás... –susurré abrumado.

–¿Cómo, Gallagher? –Rio.

–Impresionante. Estás preciosa. –Sonreí casi intimidado ante tanta belleza.

–Tú también. ¿Ves como ese esmoquin te queda como un guante?

Asentí sin dejar de mirarla.

Hay que decirlo, siempre. Cuando sea, donde sea. Hay que decirle que está preciosa cuando se toma la molestia de pasarse varios días para elegir un vestido, el vestido, ese y no otro. Cuando se hace un peinado especial o se mira y se remira en el espejo mientras se maquilla con esmero. Cuando se

perfuma y se pone esa crema que le deja la piel tan sedosa, cuando se calza unos Louboutins aunque en el fondo odia llevar tacones. Hay que decirle que está y que es preciosa porque si no lo haces no es porque seas así, poco detallista, es porque eres un imbécil.

El ambiente de la suite era cálido y acogedor, con muebles en maderas oscuras y luces suaves e indirectas. La chimenea estaba encendida y grandes éxitos del jazz sonaban de fondo. Pero, por alguna extraña razón, nos sentíamos algo cohibidos a solas en aquella lujosa habitación.

–Parecemos nuevos. –Sonreí frente a ella.

–Ya no tenemos costumbre de pasar la noche fuera y menos de prepararnos tanto. La verdad es que empiezo a tener sueño –dijo Frank.

–Y yo. A estas horas solemos estar ya en la cama. –Reí.

–Pero hoy merece la pena todo porque es una noche especial –me dijo algo misteriosa.

En realidad, yo estaba nervioso porque tenía una cosa para ella y en aquel momento no me percaté de la trascendencia de su comentario. Le había comprado algo importante y quería dárselo en el momento exacto y eso me distrajo.

–¿Y si empezamos por la cena? –preguntó.

Asentí. Ella también parecía extrañamente impaciente.

Caminamos hasta la mesa del comedor y dejé que se sentase primero, retirándole la silla. Frank dejó escapar una risita divertida. Era como un juego. Después me quité la chaqueta, dejándola sobre una butaca, me remangué la camisa con elegancia y contemplé encantado como Frank respiraba hondo al ver cómo se me marcaban los músculos de los brazos y los hombros bajo la tela apretada de mi estupenda camisa de sastrería.

Comenzamos a charlar de las últimas anécdotas y trastadas de nuestros hijos y se nos contagió el buen humor rápidamente. La hice reír y eso y la estupenda cena hizo que no quedase ni rastro de nuestra timidez inicial.

–El solomillo está delicioso –dije metiéndome otro trozo en la boca.

–Y la ensalada de higos... –dijo Frank haciendo un ruido de placer que me hizo sonreír.

–Y la langosta. La langosta estaba espectacular. Es la primera vez que la como.

–¿En serio?

Asentí sonriente.

–Has recuperado el apetito –le dije.

–Sí, eso parece –murmuró Frank bajando la mirada.

–Esta mañana no has desayunado.

–No tenía ganas. –Sonrió mirándome de nuevo.

Frank se había saltado tres desayunos tres días consecutivos y eso me tenía escamado. Algo la tenía inquieta, estaba seguro.

No insistí, parecía no querer seguir hablando del tema. En vez de eso me dediqué a observar detenidamente y con deleite cómo se comía una de las trufas que teníamos de postre.

Con una mirada que me incendió de pies a cabeza, sostuvo la trufa medio mordida frente a mis labios y justo antes de que pudiese probarla me la quitó de la boca y se la metió toda entera en la suya, haciéndome reír con su juegucito sexy. Después tomó otra y me la tendió metiéndomela en la boca para que la terminase. Lo hice sin dejar de mirarla a los ojos. Sus dedos se adentraron entre mis labios como una ofrenda preciosa y yo le chupé el polvo amargo que había dejado en ellos la trufa de chocolate.

Frank suspiró al sentir mi lengua en sus dedos y dejó que se los lamiese suavemente hasta retirarlos de mi boca, rozando mis labios con su pulgar.

De pronto su semblante cambió, sus pupilas se dilataron y nuestro deseo lo impregnó todo, cargando el ambiente de aquella especie de electricidad que nos envolvía siempre, sin remedio. Frank acortó la escasa distancia que nos separaba en la mesa y me susurró en la boca un «llévame a la cama, *chéri*», lleno de necesidad, precipitando sus labios contra los míos en un beso urgente y cargado de deseo, al que yo correspondí con toda la pasión de la que fui capaz.

Ya en el dormitorio nos sonreíamos ansiosos. Joe Coker cantaba *You are so Beautiful* y yo podía sentir como propias cada una de las palabras de aquella letra llena de amor.

No sé si fue por la canción o por todo lo que representaba aquella noche en nuestras vidas, pero ambos estábamos encendidos, locos por hacerlo.

La acaricié toda; los pechos, la espalda, hacia abajo, hasta alcanzar su estupendo trasero, tomándola por la cintura. Ella podía sentir mi respiración en su nuca. Estábamos muy juntos, yo a su espalda podía sentir la intensa energía que emanaba de su cuerpo. Frank tembló y me giré para ponerme

frente a ella.

Comenzó a desabrocharme la camisa mirándome con lujuria, en silencio. Solo se escuchaba el ruido de sus incursiones en el vello de mi pecho, a través de mi camisa y el de nuestras respiraciones agitadas.

Sus ágiles manos comenzaron a soltarme la pajarita y tras dejarme sin lazo y con el pecho al descubierto, Frank comenzó a soltarse su vestido.

–No, déjame a mí –susurré frenándola con suavidad.

Con una sonrisa de las mías la fui desnudando lentamente, rozando su cuerpo al paso de mis manos, levantando en ella eróticos suspiros de placer.

Cuando la tuve en ropa interior, ligero incluido, me quedé mirándola como un depredador a su presa, regodeándome con lo que estaba punto de suceder entre nosotros.

«Se ha vestido para mí. Sabe lo que me ponen los ligeros», pensé entusiasmado.

–No he visto nada más sexy que tú en toda mi vida –resoplé.

Sus hermosos ojos me examinaban y me invitaban a acercarme. Me abalancé sobre ella para darle un ansioso y apasionado beso al que ella respondió impaciente a la vez que me quitaba la camisa, ávida por tocar mi cuerpo.

No había timidez ni pudor entre nosotros, nunca lo hubo al hacernos el amor, ni el primer día, aquella Nochevieja ya lejana de 2011.

Escuchaba su respiración y la mía, el roce de las ropas surcando la piel a medida que iban cayendo a nuestro alrededor. Los sentidos estaban acrecentados. Las manos desnudaban y acariciaban.

Nos separamos de nuevo para descalzarnos sin dejar de observarnos con ganas, excitados. Nuestras ropas se fueron quedando esparcidas por el suelo del dormitorio.

Hundí una mano en su pelo y con la otra la atraje hacia mí por la cintura para pegarme a ella, haciéndole notar mi ya durísima erección y así, cuerpo contra cuerpo, nos fuimos acercamos a la cama.

–No te imaginas lo valiosa que eres para mí –le susurré tomándola con fuerza en brazos para tumbarla sobre la cama.

Su cuerpo tembló al escucharme. Frank parecía estar especialmente sensible aquella noche y eso me hechizó. Era increíble que después de tanto

tiempo continuase respondiendo así a mi deseo, y yo al de ella.

–Y tú para mí –me dijo haciéndome suspirar intensamente.

Con sus manos acarició mis hombros, deteniéndose con ternura en mi cicatriz aún algo sonrosada, deslizó sus manos por mi cuerpo, posándose en mi otra cicatriz, que había dejado una hendidura redondeada en mi pecho. Pasó a la musculatura de mi abdomen, subiendo otra vez hasta mi pecho para descender de nuevo hasta el vello de mi bajo vientre, haciéndome suspirar nuevamente.

Rocé con el pulgar sus labios entreabiertos, bajando por su cuello hasta llegar a sus pechos aún tapados por el sujetador rojo y negro sin tirantes. Mis dedos pinzaron los aros subiendo las copas para dejarlos al descubierto y tomarlos entre mis manos con devoción, acariciándolos, apretándolos entre mis grandes manos. Jugando con sus pezones ya endurecidos, los cubrí con mi boca lamiéndolos. Frank dejó escapar el aire estremeciéndose cuando mis manos comenzaron a surcar sus piernas subiendo por el interior de sus muslos.

Alcancé su sexo y mis dedos se internaron entre la tela de sus bragas. Acaricé sus pliegues con la intención de prepararla, aunque no hizo falta. Frank estaba absolutamente empapada, confiada y anhelante, dispuesta para recibirme.

Rodamos por las sábanas. Mis labios se deslizaron sobre los suyos, besándola sin parar, con pasión y ternura a la vez. Ella me rodeaba con sus brazos besándome con ímpetu, enredando sus manos en mi pelo, mordiéndome los labios con ternura mientras yo empujaba mi lengua dentro de su boca temblorosa.

Me levanté, me arrodillé frente a ella, le solté el ligero y deslicé sus bragas por sus piernas, mientras iba depositando suaves besos en la sensitiva piel del interior de sus muslos.

Sus hermosos ojos ardían de deseo y sus labios estaban entreabiertos mientras mi aliento acariciaba su vientre. La agarré por la cintura temblando de anticipación, anhelándola tanto que casi dolía.

Frank se mordió el labio inferior en un gesto muy sensual e inspiró con fuerza. Podía contemplar todo su deseo frente a mí, aguardándome impaciente mientras acariciaba su cuerpo desnudo de arriba a abajo.

Notó el peso de mi cuerpo grande y duro sobre el suyo, pequeño y tierno. Frank besaba mi cuello con hambre, mordiéndome, lamiendo... y ya no pude

retener por más tiempo un gemido desesperado. Los suyos ya brotaban de su garganta sin pudor.

Juro que jamás me siento más vivo que cuando estoy haciéndole el amor. Siento vértigo, esa es la definición perfecta de lo que me pasa cuando estoy con ella. Es como... como cuando la montaña rusa está en lo más alto, a punto de descender de golpe, justo antes. Lo siento en las tripas e irradia por todo el cuerpo tensándome, pero ese vértigo es la emoción más fantástica que existe.

Sus hipnóticos ojos estaban fijos en mí, me miraban con codicia. Nunca la sentía más lujuriosa y poderosa que contemplándola con aquel deseo salvaje en la mirada, cuando estaba a punto de penetrarla.

Avancé por su cuerpo cubriéndola, susurrándole, haciéndola jadear hasta llenarla. Ella se aferraba a mi espalda disfrutando de cada una de las sensaciones que le provocaba, sintiéndose mareada por la fuerza con la que la penetraba.

Aumenté la potencia de mis embestidas y Frank me siguió rodeando mi cintura con sus piernas, mientras yo luchaba con todas mis fuerzas contra el anhelo de cerrar los ojos y abandonarme por completo al placer, pero no quería perderme ni un solo segundo de su gloriosa imagen mientras le hacía el amor, la deliciosa tortura que suponía cada uno de sus movimientos, de sus gestos, de su forma de gozarme.

Así que abrí bien los ojos para contemplar maravillado su perfecto rostro tenso de placer.

–¡Pide, dime lo que quieres, amor! –jadeé.

–¡Fóllame fuerte! ¡Más!

–Yo no te follo. Te hago el amor –gemí de gusto.

–¡Sí, *chéri*, me lo haces de maravilla! –gimoteó.

Lo hice, se lo hice cada vez más profundo, más rápido, con todo mi cuerpo, mi alma y mi mente, deleitándome con sus gemidos, gimiendo con ella, sin ninguna resistencia en su cuerpo a mi intensidad.

Es entonces, metido profundamente en ella, cuando sé sin lugar a duda que Frank, mi Frank, es la mujer más sensual de la tierra.

Le correspondí estremecido, jadeando, arrastrado por la lujuria, abrumado de puro placer.

Mi corazón latía enloquecido. Mi fuerza y mi deseo la reclamaban mientras ella jadeaba en mi boca, dejándose llevar, entregada y feliz, atrapada bajo mi cuerpo.

El orgasmo había comenzado a nacer en los dos, agudo e intenso. El de ella iba a explotar ya, sin remedio. Un éxtasis enloquecedor le golpeó con fuerza las entrañas. Frank gemía y gemía.

Cuando escuché aquellos sonidos tan eróticos que salían de su boca y sentí los espasmos de su vientre gruñí de placer, incorporándome sobre las palmas de las manos para impulsarme en su interior, una vez más. La musculatura de mi vientre comenzó a tensarse, con vigorosas y breves sacudidas. Y por fin noté cómo el orgasmo vibraba potente en mí, justo antes de derramarme para caer sobre ella jadeante y sofocado.

La tenía envuelta en mis brazos. Su aroma, su calor, la sensualidad que desprendía su cuerpo, esos labios entreabiertos, perfectos y tentadores y esos ojos que me miraban tan cerca hacían que el dolor en mi pecho me colmase. Me sentía de maravilla, satisfecho y feliz.

Un leve gemido se escapó de sus labios y la besé con urgencia, con deseo, posesivamente, con la misma intensidad que ella a mí y en un momento nos estábamos lamiendo, mordiendo, devorando.

Frank ya estaba lista para mí de nuevo, igual que yo para ella.

Capítulo 61

She makes my day

–Voy a llamar a casa, a ver qué tal va todo –dije levantándome de la cama y poniéndome sin atar el batín de seda que Frank me había regalado por Navidad y que me hacía sentir un tanto raro, como disfrazado.

Frank asintió y se levantó justo después de mí para salir a la terraza de la suite, a esperar el nuevo año.

No tardé mucho en ir en su busca. De pronto la sentía extraña, pensativa, como con una mirada nueva en sus preciosos ojos que siempre me recordaban al color del caramelo caliente, blando y dulce.

–Ya está. Dice mi madre que se han dormido enseguida –dije nada más salir a la terraza, aliviado de que todo marchase bien–. Nuestros dos diablillos están dormidos desde hace un buen rato.

Ella se giró y asintió con una inmensa sonrisa. Estaba preciosa.

«Es el momento. Se lo pediré ahora», pensé nervioso.

El aire era frío y Frank, vestida solo con un salto de cama largo de seda blanca que marcaba todas sus preciosas formas, tembló.

–¿Tienes frío? –pregunté rozando sus hombros con ternura.

–Sí, un poco.

La tomé entre mis brazos con fuerza y sentí como su cuerpo se apoyaba en el mío, cálido y confiado. Noté la suave seda fresca en mi pecho, aspiré el aroma de su pelo, enterrando mi nariz en su cuello, reconociendo aquel perfume que emanaba de ella tras el sexo; dulzón, caliente, delicioso.

–Te has quedado dormida –le susurré con ternura.

–Sí, por eso he salido, para despejarme un poco. No quiero perderme la cuenta atrás –suspiró intensamente, tomando mis brazos para que la rodease con ellos la cintura–. He soñado con la primera vez que te vi.

–Llevabas aquel abrigoito amarillo. –Sonreí.

Ella recostó su cabeza en mi hombro.

–Lo tengo guardado.

–¿Ah, sí? –Frank asintió–. Me encanta ese abrigo. Es mi primer recuerdo de ti: tú corriendo hacia el Mercedes, riéndote, y ese abrigo.

–Pobre coche. Se quedó allí en la playa.

–Sí, se lo llevó el mar. Lástima. Me gustaba aquel coche, me gustaba conducirlo para ti y llevarte al lado. Probablemente acabó en el norte de Canadá, arrastrado por el huracán Sandy. –Reí.

–Mi primer recuerdo de ti es otro, menos visual –me dijo, y su voz me sonó algo melancólica.

–¿Cuál es, amor? –susurré.

–Tu mano apretando la mía al presentarte, tu calor y... tú, tú mismo, la sensación que provocaste en mí –dijo mordiendo el labio con picardía–. Me pareciste el tío más guapo y sexy que había visto en mi vida. Aunque también el más... engreído.

–¿En serio?

–Sí, pero después... cenando la hamburguesa más rica que había comido nunca, charlando contigo... me di cuenta de que eras muy dulce y que había algo... algo muy poderoso, tan físico y sexual entre nosotros..., algo nuevo que me hacía sentirme diferente a tu lado. No sé cómo explicarlo.

–Yo también sentí lo mismo. Lo iluminaste todo al entrar al coche y pensé que eras un ángel, un ángel que venía del cielo para salvarme. –Suspiré acariciando su cintura.

Frank se giró para mirarme con dulzura. Yo la besé en los labios suavemente.

–No te burles. –Sonrió.

–No me burlo. Es la pura verdad. Fue como... como un milagro. Aquella noche, cuando te llevé de vuelta a tu casa, todo cambió. Tu querías que entrase contigo, insististe, pero no lo hice y en ese mismo momento que te dije que no, yo no lo sabía, pero mi vida dio un vuelco y cambió de rumbo. Y cuando regresé a casa solo, no quería otra cosa que volver a verte. Me acababa de enamorar de ti como un auténtico imbécil. ¿Sabes por qué lo supe?

–No –susurró mirándome emocionada.

–Porque la vida ya no me parecía tan jodidamente... cruel y vacía. Porque

tú acababas de aparecer en ella y eso era... –Resoplé–. Eso quería decir que había algo bello y hermoso en el mundo, y eso hermoso, dulce y amable eras tú. Tú eras lo más bonito que había visto en mi vida, nena.

–Yo me di cuenta un poco más tarde –susurró Frank.

–¿Cuándo? –Sonreí acariciando sus mejillas.

–Aquella noche en la casita de la playa, la primera vez que te llevé a los Hamptons. Hacía frío y me estaba bebiendo una botella de vino entera yo sola. Me la quitaste con tanta ternura... No querías que me emborrachase. Entonces no lo entendí, no querías verme así, pero sentí que querías protegerme, que me estabas cuidando. Nadie me había cuidado de esa forma antes. Aunque lo que me decidió del todo fue que te gustase la ópera y que bailases conmigo. Lo hiciste tan bien... Y ya sabes lo que dicen de los hombres que bailan bien –dijo con picardía.

–No. ¿Qué dicen? –Sonreí en plan canalla.

–Pues eso, que son buenos en la cama. Y pensé que seguro que tú lo eras, que serías estupendo. –Reí mirándola embobado–. Y luego, después de enfadarme contigo, cuando regresé a la ciudad me moría por verte. Y entonces tuve que aceptar que me había enamorado de ti.

–Lo sé. –Sonreí–. Leí tu diario, ¿recuerdas?

Como respuesta Frank me propinó un puñetazo en el pecho que no me hizo daño, solo estallar de risa.

La música seguía sonando en el interior de la suite y hasta nosotros llegó una canción de Robert Palmer, lenta y perfecta para bailarla juntos. Frank pareció leerme el pensamiento.

–Anda, baila conmigo, Mark –me pidió tomando mis manos–. Está a punto de acabar el año y quiero empezar el siguiente bailando contigo.

La tomé por la cintura y ella me rodeó el cuello con sus brazos, apoyando su cuerpo sobre el mío.

Bailábamos muy pegados, suavemente, acariciándonos.

–¿Lo ves? Bailas muy bien, *chéri*. –Rio con segundas.

–Sí, creo que se me da bastante bien «bailar», amor. También es verdad que tengo una pareja de baile maravillosa.

Recogí un mechón de pelo que se le echaba sobre la cara y se lo coloqué tras la oreja, acariciando lentamente su mejilla. Ella apoyó su cabeza sobre mi pecho posando sus manos en mí y cerró los ojos. Algo dulce, como un suave calor, me invadió. Me sentía en el cielo.

Girábamos y nos movíamos mirándonos, frente con frente, perdidos el uno en los ojos del otro. Y supe que sería así siempre.

Hubo un momento en que Frank apretó su cuerpo cálido y hermoso contra el mío y permanecimos allí, juntos, su pecho contra mi pecho, en silencio y sin apenas hacer el intento de movernos, como si el universo se hubiese detenido en aquel momento exacto de nuestra existencia, como si el tiempo mismo no quisiese seguir transcurriendo para nosotros. Hasta que ella rompió aquella quietud mágica con su voz suave y cálida.

–Mark...

–Dime, princesa –susurré.

Parecía nerviosa y pensé que podía ser por culpa de lo que le preocupaba desde hacía días. Y de repente me lo dijo.

–Creo que estoy embarazada otra vez –me soltó sin más.

La miré a los ojos anonadado, pero reaccioné enseguida abrazándola con fuerza, conmovido.

–¡Oh, amor...! –Suspiré sintiendo como se me ponía un nudo en la garganta–. Me lo imaginaba. Sabía que algo te pasaba, lo sabía.

–Tengo una falta solo y aún no me he hecho la prueba, pero me conozco: debilidad, mala gana primero, luego hambre canina, sueño... y ya me molestan las tetas.

No la dejé continuar. Frank tenía los ojos brillantes, húmedos, y yo la besé loco de alegría, con todo mi amor, el que en ese momento no me cabía en el pecho y me quemaba de un modo hermoso y dulce.

–Así que tres, ¿eh? –Reí.

–Eso parece. –Resopló -. Ya sé que no lo habíamos planeado, pero...

–No importa. Siempre quise esto. –Suspiré abrumado.

–¿Esto?

–Lo que tenemos tú y yo, una familia, niños, muchos niños...

Un nudo en la garganta me impedía hablar. Sin apenas darme cuenta, lágrimas de alegría comenzaron a rodar por mi cara.

–¿Muchos? –Rio limpiando mis lágrimas con sus manos.

–Tres, cuatro, cinco... –Sonreí.

–¡Tantos no! –exclamó para luego mirarme con ternura–. Yo también lo quería. Odiaba ser hija única.

–A mí tampoco me gustaba. Odiaba estar solo de niño.

Los dos asentimos mirándonos a los ojos.

–Me encanta. ¡Me encanta dejarte embarazada! –Reí tomándola en brazos y alzándola del suelo para girar juntos.

Eso era ella, amor del bueno. Y era cierto lo que decía la canción, gracias a Frank no iba a estar solo nunca más.

La besé de nuevo. Suave primero, solo posando mis labios sobre los suyos, pero inmediatamente después mi mano se hundió en su pelo para sujetar su cabeza y abrí la boca haciendo que la suya me siguiese. Sus labios cálidos se volvieron húmedos y urgentes al contacto con los míos y yo los saboreé cerrando los ojos, embriagado.

Una fuerza sobrehumana, eso que llaman amor, me golpeaba el pecho. Era la misma fuerza que había creado a Charlotte y a Korey y a ese nuevo ser que crecía dentro de Frank y al que ambos ya empezábamos a amar.

En ese mismo instante comenzó a escucharse la cuenta atrás del nuevo año, la del hotel, la de todas las azoteas y pisos de los alrededores. Y en un momento, una vez más, todo Nueva York cantaba a la vez el *Auld lang syne*.

–Feliz año nuevo, Mark –susurró Frank junto a mi boca.

–Feliz año nuevo, Frank –respondí sin apartar mi mirada de la suya.

Porque era mi Frank, la misma chica que una vez tuvo veinte años. Divertida, inteligente, espontánea, impulsiva, cautivadora. La misma chica dulce y salvaje, la madre, la amiga, mi amante, mi vida.

–¡Se me olvidaba! Yo también tengo algo que decirte o... pedirte. Bueno... y algo que darte –dije nervioso.

Ella me miró con curiosidad y me lancé. Metí la mano en el bolsillo del batín y de él saqué un anillo de oro con un diamante rosa en talla esmeralda y cuatro brillantes blancos engarzados alrededor.

Mi madre había decidido vender varias propiedades y hacerme partícipe de su herencia. «No quiero que tengas que esperar a que me muera. Pienso vivir mucho tiempo», me había dicho.

Frank me miró estupefacta al verme arrodillado en el suelo.

–¿Qué haces? –preguntó asombrada.

–Pedirte que te cases conmigo. Yo me sigo sintiendo casado, pero el divorcio fue legal y me gustaría poner remedio a eso de seguir solteros ante la ley. ¿Quieres casarte otra vez conmigo? –pregunté ansioso, arrodillado a sus pies.

–Claro que quiero, *chéri*. –Sonrió.

Me levanté para besarla con pasión, deslumbrado al ver su cara de

felicidad.

–Déjame que te lo ponga –le pedí tomando su mano.

–Es precioso, Mark –susurró mientras le deslizaba el anillo en su dedo.

–Ahora tienes un anillo de pedida como Dios manda.

–Sabes que eso nunca me ha importado.

–Lo sé, pero a mí sí, amor.

Frank tomó aire con fuerza, sonriéndome emocionada.

–Nunca he querido anillos. Te quiero a ti, quiero tu amor para toda la vida, nada más–. Me dijo con devoción.

–A mí me pasa lo mismo. Amo mi vida contigo –afirmé besando su frente.

–¿Entonces nos casamos de nuevo? –susurró sobre mis labios.

–Con lo que a ti te gustan las bodas... –Sonreí.

«Nos hacemos mayores», pensé mirando a Frank. Estaba radiante, preciosa, y pensé en el pasado, en que echando la vista atrás, repasando aquellos diez años juntos, me quedaba una sensación parecida a la melancolía y me di cuenta de que era porque habíamos dejado de ser jóvenes. Uno deja de serlo cuando adquiere responsabilidades, me dijo una vez mi abuelo, y algo dulce en mi interior me hizo respirar profundo. Sin embargo, no había nostalgia por lo que fuimos. Lo habíamos pasado muy bien y también muy mal, pero todo lo malo había desaparecido ya y solo quedaba lo bueno.

«Está bien. Ya todo estaba bien así», concluí.

«Estos diez años has sido buenos tiempos», pensé alegre y satisfecho, pero tuve que cambiar ese pensamiento inmediatamente porque Frank me contempló con ternura, sonriendo, y al verla mirarme a los ojos con esa ilusión y esa confianza reflejada en ellos supe que ahora vendrían los mejores tiempos.

Quería casarme con ella de nuevo, tener más hijos con ella, vivir y hacerme viejo junto a ella. Nada más ni nada menos. Y no sería fácil. ¿Pero en la vida hay algo que merezca la pena y lo sea? Hay que jugársela, tratándose de amor siempre hay que hacerlo.

–Te amo. No hay nadie más merecedor de amor que tú, Mark Gallagher – me dijo con una sobrecogedora intensidad en la mirada.

Y yo solo pude besarla una vez más.

–Y tendremos un viaje de novios como Dios manda, no solo de un fin de semana –le dije algo después.

–Está bien, mandón. –Rio.

La besé con ternura y me quedé mirándola fijamente. Tenía el ceño ligeramente fruncido, como siempre que estaba dándole vueltas a algo en su cabeza.

–Cuando nos casamos en Grasse me dijiste que saldría bien ¿Por qué estabas tan seguro de que iba a funcionar? –me preguntó.

–No lo estaba, pero tú misma me lo dijiste: porque tengo esperanza.

–Es verdad, te lo dije –afirmó rodeando mi cuello con sus brazos, sonriéndome–. Y tenías razón.

–Y tú también, amor. Cuando estoy contigo siento que aún me queda mucho por vivir. Me das esperanza siempre, princesa.

La abracé con fuerza y la besé de nuevo con ansia, saboreándola y acariciando su cuello y su cintura. Sentí como temblaba, tal vez no de frío, y la envolví con mi cuerpo para infundirle calor. Frank se apretó contra mí y yo aspiré el aroma de su piel, abrazándola más fuerte aún, besando su pelo, su frente. Frank cerró los ojos y posó su mejilla en mi mano y ese antiguo dolor dentro de mi pecho resurgió una vez más.

Ella me miró a los ojos y, como si de un imán se tratase, mi boca regresó a la suya sin remedio. Besarla era increíble, la sensación más dulce y placentera de toda mi jodida vida. No podía parar de besarla.

Y así, unidos profundamente, susurrándonos palabras que solo nosotros conocíamos, volvimos a amarnos despacio, con delicadeza, gozándonos, apurando cada caricia, cada beso, cada roce o temblor de la piel, sin prisas, solo recreándonos el uno en el otro.

A Frank le gusta el modo en que yo la amo, y a mí el de ella, somos afortunados por eso. Juntos gozamos de un sexo espectacular. A medida que pasa el tiempo es mejor, más satisfactorio y sincero, más íntimo, dulce e intenso, aunque no lo hagamos todos los días.

Aquella larga noche tuve su sabor en mi boca, mi cabeza entre sus muslos, disfruté de su maravilloso sexo cálido y mojado con mis labios. Lo sentí en mi lengua, dulce y salado a la vez, embriagador. Y ella hizo lo mismo conmigo.

Estábamos en la cama, abrazados. «Pronto tendrá los pezones grandes y oscuros de nuevo», pensé acariciándoselos.

–Mark...

–¿Qué, amor?

–No quiero saber el sexo del bebé. Me gustaría que fuese una sorpresa –me dijo con firmeza.

–Me parece bien. Solo quiero que los dos estéis bien, no me importa que sea niño o niña –contesté besando su frente.

–Charlotte se va a poner muy contenta cuando se lo digamos. Ella quiere otra hermanita. El otro día me dijo que se lo había pedido a Santa y que ella ya sabía que vendría una niña.

Sonreí.

–Fiona decía que Charlotte tenía la mirada de las antiguas adivinas celtas, que es una *cailleach*.

–¿Y tú lo crees?

–Quién sabe –respondí a la irlandesa, encogiéndome de hombros.

Frank se levantó de mi regazo y se tumbó en la cama con su cabeza sobre mis muslos. Mi mano acarició su pelo. Permanecimos en silencio, mirándonos a los ojos, sintiendo aquella conexión, ese gesto que me decía que estábamos del mismo lado, unidos. En ese instante no éramos ella y yo, éramos nosotros y lo sabíamos.

–Siempre me parece un milagro cuando ocurre –dije surcando su vientre con ternura.

–Lo es –contestó mirándome con aquella sabiduría que escondía en sus hermosos ojos.

Me sonrió de pronto y aquella sonrisa me obligó a respirar profundamente, abrumado y conmovido.

–Cuando sonrías... –Suspiré.

–¿Qué? –me preguntó Frank con ternura.

–Es lo más hermoso de la tierra, el verte sonreír, el que me sonrías a mí.

–Es que mis sonrisas son para ti, siempre son para ti, *chéri*.

Volví a suspirar y la tomé en mis brazos para acunarla.

La noche pasó rápida entre caricias y besos, susurros y abrazos. Nos tumbamos frente a frente. Frank se acurrucó para quedarse adormilada mientras la mecía entre mis brazos.

De pronto se removió saliendo de su sopor.

–¿Estás bien? ¿Cansada? –pregunté besando su frente. Habíamos hecho el amor varias veces y me preocupaba agotarla en su estado.

Los primeros meses siempre tenía mucho sueño, pero aun así no

disminuían sus ganas de sexo con el embarazo y yo daba gracias al cielo por ello.

–No, estoy muy bien *chéri*, pero tengo hambre... –dijo mordiéndose el labio.

La miré asustado.

–No pongas esa cara. Hambre de comer comida. –Rio–. Me apetecen *croissants*.

–¿A estas horas? –pregunté atónito.

Ella me hizo un puchero delicioso e implorante y yo puse los ojos en blanco para, inmediatamente después, coger el teléfono de la suite y llamar al servicio de habitaciones. Hablé con alguien de recepción mientras Frank me escuchaba atentamente, asentí varias veces, di las gracias y colgué.

–Me han dicho que aún no les ha llegado la bollería. Falta un rato para que comiencen a servir los desayunos. Todavía es de noche –dije mirando hacia la terraza.

–Pues me muero por un *petit croissant*. –Resopló poniendo acento francés adrede.

–Creo que eso de los antojos es un cuento chino, amor, pero... –Frank abrió la boca para protestar y yo levanté mi mano para frenarla y continuar–. Pero el asistente del hotel me ha dicho que los *croissants* que sirve el hotel se están haciendo ahora mismo, en la pastelería francesa de la esquina, en la acera de enfrente. Así que he pensado que si de verdad quieres comer *croissants*, tú y yo vamos a bajar a la calle a por ellos, recién hechos. La pastelería estará a punto de abrir.

Frank dejó de fruncir el ceño y sonrió.

–Me parece una idea genial, *chéri*.

Frank me sonrió iluminando la noche y el mundo entero con aquella sonrisa suya, hermosa, dulce y sincera.

Y lo hicimos, bajamos a la calle; yo con la chaqueta y la camisa del esmoquin, y un pantalón de pijama de seda, el que Frank me había regalado a juego con el batín, y ella con el salto de cama de seda blanca y mi abrigo por encima, de la mano y con las zapatillas del hotel puestas.

Hacía frío así que, cruzando la calle corriendo y de la mano, nos plantamos en la pastelería, de la que salía un olor maravilloso, a la mantequilla caliente de los bollos tiernos. Y tocando la puerta con nuestras mejores sonrisas les hicimos abrir veinte minutos antes de la hora habitual.

—¡Buenos días y feliz año nuevo! Mi mujer está embarazada y necesita un *croissant* —exclamé ante la mirada atónita del encargado y la sonrisa de la dependienta de la pastelería.

Frank no podía aguantarse la risa y yo la besé con ternura mientras nos servían una bolsa llena de deliciosos *croissants* calentitos.

Aún no había amanecido cuando tomamos el ascensor de regreso a la suite, comiéndonos un *croissant* a medias y besándonos a la vez.

Astoria, Queens, abril de 2021

Despierto. Está amaneciendo sobre Nueva York y Charlotte y Korey aún duermen.

El calor del cuerpo de Frank me deja en un estado que me recuerda mucho a la embriaguez. Permanezco borracho de placer, con ella abrazada a mi cuerpo, sintiendo el fuerte pulso de la sangre circulando por mi cuerpo y el suyo. Frank se remueve y sigue durmiendo apaciblemente. Me quedo inmóvil observando cómo duerme, admirando su precioso cuerpo desnudo de embarazada, feliz, con la certeza de que ella también lo es.

Aun ahora, después de tanto tiempo, me encanta contemplar su sueño y saber que ella se siente segura junto a mí. Es un espectáculo glorioso verla dormir.

No puedo resistir las ganas de acariciarla. Le toco levemente con las yemas de los dedos la boca mordida, los labios hinchados por el roce de mi barba. La misma que le ha enrojecido las mejillas, el cuello, los pezones y los muslos. El cosquilleo cálido en el estómago no ha desaparecido. Aún la deseo. Intento mantenerme despierto pero un dulce sopor me vence.

A veces pasa, a veces acabas llevando una vida que jamás soñaste poder tener. Ella hace que mi existencia tenga sentido. Frank da valor a cada cosa que hago, a cada día. Porque sé que sin ella mi vida sería muy diferente, mucho más sórdida y triste.

Tengo dos hijos maravillosos y uno en camino que son lo mejor de ella y de mí y sé que no hay más en esta vida, solo amar y ser amado. Es lo más cerca que podremos estar de ese cielo del que hablaba mi abuelo, estoy

seguro.

Frank, mi Frank y nuestros hijos son lo único que de verdad me importa, los que me mantienen centrado, sereno. Ni el dinero ni nada más tienen verdadero valor para mí. Solo mi familia, nada más que ellos porque siempre deseé tener una para no sentirme tan desamparado y ser como los demás niños. Ella y solo ella ha logrado que olvide esa soledad amarga que siempre me acompañaba hasta que la conocí.

Yo no sé si realmente me la merezco o solo soy un tío con muchísima suerte. Pero sé que ella me ama, a mí, y aún no entiendo por qué, pero esa certeza me hace ser capaz de todo.

Tan solo espero poder darle a cambio una mínima parte de lo que ella me da. Aunque por el modo en que me sonrío, solo por eso, creo que lo estoy logrando.

Y, para terminar, por si no lo habíais pillado todavía, todo este rollo que os he contado otra vez no trata de sexo, no. Tan solo va de amor. Sí, eso de lo que hablan los poetas, las canciones y las películas. Y es que el amor es lo más fácil y a la vez lo más difícil del mundo. Pero con Frank siempre ha sido y es de lo más sencillo.

Porque no os engañéis: el amor de verdad no duele, no hace daño, todo lo contrario; te sana, te cambia, te hace crecer, te da fuerzas, una fuerza sobrehumana que no imaginabas que tenías; te llena de esperanza, una gran esperanza que no sabías que existía.

Si aún dudáis solo tenéis que preguntaros: si murieseis mañana... ¿habría merecido la pena vuestra vida? Mi respuesta es sí, definitivamente sí.

Ah, un consejo:

PERDONA RÁPIDO

BESA LENTO

AMA DE VERDAD

Pensadlo.

Y ahora, solo me queda decir: «fueron felices y comieron perdices».

Recomendación de la autora

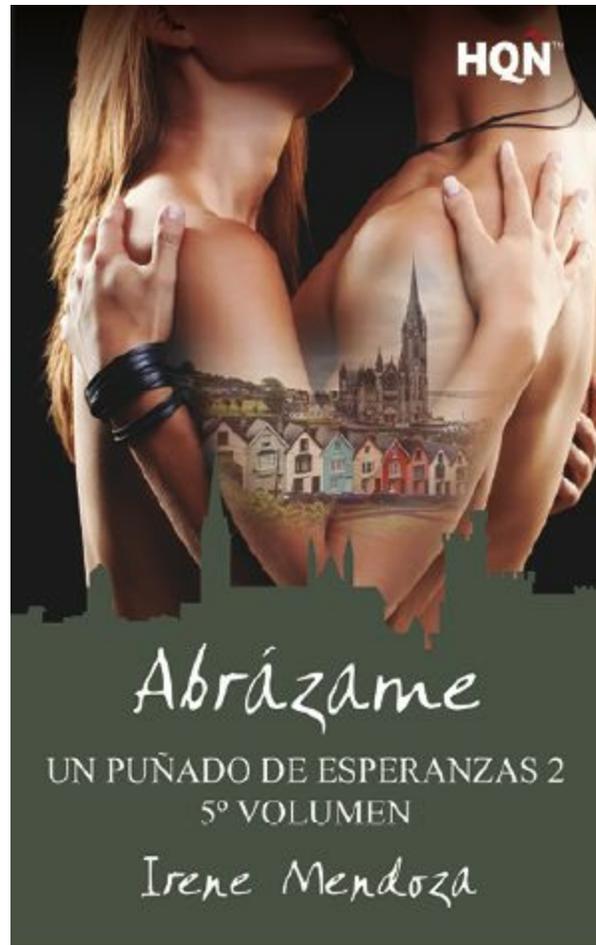
La música, de todo tipo y de cualquier época, es la base de mis rutinas de escritura, lo que me acompaña en el proceso y me inspira. Me ayuda mucho a sacar los sentimientos que necesito volcar en cada momento.

En el caso de *Un puñado de esperanzas 2* no podía ser de otra manera. La continuación de la historia de Mark y Frank también tiene una banda sonora.

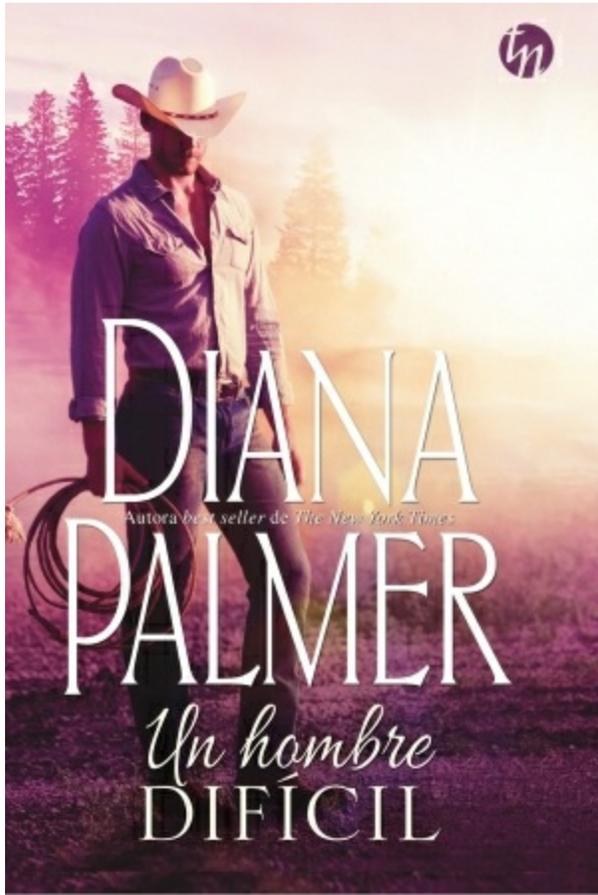
La podéis encontrar en mi cuenta de Spotify (mi nombre de usuario es *Irinamendo*).

Os vuelvo a recomendar que escuchéis la *play list* mientras estáis leyendo la historia de Mark y Frank. Os transmitirá mucho más de esa manera.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".The Romance Reader"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

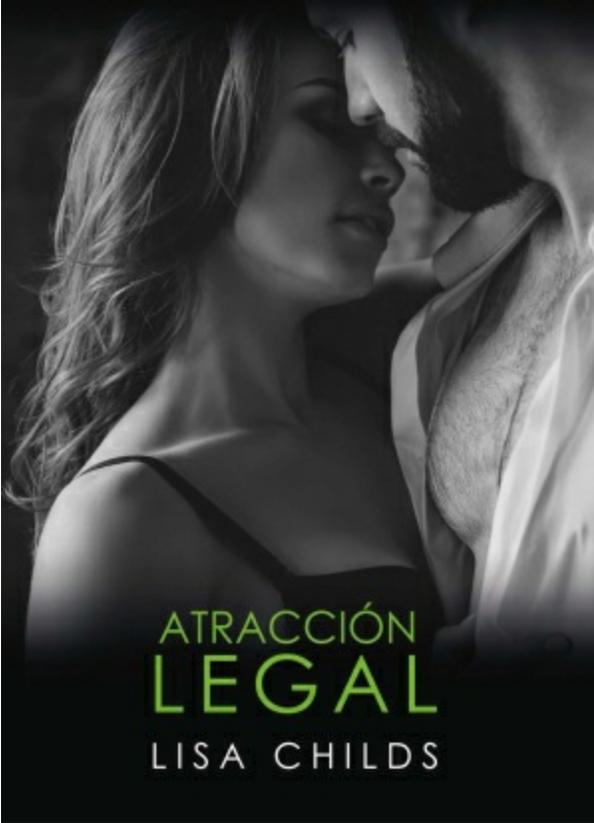
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL
LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

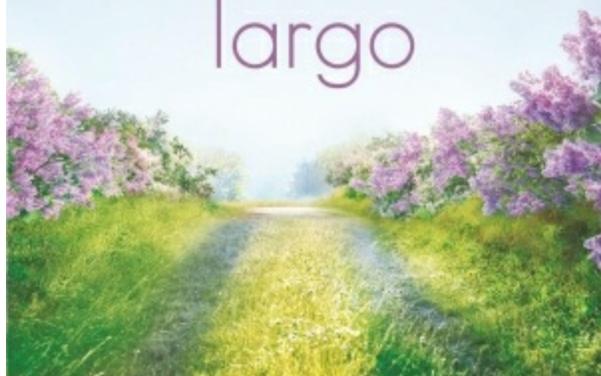
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

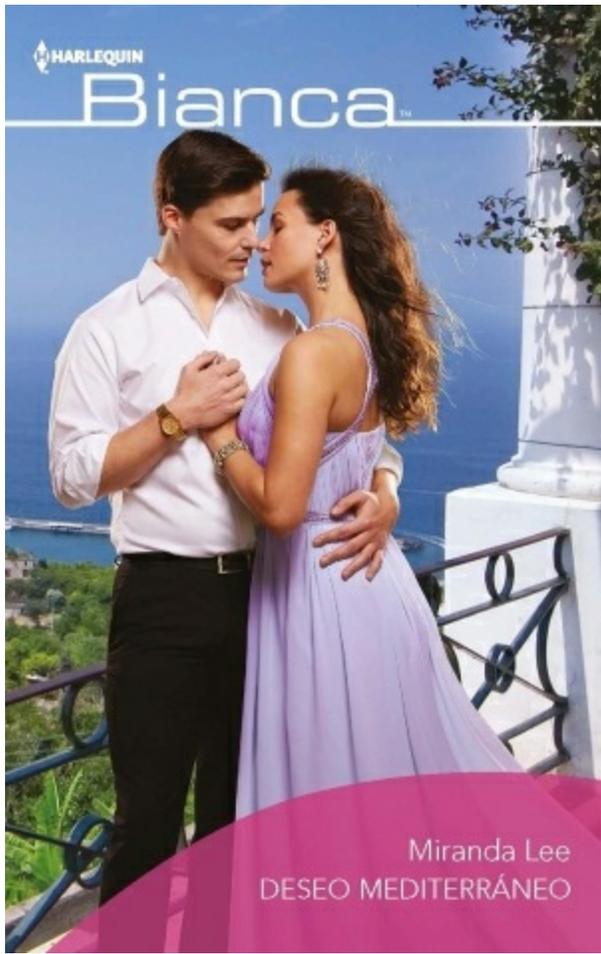
9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)